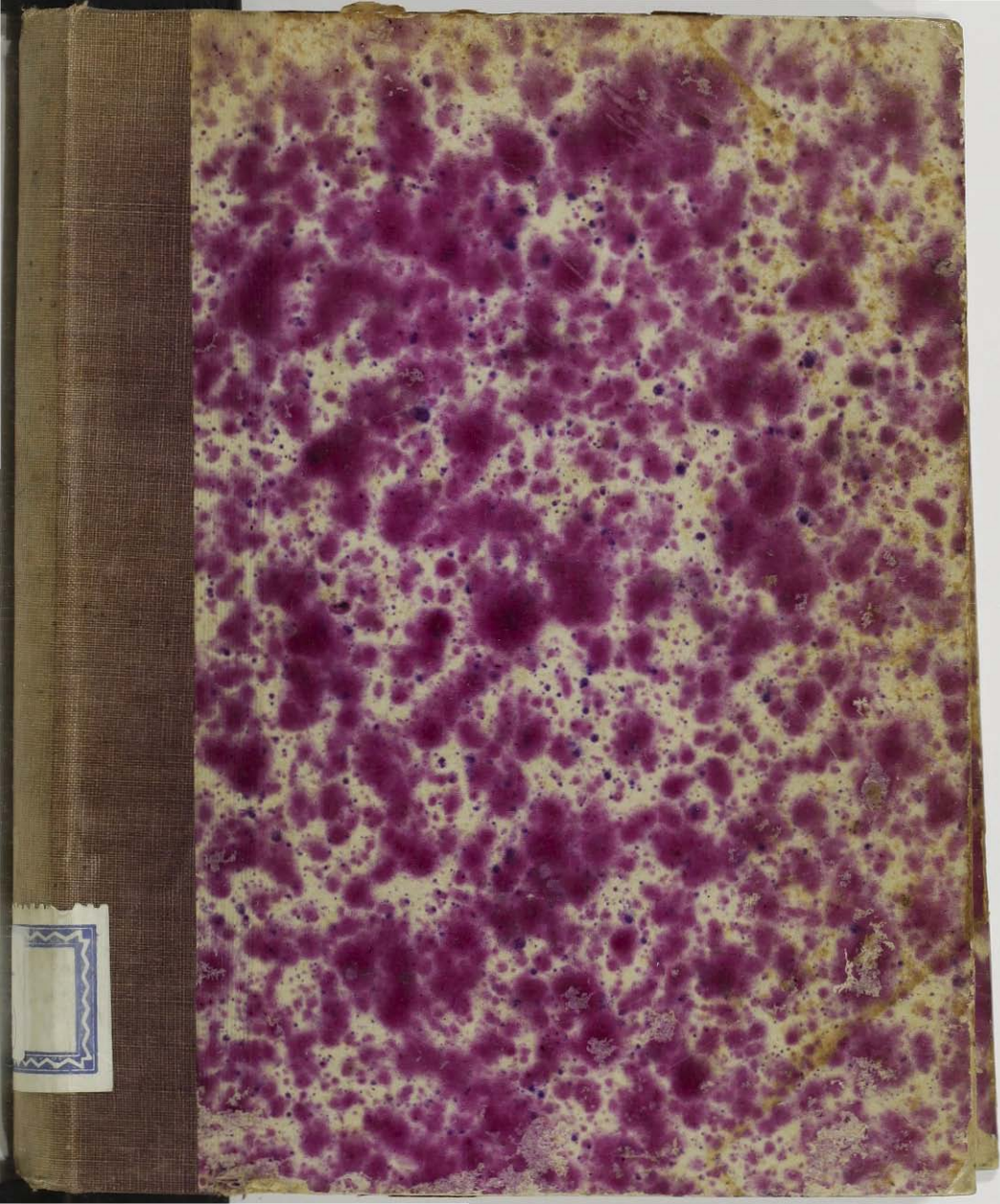
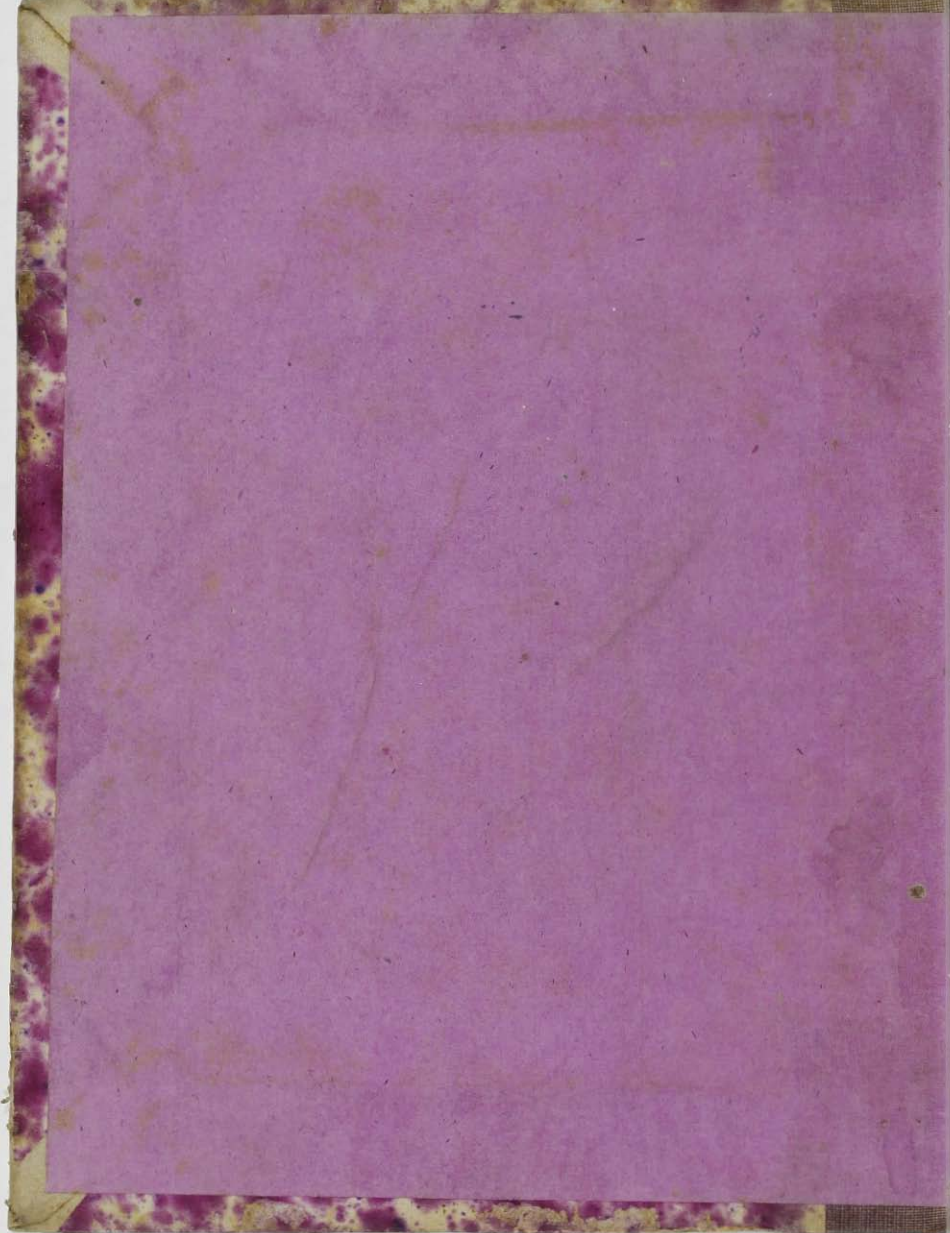




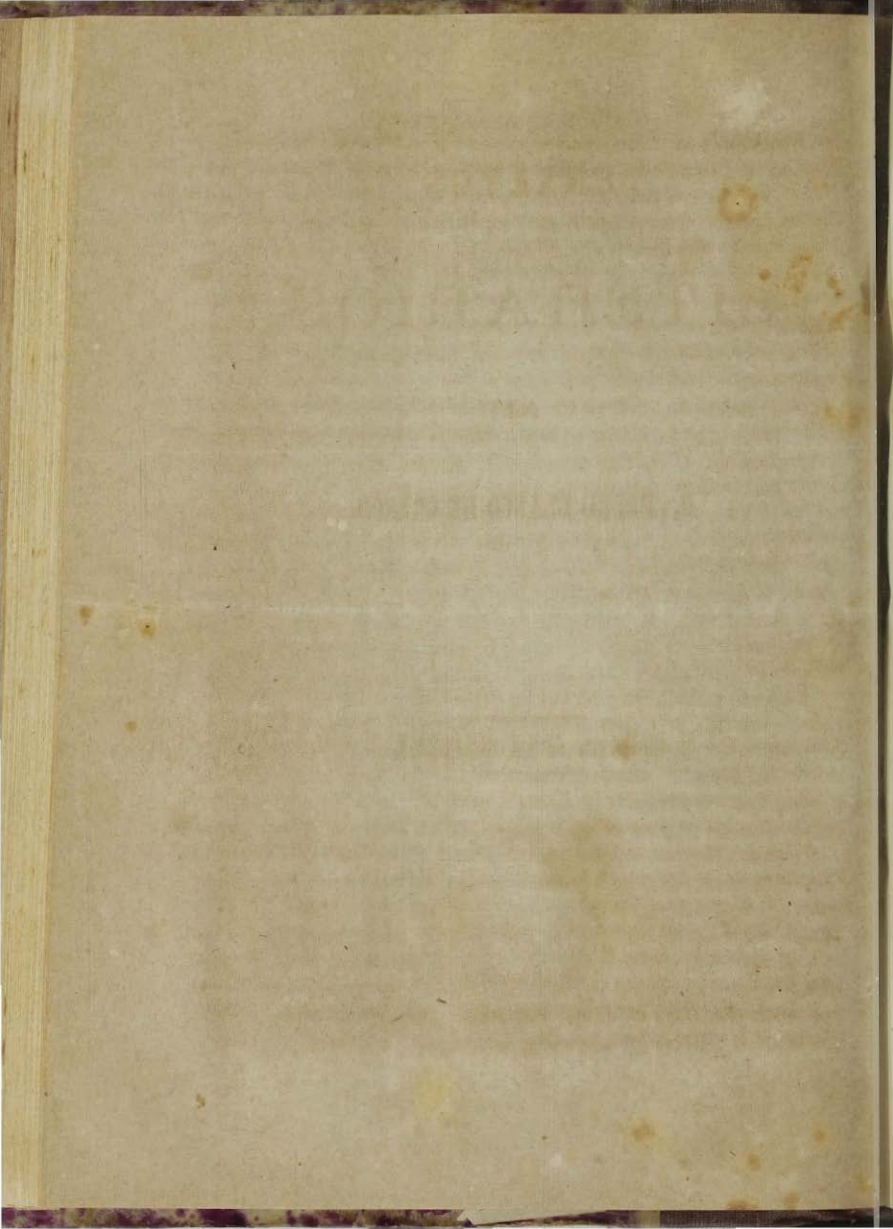


MONTERREY

Librería Anticuaria
de Galicia

G. Aranda, 18-Tel. 16843

VIGO



1015
5

ENSAYOS LITERARIOS,

POR

D. PEDRO BLANCO DE CRESPO.

Biblioteca de LA CONCORDIA.



VIGO.—1879.

Tip. de M. Fernandez Dios.

Constitucion, número 6.

7. 16167
R. 16476

ENSAYOS

LITERARIOS

FOR

D. PEDRO BLANCO DE CRISTO.

Biblioteca de LA CONCORDIA.



VIGO-1870.

Imp. de M. Ferrnandez Díaz.
Constitución, número 1.

ADVERTENCIA

A instancia de un amigo mio á quien aprecio mucho, y contra toda mi voluntad, me he decidido á coleccionar mis humildes trabajos literarios.

Hubiera deseado que la coleccion fuese precedida de una seccion de articulos científicos; pero desistí de aquella idea por razones que no son de este momento.

No sigo rigurosamente el órden de fechas, porque no es imprescindible, y no altero tampoco el texto original, á pesar de los defectos que yo mismo conozco, porque prefiero que los escritos se conserven conforme han visto la luz primera.

Son el producto de una pluma pobre y, como tal, los recomiendo á la benevolencia de mis lectores.

EL AUTOR.

Cúntis, Agosto de 1879.

ADVERTENCIA

A instancia de un amigo mío de quien aprecio mucho,
y contra toda mi voluntad, me he decidido a coleccionar
estas mis humiles traducciones literarias.
Habiera deseado que la coleccion fuese precedida
de una seccion de articulos científicos; pero desisti de
aquella idea por razones que no son de este momento.
No sigo rigurosamente el orden de fechas, porque
no es imprescindible, y no aliero tampoco el texto
original, a pesar de los defectos que yo mismo conozco,
porque prefiero que los escritos se conserven conforme
fueron vistos en luz primera.
Son el producto de una pluma pobre y como tal,
los recomiendo a la benevolencia de mis lectores.

EL AUTOR.

Madrid, Agosto de 1879.

ENSAYOS LITERARIOS.

LA NIÑA HIPÓCRITA.

Era una hermosa noche de verano.

La luna reflejaba su imagen pálida en las gotas de rocío que, cual perlas diamantinas pendían de las yerbas que adornaban la campiña.

Rutilantes comenzaban á brillar en el cielo aquellos millares de soles que desde el principio del tiempo recorren sin interrupción la órbita que les marcó la mano de su Creador.

Un pequeño grupo de nubes de color plumizo que aparecía por donde el sol descendiera á su ocaso, dejaba paso de cuando en cuando á ligeras exhalaciones que salían de entre sus vaporosos pliegues, signo, dicen, de otra mañana mejor.

Una niña hermosa, que apenas contaría unos diez y siete años, halagüeña y seductora como las hijas de Fingal ó como la hermana de Febo y que reunía en parte los encantos de la Esmeralda de Victor Hugo, estaba sentada sobre un montoncito de piedras á la entrada de un estenso campo, al fin del cual se halla una antigua capilla, ó mas bien una capilla medio arruinada, en cuyo centro brillaba una lámpara con débil luz y á cuyo resplandor rojizo podia divisarse apenas por una reja hecha en la puerta, la esfigie de una vírgen de Monserrat, colocada en el único altar que allí habia.

El origen de aquella capilla es desconocido para nosotros, porque el tiempo todo lo borra y olvida, y tan solo algunas leyendas oscuras y confusas y una tradicion adulterada, pero conservada con religiosidad por los habitantes de la aldea, hacen remontar su construccion á mediados del siglo XII.

Dicen que este santuario tan solitario en nuestros dias, ha sido en tiempos ya lejanos, muy visitado por los devotos peregrinos que de otros paises venian á Galicia con objeto de postrarse de hinojos ante el sepulcro del Santo Apóstol de Compostela.

Victoria, que así se llamaba la bella niña, iba solita todas las tardes al toque de oracion á hacer una visita á la santa Virgen, y algunos que la vieron decian que la niña estaba horas enteras de rodillas, con las manos juntas y elevadas, absorta en solemne plegaria, pidiendo á la santa que la acojiese bajo su proteccion y amparo, y al final de sus oraciones tristes lágrimas corrian por sus mejillas de rosa.

Otros habia que, llevados de un fanatismo reprehensible, aseguraban que la niña y la vírgen estaban hablando y jugando como dos amigas que se quieren mucho,

mientras que de la capilla salía una luz que irradiaba todo aquel recinto.

Sin embargo, despues de algun tiempo, los paseos de Victoria al santuario ya no sucedian todos los dias y uno fué el en que contamos este suceso.

Un jóven rubio que Victoria solia encontrar frecuentemente en el camino, y que tan solo se contentaba con darla las buenas tardes, habia logrado detenerla algunas veces en su marcha y piadoso propósito, y como la conversacion durase mas de lo acostumbrado cada dia, la niña se volvía á su casa sin hacer su visita ordinaria.

—¡Abur, Victoria!

—¡Adios, Romon!

Estas eran las frases que hasta entonces habian mediado entre los dos; pero sucedió que Victoria se iba poniendo triste, porque sentia en su corazon un movimiento extraño, así como un impulso ó una conmocion, siempre que encontraba á Roman; y aquella noche, la centésima que se hablaban, Roman estaba en pié junto á ella.

Era este un buen chico, alto, regordote, como de unos treinta y cuatro á treinta y seis años, solo que conservaba una mirada sañuda y fria, y poseia un abdómen obeso, que nos trae á la memoria aquel don Juan Progreso que un novelista contemporáneo ha sabido pintar tan bien.

—Roman,—le decia la hermosa niña suspirando profundamente—¿oyes esos rústicos aldeanos que se retiran de la siega á su hogar cantando y danzando al son de aquella gaita que llevan consigo? ¡Oh, Roman, que felices son! ¡Ellos tal vez no adoran, ni están sujetos á la fascinacion de un amor imposible! Las bellas serranas les esperan con los brazos abiertos y con la mas dulce sonrisa y en coro danzarán con ellos. Unos y otros sus-

pirarán de alegría y de amor, porque esas serranas, Roman, no tienen obstáculos para amar.

Entonces una lágrima temblaba en sus párpados, y Román permanecía á su lado mudo como poseído de la misma idea.

Una reunion de jóvenes del lugar, mezclados con otras tantas *parexas de meniñas*, regresaban con gran contento y algazara á la aldea, despues de haber ocupado el dia en la afanosa y honrada labor del campo. En el fondo del valle *do Avineyral* iban á perderse los ecos de la siguiente cancion:

Mariñeiro son señora,
é navego n alta mar,
navego co á esperanza
da vosa beleza gozar.

Aquellas palabras, simbolo del placer de los aldeanos, sonaban fatidicamente al oido de Victoria, y ella entonces envidiaba la suerte de aquellos infelices labradores; y como si fuese por un movimiento mecánico, sus lábios volvian á repetir aquellas palabras:

—Que felices son, Roman!

Aquella niña tan favorecida de la fortuna, tan hermosa y en la primavera de su vida, sentia decaer las fuerzas de su espiritu, sentia que sus mas bellas ilusiones se iban extinguiendo como los tiernos pétalos de una flor, espuestos á los rayos del sol, porque contemplaba la alegría de la naturaleza y de los hombres, en torno suyo, cuando en su alma solo reinaban la tristeza y la amargura.

Habian sido sus primeros años todo júbilo y goces infantiles y su corazon, exento de ese lazo que llaman amor, pudo disfrutar de todos los encantos de una prolongada inocencia.

Entonces una idea terrible, un pensamiento de fuego la asaltaba: el amor imposible que mediaba entre ella y Roman y al cual, para olvidar, se habia entregado por completo.

Volvamos un poco á su pasado.

Cuando los albores de la segunda vida habian asomado al oriente de su tercer lustro, muchos jóvenes, hermosos como ella, corrieron á depositar á sus piés sus sensibles corazones; pero la ingrata, obcecada por el demonio del orgullo que debia ser siempre su norma de conducta, rehusó con desprecio las ofertas de la tierna juventud. Entre los *pollos* rivales habia grandes divergencias, porque unos presumian obtener la preferencia por haber sorprendido en los lábios del idolo una ligera sonrisa por premio á sus finezas, y los otros se tenian por victoriosos en aquel palenque de pigmeos Cupidos por haber conseguido una flor *significativa* que la diosa les habia entregado.

Nadie ignora que no puede haber momento de satisfaccion mas grata que aquellos instantes, supremos en los jóvenes á la edad de las quintas, en que tantos apasionados ansiaran, con probabilidades de obtenerlo, el *yo te amo* de una mujer bellisima, que se quiere tanto por amor como por orgullo y, sin embargo, reflexionando con calma, en el fondo de esa palabra está un piélago profundo de sinsabores y se encierra un abismo de desengaños.

Victoria, egoísta por temperamento, miraba con fria indiferencia y hasta con satánico orgullo todo lo que pasaba, hasta que los fogosos amantes, retirando los honores que la tributaban, homenajes de ternura y passion sincera, herida en su amor propio, ese amor propio, ese elemento terco de toda mujer que la lleva hasta la locura, determinó entregarse en represalia al pri-

mero que buscasse su sonrisa, y el lector comprenderá que este fué Roman.

Me olvidaba advertir que la imposibilidad de aquellos amores consistia en que Roman era casado.

Estamos ya en el surso de los acontecimientos. Victoria por instantes abandonaba aquella tristeza que se habia hecho en ella habitual y se creía demasiado feliz por ser amada de Roman.

La desgracia que con mano siniestra pone una venda fatal á los que no miran el porvenir, cifrándose tan solo en lo fugaz de los momentos presentes, llegó hasta aquella niña que en medio de su ficticia felicidad, era víctima de su nécia obcecacion. Habia dado un paso hácia el abismo, la caída era inminente, pues.... no podia retroceder.

Lejos de nosotros el culparla. Nada nos extraña que una persona llegue á desconocerse á si misma, cuando es impelida, como por un impulso mecánico y automático, por una fuerza mas potente que sus facultades, porque la experiencia continua nos muestra hasta la evidencia la gran verdad que hay en estos dolorosos acontecimientos.

Para el caído no debemos tener mas que compasion y lágrimas, sinó está en nuestra mano levantarle.

Elena y Rosita, hermanas de la heroína de nuestro relato, querian mucho á Roman y este las visitaba casi todas las tardes, medio magnifico para ver con mas comodidad y mas á menudo á su linda niña, como él llamaba á Victoria, sin infundir la menor sospecha, aprovechando uno de esos momentos críticos en que nadie reparaba en ellos para estampar un beso de fogosa passion en sus lábios; y entónces ella á su vez, mezclando á un suspiro placer y melancolia, iba á caer por un segundo en los brazos trémulos de su querido Roman.

Para entretenir á las hermanas de Victoria, escogió él un medio, que puesto en práctica, produjo los mejores resultados. Consistia en recitar trozos de dramas que su memoria conservaba, y al cabo de algunos dias Elena y Rosa se hallaban muy interesadas por él y se desvivian por oirle. Si hemos de decir la verdad, cual cumple á personas honradas, Roman lucia en extremo su talento declamatorio en aquello de las *borrascas del corazon* que dice:

Marqués, en la casa estais
del conde de Santa Marta..

Pudiendo darse por satisfecho el autor de estos versos en hallarse tan bien representada su obra en una escena de familia. Roman, al concluir con aquel entusiasmo que produce la admiracion de sí mismo, hizo una mueca de satisfaccion y dirijia á la vez una mirada dulce y expresiva á su amada, como para buscar en ella el aplauso que confirmase su orgullo, y por último soltaba una risa de completo placer. Entonces las tres admiradoras que constituian el público espectador de aquel drama, le tributaban mil elogios, á los que correspondia con muy esquisita modestia.

Como por epílogo, como diria un orador, ó por sainete, como diria un teatrista, Roman concluia el sarao dando un rato de baile inglés. En este género no podia salir tan bien aventajado, porque á pesar de conocerse que en mejores tiempos lo haria *némine discrepanti*, ahora un obstáculo se le oponia, pues todos sus esfuerzos iban á estrellarse contra la maldita obesidad de su vientre.

La bella niña no podia figurarse que en los contornos de la aldea y en diez leguas á la redonda, pudiese en-

contrarse un joven tan listo y ocurrente como el amado de su alma, y hé ahí la razón poderosa porque su amor estaba en creces.

Las mujeres tienen la fatal manía de fijarse por lo general en esterioridades, porque sin duda halaga primero los sentidos, y la mayor parte de las veces no se cuida de lo moral, del sentimiento.

Por eso acaso se pierden con mas frecuencia en el abismo de ilusiones insensatas.

En medio de la dicha mas cumplida sucede casi siempre que llega un paréntesis tristísimo, un no sé qué de amargo que viene á emponzoñar con cruel veneno los momentos de alegría y de solaz, bastante rápidos por cierto en el breve existir de los hombres. El dolor es la consecuencia del placer; el infortunio lo es tambien de la dicha. De otro modo ni el mundo, ni la existencia serian el árido campo del destierro humano.

Los amores de Roman y Victoria comenzaron por hacerse sospechosos, porque la indiscrecion del apasionado joven no le permitia ocultar los continuos elogios que tributaba á la hermosura de su amada y la preferencia que con ella usaba, respecto á las demás hermanas, era demasiado notoria.

Dos personas fueron las primeras en conocer la existencia de aquellos amores; Elvira, esposa de Roman que conocia falta de amor en su marido hacia algun tiempo y una persona intrusa en la familia de Victoria, que, aunque extraño, si se quiere, á aquellas domésticas tertulias, acechaba con ojo avisor todos los movimientos de la joven niña.

La amaria Pablo tambien?

El novelista no puede saberlo todo, únicamente dirá, limitándose estrictamente á lo que sabe, que si no la amaba, á lo menos la queria mucho. Pero este cariño

suele ser casi siempre el preludio de una pasión amorosa, y principalmente en el presente caso, si hemos de juzgar por los celos que ponían en tortura su corazón siempre que ella sonreía á Roman. *Donde hay celos, hay amor.*

Se sabe á ciencia cierta que Pablo nunca la había dicho nada; pero los ojos que son el espejo del alma, decían mucho más de lo que pudieran expresar las palabras. Ella lo notaba; mas no hacía caso de aquella pasión que llamaba estéril, porque no satisfacía su orgullo, porque la poesía del amor de Pablo no la deleitaba; y él, á pesar de reunir condiciones que otras mujeres apreciaban, no sabía declamar con aquel entusiasmo y aire marcial de Roman, y por suma desgracia tampoco sabía el baile inglés, medios indispensables para cautivar el corazón de la ingrata.

Así trascurrieron algunos meses. Pablo durante ellos estuvo enfermo de una calentura intermitente y los ociosos afirmaban que aquella enfermedad era enfermedad de amor.

Lo cierto es que Pablo guardaba para con Victoria el más profundo silencio, y de esta manera su pasión se acrecentaba más, y ella á su vez aumentaba el deseo de Roman.

Por fin, no pudiendo Pablo contenerse en el propósito firmísimo de ahogar aquella asoladora llama que se revolvía en su alma como un volcán, decidióse á declararla su amor.

Vaciló primero mil veces como el que teme un desaire cierto; reunió todo su valor que para esos casos ciertamente se necesita, y á la mejor ocasión que encontró, se arrojó á los pies de aquella pérfida diosa, dueña de toda su alma; pero la niña no tuvo por respuesta para aquella apasionada declaración, más que una risa sar-

cástica y prolongada, cuyo vibrante sonido hizo temblar de miedo al pobre Pablo que se quedó estupefacto sin saber lo que le pasaba.

Victoria que comprendió el efecto que su significativa respuesta habia causado, no pudo contenerse por segunda vez y tornó á reirse de nuevo con toda la fuerza de sus pulmones y de la más fría indiferencia.

Pablo quedó por el pronto anonadado, sin movimiento y sin inteligencia acaso; luego sintió en su corazon algo como el frio que produce la hoja de un puñal, se sacudió como el terrible leon que contiene ante su débil presa la fuerza de sus garras, clavó en Victoria una mirada fija, aterradora, sombría, y se retiró.

Elvira buscaba todos los medios que estaban á su alcance para que su marido no saliese de su lado y para ver, si de este modo, atrayéndole á sí por la dulzura, podia alejar de su corazon el amor de Victoria.

Todas estas medidas resultaban, desgraciadamente, neficaces, porque la privacion engendra el apetito, y la sujecion forzada produce efectos contrarios á los que se desean; y si bien Roman procuraba aparentar á la vista de su esposa su asidua permanencia en casa, buscaba, no obstante, frecuentes pretextos que jamás faltaban para ver á su ídolo.

Victoria á su vez intentó hacer ver que no amaba á Roman; pero el ojo perspicaz de Pablo, que acechaba todos sus movimientos, sorprendió más de una vez pruebas de todo lo contrario.

No obstante, ¿qué podia hacer creer? Que Victoria pugnaba por no amar á aquel hombre que le habia sido funesto; pero la necesidad imprescindible de cubrir un secreto del que pendia su honra, le ligaba á él, y esto era lo bastante para que ejerciese aún sobre ella un inmenso poderío.

En vano intentaría ya deshacerse de aquel amor ilícito; sus fuerzas no le eran suficientes y la pobre jóven se desataba en llanto.

Pablo no quería cebarse en su venganza, pues en su pecho latía un corazón noble; pero ansiaba mostrarla su indiferencia, quería hacerla ver que aquel corazón que tanto había lastimado, trinchado impiamente en sus más delicadas fibras, se había repuesto y tranquilizado ya..... porque él amaba á una mujer tan bella como Victoria y era correspondido; porque aquella Amalia, que Arlincourt hubiera deseado para colocar al lado de la hermosa huérfana de Underlah, compar-tía con él los primeros placeres de un amor purísimo y candoroso.

Los ensueños de la vida de Pablo comenzaron á desvanecerse convirtiéndose en una enloquecedora realidad y él, en brazos de su amante, ya no se cuidaba de los amores de Victoria, mientras que esta le hubiera querido con delirio, si no le fuera forzoso corresponder á las caricias de Roman.

Los papeles habían cambiado: la pobre se arrepentía; pero era ya tarde.

Roman había disminuido sus visitas; Pablo era feliz en brazos de una rival bella, y ella era infeliz y desgraciada. ¡Oh! su alma se abatía y se desesperaba. Llegó á pensar en el suicidio, porque la muerte se la aparecía como el eterno descanso á las fatigas de la vida; mas el poder religioso de que estaba imbuida su alma, rechazó tan peligrosos pensamientos.

Todas las noches, ántes de acostarse, permanecía apoyada algunas horas en el alfeizar de la ventana de su habitación que daba á la calle; pero sus ojos, continuamente llenos de lágrimas, jamás veían pasar al que

buscaban, al hermoso *declamador*, á aquél, entonces esquivo y silencioso, que en otros días de más ventura pronunciaba por lo bajito á su oído aquel apasionado: «Abur, Victoria,» que llenaba su alma de una sensación arrobadora y dulcísima. Veía, sí, aquella luna hermosa que tantas veces había alumbrado su felicidad y que se erguía arrogante é inmensa por encima de las montañas de Alfonselle y Lagazós, como insultando á su desdicha, y entonces ella se arrojaba vestida en su cama prorrumpiendo en doloroso llanto.

—Infeliz destino,—decía—tu has preparado para mí con tu mano maldita ese cáliz del desengaño que he de apurar como un fatal veneno. Maldito seas, ¡oh! destino.

Y entonces sus sentidos se desvanecían, el alma se reconcentraba en los abismos de su sensibilidad moral y aparecía el ensueño. Y una voz de acento melancólico, como la voz del misterio, pronunciaba á su oído el nombre de Roman y pasaba junto al lecho un fantasma aterrador, en quien ella creía conocer el espíritu de las venganzas. Aquel fantasma la miraba atentamente, ponía una mano fría y pesada sobre su corazón y hacía vibrar en sus secos labios, que vomitaban fuego, un sonido infernal que imitaba la risa de un condenado. Luego, al desvanecerse aquel fantasma, un suave roce había tocado el cuerpo casi inanimado de la niña, unos acordes armoniosos se oían á lo lejos y sus acentos iban á perderse allá al fondo de los lejanos valles. Era un corro de serranos que danzaban y bailaban contentos y satisfechos, y en medio de aquel baile, como una pareja régia en medio de sus cortesanos, estaba una pareja joven que se distinguía de las demás por lo radiante de su hermosura y de felicidad, y por el lujo de sus adornos. La niña celosa al conocer en ellos á Amalia

y Pablo, envidiando tanta dicha, hizo un esfuerzo jigantesco y cayó al suelo.

La respiracion de Victoria, agitada por el golpe que recibiera en la caida, la hizo volver en si tiritando de frio y presa de un profundo asombro; pero pronto volvió á cerrar los ojos, porque mil imágenes feas y asquerosas, espectros salidos de las riberas inmundas del Letes ó del antro del aciago imperio del raptor de Proserpina, esqueletos escapados de las tumbas de Palmira y de Morat, se dibujaban en torno suyo, en medio de la oscuridad de la estancia y corrían y volaban al rededor de ella haciendo muecas horribles.

La pobre niña gritaba y nadie oía. Estaba loca y delirante por la fiebre, y su insomnio era una pesadilla de todas las noches.

Los asíduos cuidados de Rosa y Elena, que alternativamente la asistían, consiguieron que la calentura se mitigase un poco al cabo de algunos dias.

Los médicos, que solo en parte comprendían la enfermedad, procuraron inquirir un medio para combatir aquella dolencia moral, próxima á arrebatarla al sepulcro. Y entre otros medios que su exigua ciencia les suministraba, adoptaron como preferible que se llevase á la enferma á respirar el aire de otro país, donde la diversidad de perspectivas produjese variedad de sensaciones, para que aquella imaginacion estraviada por la debilidad, se fortaleciese y pudiese volver al camino de las ideas fijas y razonables.

En efecto, su familia la llevó á buena distancia y á orillas del mar, cuyas brisas tan precioso influjo ejercen en las economías enfermas y cuya presencia alegra los ánimos mas tristes; pero todo fué inútil, porque las llagas morales que constituían aquella dolencia, se abrieron y dilataron mas.

La muerte habia penetrado en el alma de Victoria y tenia que sucumbir. Ya no era la niña hermosa de diez y siete años, que canta como la alondra, que sonrie como trina el ruiñeñor: todas aquellas bellezas habian desaparecido ante el sufrimiento de algunos dias y ya era tan solo la figura lánguida de un ser humano que apenas se sostiene.

Una tarde, despues de su regreso, pidió que la sentasen en un sillón frente á la ventana que daba al jardín por la que entraban los postreros rayos de un sol poniente. Se hallaba un poco mas fatigada que los demás dias y Elena, que estaba á su lado, como se lo conociese, la dijo:

—Te sientes mal, Victoria?

—No, Elena, no;—le contestó—pero tengo un terrible presentimiento. ¿Ves ese sol que desciende á su ocaso, perdiendo por instantes la fuerza de sus rayos? ¡Oh; hermana mia, tambien yo siento que mis fuerzas, ayer vigorosas, se debilitan; estoy declinando en el poniente de la vida, llegó tambien mi ocaso y no duraré quizás mas que ese sol. Mañana todo habia concluido. Tan solo una idea me es ahora penosa, la idea de un seneto y de un crimen... que tú abias adivinado.

Y ocultando su cara entre ambas manos comenzó á llorar de un modo atroz.

Elena, creyéndola otra vez presa de la fiebre, mandó buscar en seguida el médico; apenas este habia entrado se oyeron los débiles vájidos de dos niños recién nacidos. En efecto, Victoria era madre y habia ocultado hasta allí su falta con la glomeracion de ropas.

Dió á luz un niño y una niña, gemelos, fruto del crimen de Roman y suyo.

Segun parecer de los médicos el parto se habia ade-

lantado algunos días por las violentas conmociones de la madre.

Esta no pudo sobrevivir á su vergüenza y una hora despues ya no existia, terminando por pronunciar aún, en medio del postrer suspiro, exhalado entre los dolores de la agonía mas atroz, el odioso nombre de su verdugo, unido al de sus inocentes víctimas... ¡Roman! ¡hijos míos!

El niño tampoco sobrevivió á su madre. Al otro día una tumba, á los piés de la que velaba un hombre vestido de luto y llorando amargamente, encerraba el cuerpo de Victoria y de su hijo.

.

Cinco años despues, un hombre de aspecto melancólico, cruzaba bajo los llorones del cementerio, las diversas hileras de huesas que allí se encuentran: llevaba una niña conducida por la mano.

Ambos se arrodillaron sobre una sepultura: la niña con las manitas levantadas, rogaba por su madre y el hombre que la acompañaba, pedía por aquella al pié de cuya tumba habia velado.

Aquel hombre era Pablo que habiéndose casado con Amalia, habia adoptado la inocente huérfana en memoria del cariño que habia tenido á su madre.

El amor de Pablo era un amor de ultra-tumba.

luchado algunas horas por las violentas convulsiones de la muerte.

Ella no pudo sobrevivir á su vergüenza y sus dolores. Después ya no existió, formando por consecuencia una gran media del postrer ensayo, exhalado entre las dolores de la agonía mas atroz, el último nombre de su vida: unido al de sus inocentes víctimas... ¡Romana!

El niño tampoco sobrevivió á su madre. Al otro día una lúmpa á los pies de la que velaba un hombre varado de lazo y herido amargamente, encerraba el cuerpo de Victoria y de su hijo.

Cinco años después, un hombre de aspecto melancólico, cruzaba bajo los techos del cementerio, las diversas filiteras de huesos que allí se encuentran: llevaba una cruz conducida por la mano.

Ambos se arrodillaron sobre una sepultura: la niña con las manos levantadas, rogaba por su madre y el hombre que la acompañaba, pedía por aquella al que de cuya tumba había velado.

Aquel hombre era Pablo que habiéndose casado con Amalia, había adoptado la inocente huérfana en memoria del cariño que había tenido en su madre.

El amor de Pablo era un amor de tumba también.

ellos; si me escarnecen, les amaré mucho mejor; mi religion lo ordena, debo obedecer á Dios.

Y tú, ángel bello, á quien dedico estas palabras, sé feliz. Yo no tengo nada; mi amor no te complace. Tan solo por tí hubiera deseado ser rico; pero acaso de ese modo contrariaria la senda que la Providencia tiene marcado en el itinerario de mi destino.

Vé, huye á los brazos de otro hombre, que te espera; mis lágrimas queman, mis labios abrasan, mis ojos chispean fuego, mi aliento lleva la muerte... soy un espectro, un espíritu infernal... mi lengua .. ¡oh! mi lengua ha blasfemado y blasfema todavía... huye, porque el infierno me hiero con tentaciones irresistibles .. déjame para que vuelva á Dios.

Todo habia sido un sueño, un delirio, pero en ese delirio tuve una vision. Todos los que más me amaban me aborrecen ya. Tu, á tu vez, me aborrecerás tambien..... os dejaré tranquilos. Huiré porque Dios me llama á otra pátria. Nos veremos despues en la eterna noche... ¡oh! mujer! Allí serás mia para siempre y solo allí... Hasta entonces alma mia.

Julio 30 de 1865.

Y lo, angel bello, a quien habia visto en la tierra,
 solo por ti hubiera deseado ser rico, para poder
 como centenario la senda que al Paraíso me
 mandaba en el itinerario de mi destino.
 Vé, hoy a los brazos de otra amante, que te espera,
 mis lágrimas, duermen, mis labios aprieta, mis ojos
 cierran luego, me siento llevada a mi mundo... por un
 espectro, un espíritu infernal... mi lengua... por mi
 lengua ha blasfemado y blasfema todavía, pero
 que el infierno me hiere con tormentos irredimibles
 déjame para que vuelva a Dios.
 Todo había sido un sueño, un delirio, pero en este
 delirio tuve una visión. Todos los días me aparecen las
 aureolas y... Tu a tu vez, me habrías conocido...
 os dejare tranquilos. Hané porque Dios me llama a
 otra patria. Nos veremos después en la eterna noche...
 ¡oh, mujer! Allí serás mi paz siempre, y solo allí.
 Hasta entonces alma mía.

QUINCE ABRILES.

I.

Hay sobre nuestro globo dos espacios y dos horizontes distintos. El uno para los astrónomos y el otro para los enamorados.

Ven los primeros mas allá de la region azul un infinito número de soles que brillan en la noche con resplandor admirable. Estudian, ayudados de las reglas físicas, sus movimientos periódicos, sus fases fenomenales, sus órbitas, sus rotaciones, y terminan su vida con cálculos tan inciertos como la última hora de la existencia.

Los enamorados divisan detrás del firmamento, mas allá del ancho anillo de Saturno, elevándose en alas de la imaginacion á los espacios imaginarios, lo mas ideal que su mente concibe en las horas de locas ilusiones, unas figuras aéreas, vaporosas, mas bellas que los astros, mucho mas hermosas que los espíritus del cielo.

Esos seres fantásticos atraviesan una zona prolongada y rodeada de luz. Se mueven en las alturas como los dioses de las fábulas.

Cada un enamorado mira allí el objeto de su primer amor.

II.

Estos pensamientos se me ocurrieron no hay muchos días.

Al oscurecer de una de las últimas noches del pasado Mayo salí á dar un paseo en direccion al campo de la feria (1): marché solo.

La noche estaba bastante fria y el cielo despejado.

Doblando la vuelta del segundo puente, mas allá del Pontillon, vi al lado de la carretera un bulto negro. Era una mujer. La conocí. Sospeché una aventura y sin que ella me viese pude esconderme á diez metros de distancia entre un retamar.

Apasionado, como todo jóven, á lo que ofrece novedad, me hallaba en mi elemento.

Me felicitaba por hallarme solo. La compañía, en ciertos casos es un grande estorbo.

Envolvime bien en mi capa, proveime de un poco de paciencia y esperé.

III.

Aquella mujer era una jóven de quince años. Hermosa, blanca y rubia como casi todas las hijas de Galicia, esbelta en su talle como la extranjera de Arlincourt,

(1) Este artículo fué escrito en Lalin.

fresca como la Fornarina y lozana como las flores del mes de Abril.

Era bella en sus formas, casi divina en su conjunto.

Estaba sola y pensativa. Dirijia sus miradas constantemente al cielo y parecia contemplar la morada de la virtud.

Aquella mirada, que parecia brillar en la oscuridad de la noche, estaba llena de avidez, pues era una mirada escrutadora, profunda, como si pretendiera buscar hácia aquella parte algo que le faltaba y le fuese imprescindible.

Aquella mirada en la que se traslucia un alma virgen y ansiosa con todos los encantos de la seduccion, era capaz de conmover por sí sola el corazon mas frio, un corazon de hielo, insensible ya á las emociones del amor. Era capaz de encender en el alma instantáneamente la pasion mas grande que se siente en la vida.

Aquella mirada era una luz en medio de tanta sombra.

IV.

¿Por qué estaba allí sola á aquella hora y al parecer tan conmovida?

Ah! La jóven amaba y amaba con delirio. Tenia celos y buscaba aparte la soledad para distraerse un poco de la ausencia de su amado pensando en él.

El iba lejos y regresaba aquella noche, por eso le esperaba con afan. No le viera en tres dias, y setenta y dos horas para los enamorados del templo de nuestra heroina, son mil siglos, son la eternidad.

Ella sabia que no faltaria y por eso salió á esperarle.

A cada minuto que trascurria, el corazon le latia con mas violencia, conociase por los movimientos nerviosos que agitaban su cuerpo.

V.

El asunto interesaba mi curiosidad y por eso me propuse esperar hasta el fin el desenlace de aquel drama.

La curiosidad hace como la avaricia. Va siempre en creces.

Sin embargo del disgusto que me ocasionaba el frio, no me movi del lugar en donde estaba. Me parecia que la mas ligera imprudencia mia podria destruir el cotarro.

Hice con calma un cigarro. Encendile como pude, sin hacer ruido, merced á un fósforo de carton que llevaba por casualidad en el bolsillo.

Fumándolo esperé.

VI.

Apenas acababa de arrojar al suelo la colilla, sentí un caballo que trotaba á lo lejos y con direccion hácia nosotros.

La jóven oyó tambien é hizo un movimiento. Se estremecia tal vez de sensacion.

Se puso medio de rodillas sobre su asiento, hizo ademán de levantar hácia el cielo su semblante y alzó las manos, bien en accion de súplica, bien en accion de gracias.

Algunas palabras pronunció en voz baja, tal vez fuese una plegaria. Los ángeles oran siempre y aquella niña era un ángel.

Sacó su pañuelo y limpió el rostro. Tal vez había vertido algunas lágrimas.

¡Cuánto diera yo en aquel instante por poseer los misterios del corazón de aquella joven!

Pero aquella actitud me confundía y no sabía á que atribuirle, y sobre todo cuando, creyéndola feliz, llegó á mi oído un suspiro melancólico que ella exhaló, un ¡ay! que parecía llevarme el alma.

VII.

A través de la espesa bruma, se distinguía el ginete al tiempo que cruzaba la carretera con bastante rapidez. Iba envuelto en su ancha capa y no se fijaba al parecer en objeto alguno.

La niña se levantó de su asiento, al reconocerle, y adelantándose, le dijo:

—Camilo!

—El ginete se detuvo, volvió la cabeza y reconociéndola, saltó inmediatamente á tierra.

—Ramona, eres tú?

Y los dos se estrecharon con efusión. Ella porque le esperaba y él por la casualidad.

Ramona abandonóse por un momento en los brazos de Camilo.

Y á mi me pareció que sentía un hervor de los pies á la cabeza.

¿Quién sabe lo que sería?

VIII.

Camilo, conduciendo á la jóven por la mano, se separó un poco de la carretera hácia el punto que yo ocupaba.

No nos separaba mas que un muro derruido.

Junto á aquel muro habia un roble y á su tronco ató el caballo.

Y habia tambien un asiento de cantería y le tomaron los dos.

La copa del roble les cubria.

—Como tardaste tanto?—interrogó Ramona con ternura despues de haberse repuesto de la primera emocion.—Te esperaba ayer.... ¡oh! me parecian tan pesados los momentos que nos separaban! ¡Te amo tanto, Camilo.

Y exhaló un suspiro.

Camilo afectado, nada contestó. La cogió suavemente y la sentó sobre su rodilla.

Entonces hablaron los dos; pero lo hicieron muy bajito y suspiraron y sonrieron. Hubo reconvenciones, protestas..... amor angelical, nada mas.

Nada dijo la brisa á mi oido, lo que percibia era un rumor, era un arrullo, era algo que me desesperaba, algo que me daba sudor. Era aquel éxtasis amoroso que columbraba y tenia envidia de él. ¡Que grato es el amor!

Luego Camilo ya se dejó oir. Y mezcló alguna palabra poética á sus frases, pero la jóven niña estampó en sus lábios mas de un beso.

¡Tiene tanto poder la expresion del amor!

IX.

Una hora despues los dos jóvenes partian hácia el pueblo, montados en el corcel de Camilo.

Este llevaba delante de sí en sus brazos á la mujer que amaba.

Diez minutos habian sido mucho mas que suficientes para que los dos enamorados pudiesen salvar la distancia que media entre el campo de la feria y el centro de la villa.

Para los que se aman, como para la electricidad, no hay distancias.

No corren, vuelan.

Son impelidos por la fuerza misma que impulsa su imaginacion de fuego.

X.

Yo sentia en mi físico los efectos de la noche. Mi situacion de espectador me habia fastidiado bastante. Estaba la noche completamente oscura y me encontraba á kilómetro y medio de mi casa.

¿Qué habia sacado en limpio? Nada entre dos platos. Yo era un loco despierto, mientras que á mis ojos se habian presentado dos jóvenes durmiendo.

A la verdad, los que aman cuando abren los ojos sueñan, cuando los cierran están despiertos.

Las horas de amor son la antitesis de las otras horas...

XI.

¿Qué me quedaba que hacer allí cuando ya se había corrido el telon de aquella escena.

Nada. Y me tomé la molestia de trasladarme por mi mismo sin necesidad de vapor ni de otro medio de locomocion, á mi pobre vivienda.

Conforme adelantaba el paso, y por consiguiente segun el calor se me iba restituyendo paulatinamente, me parecia sentir fruicion al pensar en la linda solitaria. Durante el trayecto, ni un segundo se me apartó de la imaginacion.

Si he decir la verdad, tuve envidia por la suerte de Camilo.

Y con razon.

El tenia una mujer hermosa que le esperaba, amándole con celos.

Yo tenia..... á aquella hora, sombras en derredor, frio. gana de cenar y por apéndice, deseos de acostarme.

Julio de 1867.

UNA NUBE.

Mil génios han pintado con hermosísimos colores la poesía de un sol primaveral, penetrando hasta el lecho de una virgen ó atravesando el ramaje de una gloria de amor.

Otros mil han pintado la sublime poesía de un rayo de la luna que velaba los castos amores de una hija de Vénus.

Y mil y mil han pintado tambien y cantado en perfecto tono, los múltiples y variados cuadros, la riqueza y los encantos de esta pródiga naturaleza en que vivimos.

Pero nadie ha pintado la poesía de una nube; nadie ha cantado su historia.

El sol, la luna, las estrellas, las brisas, los pájaros y las flores tuvieron un lugar en la mente de los bardos y los poetas, así como lo tuvieron en las páginas de la historia las proezas de los hijos de Marte.

Y no es porque las nubes no tengan tambien su historia y su poesía.

Su historia, porque las nubes han ejercido una influencia poderosa en la balanza donde se pesan y equilibran los destinos de los pueblos.

Su poesía, porque existen nubes de color de azucena, nubes negras como el infierno del Dante y blancas como la espuma de los mares; nubes vaporosas como el manto de la Asuncion, nubes azules como el cielo del Paraiso.

Escuchad la historia y la poesía de una nube.

Una nube de fuego era la que ocultaba á las miradas profanas en el desierto de las peregrinaciones hebreas, el Arca de la alianza, conducida en medio del pueblo de Dios.

Una nube de fuego envolvió á los ojos de Moisés los misterios del Señor en las altas cumbres del Sinaí, el gran dia en que debia promulgarse á todos los hombres la primera ley escrita.

Una nube de fuego fué el gran lienzo donde se imprimió aquel arco iris que debia ser para siempre el signo de alianza entre Dios y los hombres.

Una nube de fuego redujo á cenizas las sodomíticas ciudades de Pentápolis.

Una nube formada por los densos vapores del Mar Rojo y elevada á las nebulosas cimas del Libano y del Hebron, produjo el diluvio que borró casi por completo el género humano.

Una nube tempestuosa destruyó la gran armada griega en las aguas del mar Jonio.

Una nube de tempestad devastó la armada de Lepanto, invencible ante las armas enemigas.

Una nube, envuelta en terrible torbellino, impulsada por el huracan y la electricidad que se desarrollaba en sus mismos senos, reduce á yermo y escombros los ricos valles de Veracruz en el Nuevo Mundo.

Una nube, impalpable como un copo aéreo, produce el Simoun que tanto temen las carabanas árabes, porque levanta y traslada montañas, sepulta oásis en las

inmensidades de los desiertos y convierte en eriales los países mas hermosos y fecundos del Africa.

Y menos que una nube, una partícula de nube, una nube microscópica, redujo á la impotencia y á la prision al primer héroe de este siglo. Unas pocas gotas de agua, enlodando los llanos de Hugomont, impidieron las operaciones de la artilleria francesa y Napoleon I, el César del siglo XIX, perdió la célebre batalla de Waterlloo.

Y en fin, una nube de un color que no me esplico, nube blanca, azul y negra á un tiempo, nube de oro y reflejos diamantinos, roja como las auroras boreales del polo y como la púrpura de los reyes, nube de cristal y perlas, en cuyo seno brillaba el foco de una centella, nube semejante al aliento de Mirian la bella, deslumbró mis ojos allá un dia, dejóme ciego y sentí despues un vértigo y un dolor cruel.

Tuve ánsias terribles, epilepsia, sed, calentura.

Estaba enfermo de amor.

¿Qué se habia visto en aquella nube? Una cosa, un no sé qué. Una cosa fantástica como un sueño, aérea como una ilusion. Vi los ojos negros de una huri que me miraban de una manera desconsoladora, y en aquellos ojos negros, allá en su fondo, un relámpago de passion inmensa que se asemejaba á la onda rápida de una neblina de oro, agitada por un soplo.

Desde entonces una nube de sombría tristeza envuelve y atormenta mi alma y agosta y destruye en ella todo afán y toda esperanza.

¡Decid ahora que no es fatal el destino de una nubl

inmensidades de los bosques y convirtiéndose en árboles
bosques más hermosos y sencillos del África.
Y menos que una nube, una partícula de nube, una
nube microscópica, redujo a la nada la gloria y a la gloria
al primer látido de este siglo. Una gran gloria de gloria
enfocando los llanos de Lincolnton, Inglaterra los que
traviesas de la antigua travesía y Lincoln I del Reino
del siglo XIX, perdió la edificación de Warrington.

Y en las nubes de un color que me he perdido, nubes
blancas, azules y negras a un tiempo, nubes de oro y reflejos
dilatándose, como las nubes borrosas del día
y como la purpura de los reyes, nubes de cristal y por
las, en cuyo seno brillaba el fuego de una estrella, nubes
semejante al aliento de la vida, desahogado más
estas allí un día, dejéme ciego y sentí después un vérti-
go y un dolor cruel.

Tuve nubes terribles, epilépticas, con estolmas.
Estaba enfermo de amor.
¿Qué se había visto en aquella nube? Una cosa, un
algo se dice. Una cosa brillante como un espejo, como
como una ilusión. Vi los ojos negros de una cara que
me miraban de una manera desconsoladora y en aque-
llos ojos negros, allí en el fondo, un relampago de in-
ción humana que se acompañaba a la vida rápida de una
nube de oro, girando por un solo.
Tantas nubes una nube de solitaria tristeza en
voló y alumbra mi alma y agota y destruye en ella
tanto más y todo caparazón.
Este mundo que no es tal vez lo que se imagina.

Imaginación de 1911

EL PROSCRIPTO.

Abatieron con grillos sus pies, el
hierro traspasó su alma.

Psalm. CIV. v. 18.

¿Veis á ese hombre que marcha por un escabroso camino y que lleva impresas en su frente las señales del dolor? ¿Reparáisle como sigue con la cabeza inclinada, arrimado á su baston de caña, goteando sudor por su roja cabellera? ¿No le veis detenerse de cuando en cuando, levantar pausadamente su semblante, abrir su boca para tomar aliento, dilatar su pecho oprimido por ardiente sofocacion y medir con los ojos arrasados en lágrimas el trayecto erial que ha recorrido? ¿No sentís que su corazon late de viva inquietud?

Ese que va marchando es un proscrito, un ser humano impelido por el infortunio á alejarse de su pais natal, hácia el que por última vez tiende su vista melancólica y llorosa. Ese hombre es un ser humano desgraciado, un pobre que mil veces fué arrojado á empellones de la puerta del opulento, un enfermo de lepra que, al tender su brazo fuera del lecho, no ha encontrado ni si-

quiera un óbolo pequeño de benéfica caridad. Es un anciano, un Job, á quien devoran de consuno la sed y el hambre y para el que no hay un manantial de fresca agua, ni una dorada niés. Nada posee en el mundo mas que ánsias y fatigas crueles y ni siquiera compasión existe para ese hombre.

El frio y la intemperie hielan la sangre terrosa que circula lentamente por sus venas; para él no existe un hogar.

Está solo, desauciado, abandonado á su miseria, á sus trabajos y á su fiebre; para él no existe una familia que le prodigue sus cuidados; no tiene esposa ni hijos que dulcifiquen y acaricien su vejez.

Todos le desprecian, todos le escupen y burlan, todos se avergüenzan de habitar á su lado.

Como si le rodease una atmósfera virulenta, todos huyen de él y le vuelven los ojos, ni uno siquiera le ayuda á levantar la carga que abruma sus cansados hombros.

Y ¿quién no ha sido proscrito en la vida?

El hombre al nacer, cuando abre los ojos para ver por vez primera al mundo, no hace otra cosa que cojer á costillas sus lágrimas, llevar su debilidad consigo y emprender acto continuo su viaje. No es otro que el extrañamiento de la pátria terrena, sobre la que va de tránsito y pasa con indecisa huella hasta que llega al término prefijado en las páginas del tiempo.

¡Sombras, luz y otra vez sombras!

Nada antes y luego un poco, despues... ¡tan terrible fué el pecado de Adán!

¡Que fugaz y breve es la existencia! ¡Que engañadoras son estas ilusiones malditas de la tierra! Aquella no es mas que la llama oscilante de un cirio; el mas ligero soplo de viento la apaga. ¿Quién nos ha dicho que el

soplo de las pasiones no extingue el calor de nuestro espíritu?

Peregrinos todos en este desierto de mentidos placeres y dulzuras, comparticipes de una suerte comun al final de nuestros dias, confundidos despues en una misma huesa, entremezclando los restos cinerarios en un estrecho recinto, ¿no debemos, acaso, llorar sobre las desgracias pésimas del proscripto? ¿No debemos alargarle una mano amiga?

¿Quién es ese magnate que engreído de orgullo, como el pavon de la fábula, ostenta brillantez y señala hasta con el mas cínico desdén los placeres que moran en su derredor y que alimentan su ocio y su vida? ¿Quién osa concebir en su mente que él se eleva sobre el equilibrio humano? ¿Quién se atreve á cojer una piedra é insultar al proscripto? Algo debe tener del infierno ese mónstruo de iniquidad, algo de fatal esterminio arroja sobre su frente una señal indeleble, un horrendo anatema. Llevadle junto á una tumba y enseñadle allí su lecho.

En la angosta habitacion de la vida hay dos muebles que prestan un mismo servicio cási. En una esquina, junto á la puerta de entrada está una cuna, á la puerta de salida está un ataúd. ¿Cuántos pasos median de una á otra puerta? El que se levanta de la cuna sin haber despertado todavia del sueño de la infancia, se solaza un poco y va á caer al ataúd. Todo es un instante en la eternidad de los siglos. Polvo y sombra; humo y nada.

Las paredes de esa habitacion están desnudas y agrietadas; por afuera se vé una inmensa oscuridad. Para el magnate faltan allí un espejo y un velador.

Y sin embargo, hay quien cree que esa habitacion exhala el aroma de las flores, hay quien se figura oír las melodías suaves de una música, no falta quien pretenda

asegurar que allí se liban los goces de un paraíso. ¡Miserables! ¿No veis que eso es efecto de vuestro sueño y de vuestra ignorancia? ¿No comprendéis que es un delirio que el tiempo desvanecerá cuando las realidades de la vida os despierten del letargo? ¿No entenderéis jamás que eso procede de que, sonámbulos ó ciegos, no pudisteis haber medido exactamente el trecho que habeis recorrido?

Presto ¡ah! se desengañará el hombre nécio que mira al mundo como un florón que embellece una corona. Demasiado pronto hallarán sus manos la punzante espina del engaño donde solo creía encontrar la flor de la ilusión; el Babel infernal en lugar del soñado Eden...

El peregrino no cesa en su propósito. Apenas puede tomar aliento, dirige sus pasos pesados ya por la fatiga, y marcha adelante sin respirar apenas.

Ni un suspiro sale de su pecho, ni una maldición asoma á sus labios.

Ve llegar la noche; el sol desaparece detrás de la cresta de la montaña que surge á lo lejos. Entonces se muestra á su vista una llanura inmensa, se pone en pie sobre una roca elevada y mira destacarse en lontananza un castillo gigantesco rodeado de una gran muralla. ¡Cuanto ansia llegar á él! Y ¡cuán hermoso es aquel castillo de mármol y piedras preciosas, cuyo techo debe ser de amaranto y nácar! En él reverberan los postremos rayos del sol poniente formando mil burbujas de oro que deslumbraban su mirada.....

Hace un esfuerzo supremo, y cuando las sombras de la noche se proyectan por la llanura, el hombre pisa los umbrales del gran edificio.

¿Por qué al llegar á él arroja su carga? Porque nada necesita ya. Sion le abrió sus puertas, la inmortalidad de los justos llena su espíritu. Entró en la dilatada re-

gion, en el recinto misterioso de donde no debía volver á salir. Estaba rejuvenecido y era feliz.

Muchos por curiosidad le habian seguido y aun pasaban delante de él, porque corrian mejor; pero les alcanzó á la puerta. ¿Cuál era la causa que detenia á los que habian llegado primero? La soberbia del alma, las manchas de la vida, porque allí solo entran los mansos y los limpios de corazon.

Aquellas puertas son las puertas del *Paraíso*.

En el recinto silencioso de donde no debía volver
a salir, felices refunfuños y en silencio.
Algunos por consiguiente lo habían visto y con pas-
sionados de él, que se corrían, muchos por lo al-
tísimo de la fuerza. Cual era la causa que llevaba a los
que habían llegado primero? La soberbia del alma, los
mensajes de la vida, porque allí se agitan los muros y
los huesos de la corteza.
Aquellas puertas son las puertas del futuro.

UNA FLOR.

Hay en la naturaleza misterios incomprensibles y que en vano el hombre trata ó intenta descifrar.

Sus estudios y su afán constante por mostrar á los demás las bellezas que el mundo encierra, se estrellan contra el eterno obstáculo, producido por la imposibilidad de comprenderlas.

Debido á una casualidad se hallaba la bella niña A.... en el jardín en una de esas frías tardes del mes de Enero con objeto de aprovecharse de los postreros rayos del sol, que, exhausto de fuerzas, iba á perderse al otro lado de las altas montañas que rodean al poético lugar de Donramiro.

Estaba sola y triste.

La perspectiva que se desprende desde el lugar hasta allá abajo, cuyo fondo serpentea en mil caprichosas cascadas un riachuelo de muy poca importancia, pero igualmente pintoresco, le sacó de una especie de letargo en que se hallaba sumida.

Bien pronto el rey de los astros ocultó su disco, para no volver á aparecer en aquel día.

Ella sintió entonces un no sé qué en el corazón,

porque una triste imagen venia á inquietar sus recuerdos.

A la claridad de aquel sol que con sus rayos vivificaba la naturaleza é iluminaba el mundo dándole animacion y vida, sucedian las tinieblas de la noche.

Sin embargo, á pesar de lo crudo de la estacion, una flor, una sensitiva erguia orgullosa su corola en medio del vasto recinto, alli donde mil flores, un dia lozanas, habian sido ya marchitas por el rigor de los elementos.

¡Pobre flor!—decia la hermosa niña, examinando sus tiernos pétalos,—¿quién sabe si mañana estarás aqui? ¿quién sabe si podrás soportar una noche mas esta lánguida existencia? El hielo secará tu tallo y cuando el sol vuelva ya no encontrará mas que los despojos de tus místicas hojas. La escarcha habrá llevado tu fragancia despues de ser tu verdugo inexorable.

Dijo y se retiró.

Al dia siguiente, diez de Enero, el sol se levantaba en el oriente sonriendo, como si encima de aquellos montes por donde saliera, tuviera su lecho de pluma.

Sus rayos vinieron á iluminar de nuevo la tierra despejando las aterradoras sombras de la noche.

Muy de mañana y madrugando acaso mas que el sol, se hallaba en el jardin la bella A. contemplando la flor de la vispera que en nada variara durante la noche, sino que volvía á alzarse lozana y fragante como siempre.

¿Por qué tanto interés en visitar aquella flor? ¿qué misterios podia encerrar? ¿por qué ayer al tocarla la hermosa A. parecia ampliar su corola y gozar ostentando su magnificencia y hoy, apenas la toca, queda marchita? ¿por qué el contacto de la mano de A. fué mas fatal para aquella tierna flor que el rigor de una noche de escarcha?

Ah! La vispera, A. era, como la flor hermosa y pura,

y al día siguiente aquella hermosura y aquella pureza habian desaparecido al vendaval furioso de una pasión impura.

La flor sintió aquel hálito ardiente y emponzoñado que la envenenó en un instante y sucumbió tambien.

La niña comprendió el misterio de la flor, echó una mano al corazon que latia violentamente como si quisiera saltársele y exclamó:

—Ayer sin mancha y hoy... ¡oh! hoy agostada como tú. Esta mano que tocó al crimen, este aliento que atravesó unos lábios impuros, te han dado la muerte. ¡Oh, flor! perdóname, que yo tambien soy desgraciada. ¡Quien pudiera morir como tú!

De repente salieron de sus ojos lágrimas á torrentes y ahogaron en su garganta las palabras.

Era el llanto del arrepentimiento que llegaba tarde.

Era la acusacion terrible de la conciencia de la pobre niña, escrita en aquella flor por la mano de Dios.

.....
Mientras esto sucedia, se deslizaba furtivamente un hombre por una estremidad del jardín, ocultado por el medio seco ramaje de una pasionaria que circuia en parte sus muros.

Aquel hombre llevaba impreso en su semblante la señal reciente del crimen y cualquiera, al verle huir, hubiera creido estar mirando al fraticida cain, huyendo de su propia sombra.

La jóven A. se dejó conducir por el aliciente de una vida falaz y en pocos dias vino á convertirse en objeto de la humana compasion.

y al fin siguiente una horrible herida y una gran
habian despedido al vendaval tirado de una pasion
impura.
El flor silbo aquel pallido ardiente y amponchado
que la quise en un instante y sacando tambien
La niña comprendio el misterio de la flor, echo una
mano al corazon que late violentamente como si qu-
siera saltarse y esclamo:
—Ayer sin mancha y hoy... ¡oh! hoy agostado como
tu. Esta mano que toco al crimen, este aliento que
atravesó unos labios impuros, te han dado la muerte.
¡Oh! flor perdóname, que yo tambien soy desgraciada.
¡Quien pudiera morir como tú!
La repante salieron de sus ojos lágrimas á torrentes
y ahogaron en su garganta las palabras.
Era el llanto del arrepentimiento que llegaba tarde.
Era la acusacion terrible de la conciencia de la po-
bre niña, escrita en aquella flor por la mano de Dios.
Mientras esto sucedia, se desliza tristemente un
hombre por una estrechidad del jardín oculta por
el medio seco ramaje de una granarria que cubria en
parte sus pasos.
Aquel hombre llevaba impreso en su semblante la
señal reciente del crimen y culpados al verte halla-
hubiera creído estar mirando al traidor can, buyo-
do de su propia sangre.

La jóven A. se dejó conducir por el silencio de una
vida laza y en pocos dias vino á convertirse en objeto
de la humana compasion.

El 21 de Septiembre de 1860

IMPRESIONES.

Hubiera escrito bajo las mas dulces impresiones, si mi alma estuviese tranquila. Hubiera exclamado con un jóven poeta que decia en su ferviente entusiasmo: «¡Es muy bello lo que el mundo enseña!»

Mas no es así. Las lágrimas asoman al borde de mis párpados, mi cabeza cae reclinada sobre mi pecho.

Miro destacarse ante mis ojos las altas cúpulas del Vaticano; mas no se detienen en ellas, buscan mas allá de las mesetas que se elevan en derredor, por encima del azul del Mediterráneo, las lejanas crestas de las montañas de mi país.

Jamás se ama la pátria tan de corazón como cuando uno se halla distante de ella por algunos centenares de leguas y cuando suena á nuestro oído una voz desconocida del todo que no habla aquel lenguaje que solíamos oír.

Roma! Templo santo de las musas, ciudad de las ciencias y de las artes, tesoro que conserva la riqueza inmensa de los grandes recuerdos de los pasados siglos! Ciudad tantas veces grande, por sus Emperadores primero, despues por sus Pontífices, antes por sus crímenes, despues por su virtud. Hermosa en su campiña regada por el Tiber, y bañada por el Mediterráneo,

benigna en su clima siempre primaveral. Se asemeja por el brote temprano de sus flores y por el canto de las aves, á los poéticos jardines de los valles de Galicia.....

Roma es un pueblo inmenso, donde bullen á millares gentes de todos los países que corren á admirar los restos decrépitos de pasadas generaciones, á arrodillarse delante del grande hombre, de esa gran figura histórica, la segunda de nuestro siglo, que tiene en su mano las llaves de San Pedro.

Pio IX con su santidad, su fé inquebrantable y su fortaleza sobrehumana, es la admiracion de todos aquellos que penetran los muros de la ciudad Eterna.

Y fuera de esa figura histórica no hay mas. En su derredor, allí donde creia yo que se respiraria algo del olor del cielo, cerca de aquel nuevo Aaraon mora la impiedad cubierta con el manto de la mas obscena perfidia. Nada hay en aquellos lugares, casi nada, que revele las virtudes cristianas que fueron la herencia de los santos mártires que descansan en las catacumbas. Las voces que salen de los claustros, aquellos débiles acentos de la ancianidad, van á extinguirse y mezclada en una atmósfera corrompida, á la blasfemia y á la maldicion. Porque fuera de aquellos recintos sagrados, se maldice de Dios lo mismo que entre las turbas masónicas de la escuela de Voltaire:

Subid las gradas de la gran Iglesia y solo encontrareis á algunas benditas mujeres que oran al pié del sepulcro de S. Pedro; los demás son curiosos de todos los países que visitan las estatuas de los pontífices que se levantan sobre sus respectivos sepulcros, ó pintores que acá y allá con un lienzo y un lápiz en la mano, cópian las pinturas de aquellos ricos altares. Estos hombres ven allí una obra maestra del arte; mas no un templo de Dios.

Aquel templo donde hay mucho de suntuosa grandeza y muy poco de esa majestad imponente que debiera tener el primero de los templos católicos, es la única cosa que con fundamento llama la tención de los extranjeros. Todas las otras obras de la antigüedad, ó se han derruido ó se les ha hecho cambiar de carácter. El Capitolio, tantas veces célebre por el canto inspirado de los poetas, ha dejado lugar al convento de Araceli; edificio vasto y rico, pero que perdió parte de su historia. Y á proporcion en casi todos los demás edificios.

Por lo demás ni una persona, á escepcion de los que de una á otra parte transitan, aparece en las cercanías del anfiteatro Flavio, célebre por la sangre de humanas víctimas que en él se derramó; de la mole Adriana, hoy castillo de Santangelo que se eleva á la márgen derecha del Tíber, de las Catacumbas, del acueducto y de todas las ruinas antiguas. Parece que todos huyen hasta de la sombra de aquellas vetustas paredes y solo las aves de triste agüero van á fabricar allí su nido. Cayéndose á trozos y subsistiendo nada mas que por el celo de algunos pontífices que en parte las han ido reedificando y cuyos nombres ostentan *ad-perpetuam memoriam* en anchas lápidas de mármol, van relegando al olvido de otras edades cada dia una época que, aunque triste, sangrienta y lúgubre, debiera la posteridad recordar siempre.

Separado el nuevo pueblo del antiguo por la distancia de algunas millas, no es extraño que se encuentre el sepúlcro de los Escipiones en medio de un huerto y convertido en una plaza de leña el local que ocupaba el palacio imperial de Diocleciano.

Las gentes romanas, aún las clases medias, poco elevadas del tesoro que poseen. ignoran hasta el nombre de su propia historia y de las obras que la componen.

No os sabrán contestar, si les preguntais por donde se va á las Catacumbas y tendreis que decirles que os enseñen el camino de *S. Sebastiano*.

Del palacio de Augusto, solo restan algunos pedazos de pared, cuya mitad ha venido al suelo y cuyo resto amenaza desmoronarse en pocos años que la intemperie trabaje en él. Muy poco se conserva del palacio Farnesio y de la antiquísima muralla, si se prescinde de algunos pórticos que se encuentran aislados á cada paso.

Podemos asegurar que no existe ya la Roma de los Césares mas que en las páginas de los libros, porque sus monumentos mas memorables han desaparecido como sus moradores, y á la sombra de la Roma vieja ha surtido la nueva, colosal, inmensa.

Las dos Romas son el símbolo de dos ideas distintas. La vieja desapareció con la idea del gentilismo, sus divinidades falsas rodaron al fondo de los altares paganos, y el polvo de muchos siglos cubrió, ha enterrado para siempre, aquellos pedazos de estatuas que hoy serian mas de un pecado, una vergüenza.

La nueva que representa en sus monumentos sagrados al cristianismo triunfante, subsistirá para siempre.

Hemos hecho este breve bosquejo por dos razones; primera, porque estuvimos poco tiempo en aquella ciudad para estudiarla bien; segunda, porque nada pudimos encontrar, contra los que creen, yendo á Roma, ver abierta una página de su historia, que sea digna de describir. Nada singular, fuera de sus monumentos artísticos, como no sea un número fabuloso de habitantes y un pueblo de infinitas calles, cuya policia deja mucho que desear.

Abril de 1868.

UN VIAJE POR MAR.

Á MI QUERIDO AMIGO D. PLÁCIDO GOYANES LOSADA.

Si hay en la naturaleza espectáculos siempre nuevos y sublimes, bellezas que á cada paso excitan la admiración del hombre inteligente y pensador, espectáculos que no puede ninguna imaginación describir con exactitud, ni ningún pincel pasar al lienzo con su propio colorido.

Una de esas bellezas, quizás la más grande, entre todo lo bello que la naturaleza nos muestra á cada paso, es la que presenta el mar en una de esas tardes de primavera en que el viento riza suavemente sus ondas y un cielo claro y espléndido se retrata en ella.

Y no es porque el mar deje en un instante de estar hermoso, lo mismo en las horas de quietud apacible, que cuando la tempestad mueve su arenoso fondo.

Es siempre igual. Pero en la tempestad, á su presencia, la impresión del alma se eleva y la violenta,

por eso agita y fastidia; mas en la calma no cansa nunca y siempre ofrece variedad, ya en las costas que se recorren, ya en la diversidad de su movimiento onduloso, ya en las nubes de un distinto cielo.....

Era una de las primeras mañanas de Abril. A bordo del vapor francés «Jean Mattieu,» salimos de Civitta Vecchia con direccion á Marsella más de cien pasajeros, la mayor parte voluntarios pontificios belgas y holandeses que regresaban á sus casas.

Pasamos las altas horas del dia en un revuelto bullicio, y mientras la mayor parte de aquellos voluntarios se ocupaba, formando grupos de á cuatro, en jugar, yo me entretuve en leer el drama «Dulces cadenas.»

A la caída de la tarde habian desaparecido ya á nuestra espalda los estados romanos y á lo lejos comenzaban á divisarse las cimas de los Alpes. Estábamos en alta mar y, segun dictámen de los marineros, ya habiamos entrado en el golfo de Génova.

Ni una nube empañaba el firmamento. Un viente-cillo Norte, suave como el aura y frio como la brisa, habia limpiado la neblina del mar. El sol irradiaba de lleno aquel horizonte sin limites, aquella planicie inmensa que se extendía ante nosotros; pues, como vulgarmente se dice, no veíamos más que agua y cielo.

¿Podrá haber cosa de mejores encantos? ¡Todo un inmenso lago, un cristal bellissimo en que se retrata el cielo!

¿Por qué todos los tripulantes y viajeros á una hora dada, como si se obedeciese á una señal de alarma, subian corriendo á proa? Esto me preguntaba yo al notar el movimiento de mis compañeros de viaje, que portaban por adelantarse unos á otros. Por de pronto me impresioné vivamente; pues habia creido que corríamos hácia aquella parte algun peligro. Pregunté, pero

inútilmente, porque nadie entendía mi lenguaje; entonces les seguí y pude cerciorarme por mí mismo de lo que ocurría. Se estaba realizando una perspectiva maravillosa. Estábamos presos con nuestro buque y quien nos prendía era el sol.

Este, al trasponer el horizonte en su ocaso, reflejaba sobre el agua una ancha faja que venía á terminar al buque. Parecía de oro por su vivo color y de diamantes por el brillo de las flotantes burbujas de espuma formadas por el choque del vapor y las que iban á quebrarse y deshacerse entre los pliegues de aquella faja.

Tal vista me agradó en extremo, pero duró poco tiempo, porque desapareció el sol.

Senti ante aquella perspectiva tan deliciosa cierta tristeza. Vinoseme al pensamiento la pequeñez del hombre que no conoce el terreno que huella con sus piés, ni lo que hay en su derredor. Pensé tambien en la grandeza admirable de la naturaleza como obra perfecta de Dios.

Cualquiera que en aquel instante fijase en mi sus ojos, se hubiera reído. ¿Qué direis que parecía? Nada menos que un filósofo contemplativo; pero un filósofo que tiene un corazón de cera.

Creo que las lágrimas asomaron á mis ojos, bien que algunas de ellas eran tributo al recuerdo de mi país....

Así y andando, la noche se nos vino encima. Era una noche verdaderamente primaveral.

Yo la pasé en un sueño, y cuando al despertar vi que el sol entraba en mi camarote, me puse en pié de un salto. El vapor estaba anclado en el puerto de Génova, punto de escala para el comercio, donde permanecimos todo el día durante se hizo carga.

Génova no es uno de los puertos más concurridos del

Mediterráneo; pero en cambio, es un pueblo quizás de los más risueños y pintorescos de Italia.

Situado en un recodo del mar hacia el Mediodía y á la falda de un gran monte, sembrado caprichosamente de olivos, naranjos, palmeras y cipreses, parécese á una inmensa quinta. La mayor parte de las casas, de construcción moderna, están aquí y allá diseminadas en medio de aquellos árboles. Su clima es templado, su cielo limpio y sereno.

Génova gusta á todos los extranjeros por las bellezas de aquel jardín interminable, por la esplendente riqueza de sus edificios y del pavimento de sus calles, para cuya construcción se han puesto á tributo las ricas minas de Carrara, y hasta por su historia, novelesca en parte.

Al anochecer emprendimos nuevamente el rumbo. El mar parecía agitarse á impulso de un fresco algo fuerte que corría del septentrion. La luna alzábase magestuosa por encima de los Alpes, como una gran reina que viene á visitar sus dominios. Las estrellas, apiñadas sobre el mar, figurando arenas de diamante en la superficie de las aguas, fulguraban con un destello de luz vivísima, simulando un segundo cielo submarino.

Pero aquella perspectiva se cambió á las pocas horas. El cierzo arreciaba, las olas se enfurecían y los mástiles del vapor empezaban á crujir. Entonces comenzó la obra de los marineros. A una señal del capitán, dieron principio á su tarea, tanto más penosa, cuanto aquellos hombres trabajaban en medio del frío y baltidos por los golpes del agua que el viento arrojaba sobre cubierta.

Yo deseaba, en efecto, aquel suceso, por examinar el mar en la borrasca; mas luego que vi la actividad

del capitan dando órdenes de una parte para otra, paseándose agitadamente sobre el puente de proa á popa y vice-versa, me arrepentí de mi deseo, porque comencé á temer algun percance.

A cada golpe del vapor corriamos una gran distancia, que despues volviarnos á desandar al empuje de las olas. Ni un belga quedó que no *cambiase la peseta*.

Acerquéme al piloto y le pregunté si correriamos algun peligro sério y si nos amenazaba alguna catástrofe. Como no entiendo francés, no comprendí toda su respuesta; pero colejí, deduje mas bien, que me decia que ibamos atravesando uno de los puntos mas malos de toda la costa.

Minutos despues algo inquieto y lleno de frio, me retiré á mi dormitorio, donde velé toda la noche encomendándome á cuantos santos hay en el calendario.

Amanecimos con felicidad cerca de las islas Hieras. El viento habia calmado casi del todo y la mañana se presentaba buena. La algazara reanimó de nuevo á todos los pasajeros, á quienes el suceso de la noche anterior habia sobrecogido de miedo como á mí y quienes comenzaron en confusion á cantar unos, saltar otros de contento, y los mas, sentados al sol, fumaban su pipa con cachaza. Por mi parte, imité á estos últimos y como no tenia pipa, fumaba pitillos.

Asi pasamos hasta las tres y media de la tarde en que arribamos á Marsella, que, como he dicho, era el punto de direccion. Una vez allí procuré separarme de todas aquellas gentes que me traian aburrido con su lenguaje gangoso del que ni una palabra entendia.

Tres dias permanecí en una fonda ú hotel, (en Francia hasta las tabernas son hoteles,) de la Rue Mantenod. Durante este corto tiempo, largo para mí, visité el puerto y parte de la poblacion, me agradaron mucho la Rue

Imperiale, por la anchura y limpieza de la calle á cuyos lados hay dos hileras de acacias y por los soberbios edificios en que el comercio tiene sus despachos y agencias, y la plaza de la *Joliette* en que hay un estenso jardín con un surtidor en su centro.

Marsella es una poblacion muy grande, de mucha actividad como pueblo mercantil; pero algo descuidada en lo que atañe á policia, como no sea en una docena de las calles del muelle que son las mas frecuentadas. El puerto dividido en dos, que llaman viejo y nuevo, es de mucha estension y muy concurrido, mereciendo, como ya merece, uno de los primeros lugares entre los puertos de Europa.

Una de las cosas que me llevaba aficion, quizá por mis instintos, era mirar para *ellas*. Las francesas son generalmente todas hermosas. Altas, de talle flexible, de ojos azules y de cabello dorado. Para enamorarme de ellas no faltaba sino que hablasen *com'as nosas galleguiñas*. Al pasar á su lado no sentia otra cosa que no poseer su idioma para decirlas algo; pero esta falta, añadida á que estaba solo, si se exceptua alguna que otra victima de Narvaez—los emigrados—que encontraba al paso y que me reconocian por mi *patriótica* capa y me saludaban, hizo que los dias me fuesen demasiado pesados.

Al cuarto dia me embarqué para España en el vapor *Numancia*, y á las treinta horas, desembarqué sin novedad en el muelle de Barcelona.

Este viaje hubiera sido impresionador para una persona que viajase acompañado de un amigo y con un bolsillo repleto; mas el que marcha solo y con poco dinero, al trasponer su país, se le cae una nube ante sus ojos y la alegría se escapa de él.

Omito lo que me pasó en España, en las varias ciu

dades que encontré en mi viaje, porque es bastante triste. Pero al fin, me cabia la satisfaccion de que me entendian y les entendia.

Cuando uno que viaja por el extrangero por primera vez, se encuentra de regreso en su pátria, cree ya hallarse en su casa.

Dentro de la pátria no hay distancias: todos somos unos.

Abril, 1868.

Dadas que encontre en mi viaje, porque es bastante
 triste, pero al fin me capta la satisfacción de que me
 entiendo y se entiende.
 Cuando uno que viaja por el extranjero por primera
 vez se encuentra de regreso en su patria, cree ya ha-
 llarse en su casa.
 Quanto de la patria no hay distancias: todos somos
 hijos.

April, 1868.

LA CARIDAD.

I.

Estamos en el interior de un sótano, rodeado de bojcs, romeros, palmeras y olivos.

El lirio crece lozano al pié de un cristalino manantial que brota del seno de una peña, y la sensitiva dilata sus flexibles y pudorosas hojas al benéfico calor de los rayos del sol que reflejan al través del ramaje de los mirtos y de las palmeras.

Una virgen, vestida de blanco, blanca tambien como el copo de la nieve, ceñida su frente con una corona de azucenas, cuida de aquellas flores.

Es bella como una serrana de quince abrilcs, casta como Susana.

Su cabellera es de oro y sus rizos caen por la espalda y tremolan á veces á merced del viento, formando una estrella mas hermosa que el planeta Venus.

De alabastro es el cuello de la virgen, mas hermoso que el de las divinas estatuas de Fidias.

Parécese á una vestal por sus peregrinos encantos.

Su pié diminuto pisa siempre, cual régia alfombra, un sembrado de rosas de fragancia exótica.

II.

Jamás planta humana ha osado atravesar el sótano, porque dicen que la virgen está rodeada del poder del cielo y que hiere de muerte á los que intentan profanar su morada.

Al rededor de aquel recinto de misterios vagan, acá y allá, pobres menesterosos, llenos de lepra y vestidos de harapos.

La virgen se acerca á ellos sonriendo, porque siempre sonríe á la desgracia, y les estiende su mano protectora.

A veces, cuando los vé tan desgraciados, abandona dos de sus hermanos, llora con ellos, los conduce por la mano á la fuente que brota de la peña, donde, al lavarse, dejan la lepra y se vuelven sanos.

Si son niños los conduce á una morada desconocida, acalla sus débiles vajidos, los hace una corona de rosas y los restituye á sus madres trasformados en ángeles del cielo.

Todos bendicen á virgen, por que es buena y pura.

Se la ve siempre en la cabaña del mendigo, al pié del lecho del enfermo, al lado del que padece un infortunio.

Los ancianos desean tocar la eternidad, porque oyeron que ella tiene su asiento cerca del trono de Dios.

Los menesterosos lloran de alegría á su recuerdo, pues ella fué siempre su amparo en los amargos trances del frio y del hambre.

Solo los ricos, los potentados, llenos de orgullo y de soberbia, la desprecian, porque no la necesitan...

Aquella virgen es la *Caridad*.

AUSENCIAS.

Á MI BELLA AMIGA RAMONITA GONZALEZ.

¡Que gratos son los ensueños de los amores! ¡Que de placer en esas ilusiones que el espíritu en medio de las sombras del caos, forma caprichosamente con galas indescriptibles!

Voy, amiga mia, á contarte uno de esos sueños, porque es el mas grande de cuantos he tenido de mucho tiempo acá. Es un sueño fatal, terrible, un sueño que aún en este instante quebranta mi cabeza.

Escucha.

I.

Era una noche. Me habia acostado rendido de fatiga. Una nube de plomo pesaba sobre mi cabeza, mis miembros se entorpecian y se cerraban mis párpados. Quedé dormido.

Entonces mi espíritu pareció dilatarse y se abrieron mis ojos y ví distancias inmensas.

Y la luz que iluminaba aquellas distancias era semejante á una tarde de primavera, llena de encantos poéticos y bañada por un sol de oro.

Y oía los ruiseñores y los mirlos en las enramadas y la voz rústica de los pastores que apacentaban sus rebaños y la alegre animación de los aldeanos que escardaban las mieses.

Y creí que yo iba marchando en medio de tantas bellezas. Absorbíanme pensamientos profundos.

Y despues que hube andado un largo trecho, columbré unas montañas elevadas que encerraban mi horizonte en una densa bruma y al través de ella divisábanse los reflejos de otro horizonte por una ancha faja celeste de color de grana.

Pasé aquellas montañas en alas de una ilusion.

Y ví que más allá existía una planicie inmensa y se desplegaba en lontananza un nuevo horizonte mucho mas grande y mucho mas bello que aquel donde yo habia estado.

Y aquel horizonte iba á terminar á un estenso y apacible lago. Le cubría un cielo de pura gasa azul, un firmamento sin nubes.

Su suelo serpenteado por pequeños riachuelos que marchaban á perderse al lago, estaba tapizado de verde trebol que asemejaba las ricas alfombras de los palacios de Oriente.

Y habia robledas y bosques, cabañas y palacios. Y las cúpulas de las torres de los templos se perdian entre el azul del cielo.

Era un nuevo mundo, un mundo de encantos.

II.

En el centro de aquella llanura destacábase un gran pueblo y de ese pueblo salía hácia occidente un camino ancho, á cuyas orillas habia dos hileras de encinas y de álamos entremezclados. Y aquel camino iba á terminar á una campiña en la que habia un estanque en forma circular, fuentes caprichosas, flores, mirtos y almen-dros.

Llegué hasta allí.

Mi cabeza caía inclinada sobre el pecho. Acababa por rendirme la fatiga, porque la agitacion del sueño es siempre efecto de violentas emociones.

Sentéme mas bien, dejéme caer al lado de un romero para aspirar la fragancia de sus flores que me reanimaban. Mil avejas zumbaban en derredor. Y murmuraba de una manera melancólica y misteriosa el pequeño riego de agua que salia del estanque. Y un coro de rui-señores, de esas aves que solo cantan amor en sus trinos, de gilgueros, mirlos y calandrias, alegraban el bosque, haciendo de él una mansion digna de las hadas de Hiram.

Entonces mi emocion no conocia limites. Mi corazon latia de ansiedad y mi pecho se dilataba como para reunir en mi solo, para absorber en mi sola respiracion todo aquel ambiente lleno de bálsamo y de perfumes. Me creí trasportado mas allá del cielo.

Todo el opulento esplendor de una naturaleza fecunda y privilegiada, todos los encantos de los Eliseos del poeta, se estendian ante mi vista en aquella sábana in-

mensa, cubierta por un trasparente tul y limitada por un cristal.

III.

De repente senti á mi lado un ligero ruido como el leve soplo de la brisa al mover las hojas de los árboles. Alargué la cabeza para cerciorarme y ví en medio de la alfombra recostarse muellemente á la sombra de un abedul y á la orilla de la fuente, una bellissima virgen, una peregrina vestal.

Sonreia con languidez. El color del lirio bañaba sus mejillas. Su frente era blanca como el armiño y tersa y límpida como el mas puro mármol de Atenas. Cualquiera que, como yo, se fijase en ella, hubiera creído estar mirando una sultana. Era mas bella que la Cava, mas pura que Matilde, mas vaporosa que Brekalbayda.

Sus ojos, negros como noche tempestuosa y penetrantes en su mirada como el rayo del sol de Julio, se fijaban en el cielo con aquella espresion de candor indefinible que poseen las vírgenes de Murillo.

Su brazo parecia de mármol, cincelado por la mano de Fidias. Su boca pequeña, como la esperanza del ajusticiado y rubia como la sguindas del Avia, contraiase levemente al impulso de la sonrisa, dando á su semblante cierto aire de majestad imponente que se acercaba á la veneracion. Y á su través dejaba ver una hermosa dentadura como los riscos de la nevada montaña de Spizberg.

Y su cintura, estrecha como el camino del cielo, estaba ceñida por un cordon de seda azul que sujetaba un hermoso corpiño de muselina blanca.

Su seno palpitaba debajo de los anchos pliegues y adornos de su traje, como el de Elodia en brazos del Solitario. Y, por fin, abandonaba á la frescura de la yerba un pié diminuto y breve como la esperanza de un moribundo.

Era el ángel de las contemplaciones misteriosas.

La figura mas hermosa de Rubens.

La concepcion mas vaporosa, escapada de una melodía de Wéber.

Era el ideal de mis ensueños.

Era ella... la mujer amada... el ángel mujer.

IV.

Y la vi como una huri ó una ondina, escapada de la fuente con una azucena en la mano, simbolo de su castidad, como Flora, la reina de los jardines. La vi sonreír á las mariposas que venían á posarse sobre las crenchas de su cabello que imitaban una madeja de hilos de ébano.

Y la vi también mirar al cielo. No me atreví á acercarme. Una cadena de hierro me ligaba á aquel sitio donde me habia sentado.

La contemplé de lejos sin osar interrumpir su calma.

Pasó un momento. La agitacion de ella aumentó visiblemente, cayó al suelo la azucena y se deshizo su pétalo. Su semblante se tornó instantáneamente pálido y dos gruesas lágrimas corrieron hasta su seno.

¿Que cruel pensamiento amargaba el placer de aquella virgen? Ah! Sus ojos, preñados de lágrimas, su mirada candente y codiciosa en aquel momento, se habia fijado en los lejanos montes del occidente. El sol sepultaba ya detrás de ellos su limbo inferior.

La espresion de aquella mirada me descubrió el enigma. Iba á ser noche y no llegaba el que esperaba ella.

V.

Pasó otro instante.

Y por entre una hilera de cipreses y de laureles se acercó un hermoso jóven. Brillaba en su frente la esperanza y traía en sus lábios la sonrisa de la satisfacción.

Ella le vió de lejos. Y se evaporó aquella nube de tristeza que velaba su semblante.

Acercóse el jóven ligero como un ganso y levantóse ella con la prontitud de una aparición.

Y pareció que una luz celeste inundaba el valle.

Y todo quedó en silencio, ni trinaban las aves, ni murmuraban los insectos.

Aquel silencio fué interrumpido por una exclamacion de ella al acercarse al jóven.

—Luis!—esclamó adelantándose y arrojándose en sus brazos con dulce abandono.

Y el eco de aquella palabra vibró en mis oídos como el agudo chillido de una cadena del infierno, como la voz de maldicion de un condenado, y fué repitiéndose en las ondas del eco y prolongándose indefinidamente, á perderse en la bruma de los espacios.

VI.

Y yo delirante, frenético, convulso, hice un esfuerzo supremo para avalanzarme á él y separarlos. Y á merced del violento impulso que hice, di un gran salto y cai al suelo.

Desperté bañado en un sudor copioso y con la cabeza trastornada por la sangre.

Aquello, mi tierna amiga, había sido una pesadilla horrible. ¿Sería tal vez un presentimiento? No sé; pero existen sueños que son inspiraciones y augurios de funestas realidades.

¡Ojalá que el mío no fuese mas que una exaltacion dolorosa, efecto de una prolongada ausencia.

Agosto, 1868.

MIS SUEÑOS Y MIS PESARES.

Tengo pesar y alegría,
Tengo dos males á un tiempo,
Cuando el pesar me aflige
La alegría me da aliento.

(Cantos populares.)

I.

Para las almas jóvenes, soñar es vivir.

Los recuerdos del tiempo pasado son un sueño que se repite á cada instante, bellos como la infancia, valientes y luminosos como las ilusiones de la pubertad, época especial de la existencia en que el corazón se ensancha y la imaginación se alijera, volando como el águila á regiones desconocidas.

Y el porvenir aparece tambien en lontananza como un sueño de oro, al que rodea una zona de luz de mil colores que la da cien visos, todo voluptuosidad y todo encantos.

Bellos sueños de la edad primera, grandiosas ilusiones de la adolescencia, ¿qué ha sido de vosotras? ¿Porqué mi mente no descubre mas allá del mañana esos

torrentes de luz armoniosa que deslumbran á tantos corazones jóvenes como el mio?

II.

Unos han nacido para la dicha: otros nacieron para ser victimas de prematuros desengaños.

Distinto es el destino de la humanidad. No para todos es esta existencia un camino sembrado de rosas por el que se marcha al Edem. Para los demás es un valle de miseria, una cadena de sufrimientos y de lentas agonías.

Hay almas que en el vigor de su adolescencia se han sentido laceradas por la fatalidad y que ven pesar sobre sí una bruma de recuerdos como la peña de Sisifo.

Y hay tambien corazones que á esa edad laten ya con la lentitud del hielo, porque la insensibilidad se ha apoderado de ellos, como la gangrena se apodera de los cuerpos cancerosos.

Y así es mi corazon. Yo he encontrado en los primeros albores de mi vida joven, radiantes sueños y en medio de esos sueños que llenaban mi alma, hallé glorias y alegrías incomprensibles, infinitas; hallé un caos de fuego que rodeaba y envolvía mi pensamiento, y en el abismo de ese caos giraban mil objetos, mil mundos estraños de diversas formas; pero, que todo en conjunto representaba un paraíso, la estancia de la felicidad.

Pero la fatalidad inexorable é impía, ha cortado de un golpe esos mis sueños y alegrías, arrojando sobre mi corazon el frio helado de un sepúlcro.

III.

¡Un sepulcro!... ¡Un féretro!... ¡Una tumba!...

¡Y en esa tumba y en ese sepulcro un cadáver, un cuerpo inerte, la destrucción! ¡Ah! ¿Sabeis lo que es la idea de un sepulcro á los veinticinco años? Es el horror, la desesperación y la blasfemia.

Y ¿si en ese sepulcro está vuestro corazón enterrado con un recuerdo? ¡Oh! Entonces la vida no es mas que una apariencia cruel, una mentirosa y satánica ficción. Cuando se vive con el corazón en un sepulcro, no se vive ya en este mundo, se participa del estoicismo indiferente, glacial y opaco de las regiones de la eternidad, de la muerte, del abismo de la nada. Se puede soñar aun; pero los sueños del que vive en parte en una tumba, son sueños lúgubres, sueños de espanto, sueños de terrible congoja, negros como la muerte misma, téticos como el infierno.

IV.

Y así soñé yo largo tiempo. Escuchad mi historia; mas no la conteis á nadie, porque temblaria de miedo al saber que yo habia vivido en un sepulcro, entre los horrores de un cementerio. Y se reiria, acaso, de mis pasados sufrimientos sin hacerse cargo de que es una sacrilega profanacion reirse de los corazones que padecen y que todos debemos participar de los sufrimientos de los demás.

Os digo esto para que presteis religioso silencio á las penosas quejas de mis recuerdos, única arma contra la fatalidad, único consuelo para el que sufre solo.

V.

Yo, mis bellas lectoras, tuve en mis diez y siete años miles de ilusiones como vosotras, ensueños de rosa y de púrpura, castillos aéreos como los que en su imaginación mental se forjaba el célebre Abul-Walid, rociados con la luz del iris, adornados con los mejores mármoles del mundo, castillos y nada que fabricaba en un instante mi ardiente fantasía, haciéndolos aparecer entre las sombras de mis noches con el peregrino reflejo de las auroras boreales que iluminan el cielo indio.

Yo, como vosotras, veía allá en la inmensidad, en el seno de otros mundos desconocidos, horizontes hermosos, para los que este en que habitamos no es mas que una imagen pálida, veía otro sol de rayos mas ardientes y mas fecundos, otra luna mas grande y menos opaca y otro cielo mas estenso, mas azul, mas espléndido y mas sembrado de astros, cuyos reverberos en las noches tranquilas se asemeja á la juguetona y luciente pupila de los arcángeles que rodean el trono de Dios en el séptimo cielo.

Y en mis lábios se dibujaba aquella continua sonrisa que es el signo de una completa felicidad.

VI.

Y en mi sonambulismo veía pasar ante mi vista coros de vírgenes y serranas que cantaban, danzaban y sonreían.

Y unas eran rubias como la grana, otras pálidas como el nácar, otras esbeltas y frescas como la aurora, y todas vaporosas y véreas como la ilusion.

Yo me agitaba entre el ánsia y los deseos, pero no sufría.

Y al verlas pasar, cruzar rápidamente, desaparecer y tornar á aparecer, mi corazon latia con mas violencia y mis ojos buscaban en medio de aquella muchedumbre de mujeres soñadas, la que apetecia mi alma.

VII.

Y la encontré.

La atraje á mi y la estreché contra mi pecho con un delirio profundo. Mas al tender mi brazo trémulo por el deseo y el miedo, al rededor de su cintura lánguida y flexible, creía que se evaporase como se habia evaporado sobre mis lábios la fragancia suprema de un beso. Temi perderla y en mis celos desperté. ¡Oh, Dios mio! No era un sueño aquello: era una hermosa realidad. Ella estaba allí y yo, entre la duda y la esperanza, palpaba su corpiño de seda que crujia blandamente entre mis dedos, tocaba á su desnudo brazo, á sus blondos cabellos para conveucirme de mi dicha y no era una quimera fantástica de mi sueño, de los delirios de mi alma jóven.

Torné á estrecharla mil veces y ella me estrechó tambien con sublime afan amoroso.

Y volvió mas de una vez á unir su boca con la mia con anhelo ardiente, merced á un impulso de simpatia indescriptible.

Y yo la amé con toda la fuerza de mi corazon.

Y ella me amó con toda la pura sencillez de su alma.

VIII.

Ella era verdaderamente la figura de un sueño.

Reunía en sí todos los peregrinos encantos que una imaginación fecunda puede buscar para adornar las heroínas de sus leyendas. Tenía el alma de una niña y el corazón de una mujer.

Una madeja de hilos de ébano caí sobre sus espaldas con gracioso abandono como el velo de una sultana cuando se retira para mirar á su señor.

Su frente era blanca y limpia como la frente de Diana, sus cejas levemente arqueadas y sus ojos, de mirada investigadora y profunda, azules como el cielo de Grecia.

Y sus mejillas estaban bañadas por un ligero tinte de carmín y su boca pequeña, como la divina boca de Flora, la de los templos romanos, dejaba ver al través de sus suaves pliegues una dentadura perfecta de marfil ó de alabastro.

Su mano era larga y flexible; su seno mórbido y agitado y su pié diminuto y breve como la vida del avaro.

Su voz suave, dulce y melancólica como las armonías de Mozart y Bethowen. Y añadamos á sus formas físicas una inteligencia sencilla, impresionable y á veces inspirada, y tendremos retratados todos sus encantos.

¿Podrá desearlos mejores Arlincourt para las heroínas de sus fantásticas leyendas?

IX.

La amé mucho tiempo con aquella pureza que me inspiraba su sencillez. Y me extasiaba ante su mirada amorosa y me embriagaba con sus suspiros y sus sonrisas.

Muchas veces en esas hermosas y poéticas tardes de los equinoccios de Abril, á la hora del crepúsculo, la esperaba en la campiña á la sombra de los castaños y de los nogales. Allí sentados sobre la alfombra de musgo ó sobre los montoncitos de cuarzo blanco, á orillas de un lago ó al pié de una fuente, pasábamos largo rato sumidos en el misterioso abismo de nuestros amores sin poder articular una palabra. Nos mirábamos largo rato de hito en hito y ella vivía en mis ojos y yo vivía en los ojos de ella.

Y sentía hácia su alma esa atracción fascinadora que siente la mariposa al revolotear al rededor de un fanal, en cuyo foco ha de abrasarse. Porque me abrasaba de amor.

X.

Y á veces hablaba de mil cosas distintas á un tiempo en confusión. La felicidad nos enloquecía. Y formábamos mil proyectos para el porvenir, todos risueños y alegres como nuestra esperanza, y nos hacíamos mil y mil protestas de fidelidad.

Aquella armonía inimitable de sentimientos, aquel piélago de amores, solo era interrumpido por el trino incesante de los pájaros, por el zumbido adormecedor de los insectos, por el ruido monótono del agua al saltar sobre las cascadas, ó por el canto de los pastores en las cercanas praderas de la vecina aldea.

Para nosotros no existía mas mundo que aquel recinto de nuestro amor: lo demás era superfluo. Y aquel mundo pequeño, diminuto, circunscrito, lo llenábamos con nuestro aliento, lo abarcábamos con nuestra vista, lo ansiábamos con nuestro deseo y lo buscábamos con nuestro amor, con nuestro júbilo y con nuestro pensamiento.

A veces ella se sentaba sobre mis rodillas, inclinando su cabeza sobre mis hombros y jugaba con mis cabellos.

Y á veces se escapaba de mi lado y corría como una niña á buscar en la campiña y en zarzales inmediatos un manojo de flores que despues me entregaba como recuerdo y fineza de amor.

Y yo de aquellas flores improvisaba una corona que colocaba sobre sus sienes, ¿no era ella, acaso, la reina de mi corazon y de mi vida? ¿Dónde podían estar mejor aquellas flores que adornando una frente tan hermosa y tan pura?....

Y al separarnos un dia y otro dia, aspiraba yo su aliento, á veces fresco como el aura de la fuente y á veces ardiente como las brisas del mediodia. Y aquel aliento, en que iba la mitad de su alma, infundía en la mia un vértigo de locura.

Y aquella noche dormía con un ensueño satisfecho y profundo.

XI.

Pero otra cosa estaba escrita en el libro de mi destino.

Mi porvenir debía convertirse en un horizonte de nieblas rojas y oscuras, en un horizonte de tempestades.

Aquella vírgen no naciera para este mundo y los ángeles la llevaron.

Había surjido de entre los vapores de un sueño y desapareció como él.

Y para mí ya no hubo más que lágrimas y desconsuelo. Lloré la pérdida de tanta felicidad durante muchos días, sin que pudiese alcanzar sueños tranquilos y horas de sosiego. Desde entónces viví con mi recuerdo en aquella tumba húmeda y yerta, donde olla estará para siempre. Allí en aquel pedazo de tierra tan pequeño bajo una losa sin nombre, estaba mi tesoro, mi mundo, mis ánsias.

Todo estaba allí reducido á una poca nada.... pero nada que no podía olvidar.

XII.

Y ante un golpe tan rudo, mis creencias vacilaron.

¿Qué había hecho yo, pobre huérfano, para ser herido tan temprano de una manera así atroz y despiadada?

¿Por qué crímenes se me exigía aquella tremenda prueba, bajo la que se sacrificaba mi vida?... Y blasfemé loco contra la Providencia que me pareció injusta, sin

conocer mi pequeñez. Y presa de una terrible fiebre, maldije mi destino, sin comprender que en este valle de llanto y de zozobra todo es efímero y fugaz.

Pero el tiempo pudo cicatrizar un poco mis heridas y sin salir de aquel sepulcro donde me habían enterrado vivo con mis recuerdos, pude serenarme y pedir á Dios perdón de mis blasfemias. El me oyó y me ha perdonado...

Aquellas oraciones que en el silencio de la noche hice fervientes al cielo sobre la tumba misma de la que tanto amaba, al ir á depositar todos los días aquella corona que tanto la había gustado y que mil veces había ceñido su frente, habían subido al cielo y sus efectos caían sobre mí como fecunda y refrigerante lluvia.

Ahora mis recuerdos, después de tantos años de desesperado sufrimiento, ya son mas leves, menos punzantes y menos angustiosos. Mis ojos se han secado por intervalos y la calma renace en mi espíritu. Por una de esas evoluciones providenciales, que un ateo llamaría fatalismo y un sofista metamorfosis, en el fondo de mis nuevos sueños la he vuelto á encontrar, nuevamente encarnada en otro ser igual, idéntico, los mismos encantos y la misma belleza de alma... ¿Habrá resucitado? ¿Volvería á descender del cielo á donde se había ido?

XIII.

Vosotros los que habeis amado en vuestros primeros años y mas tarde habeis perdido el objeto de vuestros amores, ¿no es cierto que al encontrar una jóven que se parece á aquella que habeis llorado, como una gota á otra gota, sentís en vuestra alma una viva emoción de

sorpresa? ¿Nó es cierto que amais ya á esa mujer, á cuyos encantos propios reúne el de los recuerdos que para las almas sensibles son tanto mas hermosos, cuanto son mas queridos y mas lúgubres.

Pues yo, mis bellas lectoras, la he encontrado. En vano la buscaba en un sepulcro há tanto tiempo. Está sobre la tierra, de cuyo seno ha salido como salen los vapores del rocío matutino, como salen las emanaciones fecundas de la vida.

¡Si la viérais cuán hermosa es!

¡Si la mirarais como la miro yo!

Mayo, 1870.

EL PRIMER BESO.

¿Podreis contarme lo que significa el primer beso de unos castos amores?

El alma siente lo que puede ser; pero la pluma, pobre pincel para delinear en ese gran lienzo de los misterios del corazon, donde se describe el cielo de las almas vírgenes, es impotente para pintarle.

El primer beso de un alma jóven es como la evaporacion del cuerpo aéreo de un arcángel, es la explosion de una centella de amor.

Grande es el beso con que la ternura de una madre rocía la frente de su hija, aún balbuciente, que duerme sobre su seno, porque en ese beso derrama todas las dulzuras de su corazon y deposita la mitad de su vida.

Grande y hermoso el es beso con que el sol saluda las rosas de la campiña al asomarse en su carro de fuego por encima de las crestas de la colina oriental.

Grande y hermoso es el beso del aura matinal al acariciar blandamente las palmeras y los mirtos del sótano; y el de la arrulladora paloma al encontrarse sola con su amada pareja entre el laberinto de la enramada de boj.

Pero la grandeza del primer beso que se posa lleno de fuego y candorosa pasion sobre los purpurinos lábios de la mujer que timidamente se adora, es inmensamente mayor que el beso de la madre, del sol, del aura y de la paloma.

Y es porque al entreabrirse un corazon jóven á esa vida primaveral de la existencia que todo lo embellece de ilusiones; al encontrar una mujer soñada que suspira al compás de un corazon que no es el suyo y que al decir *yo te amo*, deja que se estampe un beso en su boca, entónces un mundo desconocido, cuyo horizonte perfuma la esperanza, mas encantador todavia que el harem eterno del Profeta, se abre ante su vista.

Es porque al sentir sobre su rodilla, entre sus brazos, aquella virgen trémula que con la cabeza suavemente inclinada sobre sus hombros, derrama una lágrima de placer, su deseo se agiganta, su pecho tiembla y sus ojos se oscurecen ante el brillo de una nube de oro en cuyo centro lee: *eres feliz*.

El espíritu se ensancha y se aljera, el corazon se dilata y se agita de una manera ansiosa, vehemente y dulce á la vez, y un sueño de voluptuosa fascinacion entorpece sus sentidos y cierra sus párpados.

El primer beso es el tránsito supremo de una vida de sentimientos á otra vida de realidades armónicas; es la síntesis de todos los placeres que encierra la existencia, de todas esas ansias que atosigan el corazon enamorado en un abismo de incertidumbres y de esperanzas.

Vosotros, los que amais con el delirio de los primeros amores, ¿no es cierto que al besar por primera vez al objeto de vuestra pasion, habeis sentido un estremecimiento como si se completase vuestro ser por la

absorcion de un ser ageno? ¿Nó es cierto que vuestro espíritu se ha enlanguidecido muollemente y, meciéndose en sí mismo, se adormeció en un sueño de gloria?

Ah! Por eso yo ansío tanto el beso de una mujer hermosa!

Mayo, 1870.

destrucción de un ser ageno? No es cierto que virtual-
mente se ha enlucido dicho milenario y, por tanto,
lo es en el mismo, se advierte en un ancho de gloria.
Al fin, yo ansio tanto el peso de una mala
verdad?

Mayo, 1870.

LA VIDA DEL CAMPO:

A LA JÓVEN C... T...

¡Es muy bello lo que el mundo enseña,
De belleza y encanto un prisma tiene!

Si algo hay placentero en esta efímera existencia de azares y agitaciones continuas; si algo hay grato en este miserable destierro de la vida, de esta vida por la que vamos de tránsito á otra que no conocemos mas que á través del oscuro prisma de la fé; si algo hay íntimamente poético que pueda engendrar en nuestra alma una ilusion nada mas, adornándola con los sublimes colores de la esperanza y la rosa; si algo hay que pueda proporcionarnos tan solo un momento de expansion, aunque fugaz, un instante de fruicion suprema, semejante á la que gozan en la embriaguez inocente de su albor las almas puras; ese algo, nuevo, dulce, valioso, inefable es, amiga mia, la tranquilidad y el sosiego de

que disfrutaban los que se apartan del bullicio de los grandes centros y pasan las horas en medio de una quinta y á orillas de una tranquila corriente.

Pero, al hablaros aquí de la huida del mundo, para nada mento la vida ascética que es la negacion de uno mismo, el suicidio moral; implico tan solo el retiro poético, esa abstraccion metafísica de la vida espiritual que se eleva sobre la vida ordinaria y que rinde supremo culto al dios Sentimiento, de quien os considero devota sacerdotisa.

¡Cuán grata es la vida del campo!

¡Cuán dulces y embriagadoras las sombras del bosque en una tarde de verano á orillas de un lago de plata que murmura suavemente!

¡Cuán grandioso y sublime es el cuadro que presenta en la soledad esta bellísima obra de la mano de Dios que llamamos naturaleza ó creacion!

Yo, mi bella C..., quisiera pintaros todas esas bellezas que ven mis ojos y palpa mi mano, con aquel hermoso colorido que las siente el alma; pero para poder hacerlo era necesario que poseyera el talento literario de Chateaubriand, de Camoens, de Lamartine y Shakespear, la imaginacion de V. Hugo, de A. Dumas, de Lope de Vega y de Hartzembusch y el génio artistico de Miguel Angel, de Rafael, de Murillo y de Mendoza. Era necesaria toda la fuerza de una inspiracion sagrada para no dejar en mi descripcion un hueco, el punto mas interesante quizás, de esta perspectiva grandiosa. Era, por fin, necesario ser infinito como Dios es infinito en su obra y en su comprension.

¿Qué podria hacer yo, pobre pigmeo, á la sombra de esos gigantes del corazon y de la inteligencia, de esos reyes del génio y del talento, mas que trazar un bosquejo pálido, cuando ellos mismos no han podido hacer

mas que fijar una línea mas ó menos grande en ese lienzo inmenso?

Para haceros ver los incalculables goces que son efecto de la vida apacible, de la soledad y de los campos, yo os llevaria como los antiguos poetas conducian á sus héroes á la sombra tibia de un bosque, desde donde á vuestros ojos se destacase en lontananza un horizonte sin limites, lleno de frondosa vejecacion, alfombrado de musgo y de tomillo, salpicado de olorosas flores y sembrado de muchos árboles, entre cuyo espeso follaje trinasen miles de pájaros desde el mirlo al ruiseñor.

Yo os enseñaria allí las casitas blancas, como canastillos de flores al lado de hermosos jardines á los que surcan innumerables riegos de agua, que van dilatándose en forma de estanque á la sombra de los álamos y se precipitan en ligeras cascadas al descender al llano. Os llevaria allí, porque aquella es la vida natural del hombre, no la vida agreste y salvaje del cuerpo que predispone á la degradacion, sino la vida contemplativa en su alto grado de ejercicio sublime, la vida libre en su mejor y mas dilatada esfera.

En esos lugares encontraron los sábios la clave de sus inventos, como Colon encontró un mundo entre las palmeras de Génova, y como Newton halló la fuerza de la atraccion bajo los manzanos de Irlanda, los poetas hallaron tambien el motivo de sus versos y una multitud de vírgenes, como vos, sintieron por primera vez las suaves palpitaciones del amor. En esos lugares ocultos de la enramada y de la selva cantaron Virgilio y Petrarca, inmortales géneos de la Italia, y cantó tambien Homero, el ciego poeta de Grecia, y danzaron en medio de amores las hijas de Fingal, al salir de su gruta misteriosa y las vaporosas hadas de la diosa Vesta ó del dios Odin.

Pero era tambien menester que os trasportase de un vuelo á aquellos tiempos de las leyendas, de los romanceros y de los pastores, comenzar allí y venir despues admirando á toda esa pléyade de jóvenes de vuestro sexo, engrandecidas por el amor y por el canto apasionado de sus trovadores y de sus bardos.

Los antiguos pastores veian con júbilo deslizarse su vida entre danzas y al acorde de sus instrumentos de música. Una nota del laud ó del arpa, era un latido de cada uno de aquellos corazones que rebosaban de goce y de amor. Y jamás una mancha nubló la frente de Amarilis coronada de madreselvas. El poeta de Mántua supo cantar perfectamente la existencia de los pastores romanos, como otro escritor pintó á Raquel, la bellissima pastora de la ciudad de Harám y como David pintó en sus versos divinos la alegría de su tiempo. ¡Oh! ¡Sublime época de tal felicidad!

Y en medio de esa impresion tan seductora, leeriais las leyendas y baladas orientales, esas pinturas exactas del lenguaje de la naturaleza en que se reflejan de un modo brillante las armonías y los goces que presta la vida del silencio, ese lenguaje melifluo, dulcísimo, que se recopila en la Atala, en el poema de los Nactchez y en los viages de Lamartine, y despues me diriais si no es cierto que al pasar la vista sobre esas grandes producciones típicas, se siente en el pecho una presion violenta que nos arroba y transporta. Esa presion es el entusiasmo que nos lleva á identificarnos con aquellas costumbres en que todo es expansion, amor y dulzura.

En la soledad se mira á través de un prisma y los recuerdos hablan al sentimiento. Mientras la agitacion del mundo pasa delante del solitario como un remolino de polvo que impulsa el viento, este repara la grandeza,

la estabilidad, la quietud tranquila y semi-beatífica de los que moran en el silencio, lejos del torbellino de las pasiones, lejos de la baraunda de las sociedades, lejos de los ódios y de los crímenes de sus semejantes que emponzoñan mil corazones y manchan mil frentes con el indeleble estigma de las venganzas, de las bajezas y de las humillaciones.

Angélica es mas grande y mas hermosa en el bosque, abandonada en los brazos de Orlando; Elódia mas enamorada esperando á su Cárlos en el sótano, la Extranjera mas impresionable en su casita blanca con el amor platónico del futuro amante de Isolina; Isabel de Walter Scot, mas radiante en las campiñas de Lieja al lado de Durward; Matilde mas divina entre los cañaverales de la Siria, aspirando el aliento embriagador de Malek-Adel y Corina mas inspirada, huyendo del bullicio del Capitolio, donde tantas coronas de triunfo habian caído á sus piés, marchando por los vergeles de Nápoles acompañada de Odwald.

Y para facilitar todas esas glorias, todas esas expansiones del alma, todas esas sublimes fruiciones amorosas, tiene el mundo un millon de albergues solitarios que son como los nidos del pájaro. Tiene la Irlanda, ese pais clásico de las leyendas, que inspiró á Osian sus inmortales cantos, las sombras bajo que descansaban ébrios de amor Clary y Edward, el opulento y potente Edward. Tiene la Inglaterra las quintas de sus lores; Francia las campiñas de Greenoble y la Provenza y hay despues las riberas del Rhin, las campiñas de Wisbaden, de Venecia, de Florencia, del Guadalquivir y de las frondosas costas de nuestra Suevia occidental.

Aquí, aquí es el pais de la poesia, el trasunto del Edem, donde cada una muger es mil veces mas hermosa y enamorada que las hijas de Circasia. Aquí superan los

encantos de nuestra tierra á los de aquellos lugares vírgenes en que Celuta y Mila palpitaban de amor. Aquí, en nuestras praderas, crecen los rosales de Alejandria, los lirios de Stambul, las azucenas de Gratz, los amapolas de Tánjer y las palmeras de Andalucía. Aquí, en nuestros valles cantan las aves de todos los países y trina el ruiseñor de los climas meridionales. Todo está aquí en esta divina Galicia que es un bosquejo en miniatura de todas las bellezas del globo en sus diversas zonas.

Y porque esto es hermoso y la vida del campo una vida de voluptuosidad indescriptible, observamos como en la estación primaveral viene á las quintas de nuestras aldeas y de nuestros valles esa muchedumbre que durante una estación mas fuerte se agita locamente en la baraunda de los pueblos, en el seno de sus orjías sofocantes, donde la salud se quebranta y la inteligencia se debilita, á respirar libremente el aire puro de nuestras vegas y nuestros jardines.

La vida del campo es siempre grata, y mucho más en esa época en que todo parece sonreír en la naturaleza, que vuelve á la vida que renace con todas sus galas y en que el sol se torna en un inmenso disco de oro.

La vida del campo es la síntesis de todos los placeres. Las aves, la aurora, el crepúsculo con sus neblinas rojas, la fuente, la campiña las rocas que se elevan á lo lejos como desafiando al cielo, las mesetas de nuestros castros ó canoas, nuestros jardines, nuestras robledas y castañares, nuestros ríos caudalosos de tranquila corriente con sus cascadas y remansos, todo es grande, todo encantador, todo inefable. Y ¡si viérais el mar! ¡Oh! El mar con sus ondas rizadas, con sus gaviotas y sus buques, con su playa y con su brisa, es el conjunto de todo lo admirable.

Las fases de la vida se manifiestan aquí por completo. Desde el niño que juega con sus nidos hasta el anciano que, sentado á la puerta de su choza, aspira el fresco de la tarde con avidez suprema porque le vuelve á la vida, todo tiene su poesia. Y allá cuando los últimos reflejos del sol poniente se pierden en el horizonte, se oye vago, lejano y acorde el canto de las serranas que, conduciendo al establo la hacienda de su casa, entonan el himno de amor. En la frente de esa hija de la aldea brilla una aureola de pureza y felicidad. Jamás penetró en su alma ni el egoismo, ni la perversion. Nunca sonó á su oído una de esas palabras fascinadoras que es para las mujeres jóvenes el primer peldaño en la escala del abismo. Pura es su mirada como su sonrisa, tan pura como el color rosado de su megilla en que jamás se estampó un beso y como la límpida tersura de su frente á la que no empañó un aliento profano...

Vos misma, en vuestras horas de languidez amorosa, habreis experimentado los efectos de esa existencia excepcional, y al perderos, al caer de la noche, doblando la esquina de la arboleda cercana, con vuestro amante entre las breñas, habreis sentido toda esa multitud de emociones que embargan mi alma al pensar en ellas; pero que no acierto á describir, porque no sé.

Si, por eso y porque en vuestras horas de misterio habreis sido feliz, se ve vuestro semblante irradiado de júbilo, y á veces os observé suspirar por el recuerdo de las sombras del bosque y porque anhelábais descansar otra vez bajo la frondosa copa del árbol de vuestros coloquios de amor en las llanuras del Espadanar, lugar de vuestros recuerdos y de vuestros puros placeres.

A LA TEMPRANA MUERTE

DE LA SEÑORITA

DOÑA DOLORES C. Y PAMPIN.

*Dies mei sicut umbra declinaverunt,
et ego tanquam scœnum arbi.*

(Eseritura.)

¿Qué eco lúgubre suena á mi oído al despertar del matutino sueño?

¿Qué objeto es ese que hace vibrar el viento con un tañido melancólico?

¿Es, acaso, el ligero aleteo de un ave nocturna que se eleva para ver llegar de lejos la aurora? No. Es el vuelo de un alma pura á las regiones del Edem; es el son trístibundo y fúnebre de una campana que anuncia al mortal el fin de una agonía...

Alma virgen, sonó tu hora. El sol que iluminaba tu rápida carrera, se detuvo en el medio de su curso, eclipsando sus rayos de oro bajo un tupido velo de eternas sombras.

Te has perdido en una edad temprana en el seno inmenso de la eternidad.

Se ha disuelto tu vida al soplo de la muerte, como se disuelve el albo copo de la nieve á los reflejos de un rayo solar.

Te has mecido en el hueco de una tumba, como el tierno niño entre los brazos de una cariñosa madre.

Te extinguiste como un rayo del cielo indio, perdido entre el frio y la noche.

Tu belleza de alabastro descansa ya bajo los pórticos solitarios del camposanto.

¿Por qué has huido?

No sé los misterios que la vida encierra.

Tu digiste que soñabas en lo ideal de un mundo mejor; que la vida era una pesadilla fatídica y que vislumbrabas los goces risueños y satisfechos del cielo. Por eso nos dejaste dándonos un radiost alegre. Depositando tu alma en el seno del Eterno, exhalaste el último suspiro, con la tranquilidad de un justo, en los brazos de tu padre

Corta ha sido tu existencia en la tierra; pero el camino que pudiste recorrer ha quedado sembrado de recuerdos gratos, porque sabias captar las mas lisongeras simpatías de todos aquellos que te conocían.

Una imaginacion poética como la de Milton, Dante, Petrarca, Tasso ó Shakspeare no sería bastante para cantar las virtudes exóticas que adornaban tu alma bella y purísima; su inspiración semidivina hubiera sido tal vez impotente para hacer derramar una lágrima, digna de refrescar tus cenizas.

Eras casta como la paloma, amable como el ruiseñor, melancólica como las brisas del otoño, amena en tus palabras como el ángel de la Anunciación.

El Señor vió un conjunto tan perfecto y quiso llevar-te á Si.

¿Debias, acaso, pisar este cieno inmundo de que se compone la vida humana? Tu mision era mas alta. Estabas destinada á pasar por entre nosotros como esas aves extranjeras que, de tiempo en tiempo, alegran nuestros bosques y nuestras campiñas, huyendo luego á un clima más remoto, pero mas benéfico.

Al pié de tu sepulcro aparece en la oscuridad de la noche un alma llorosa que, identificada en vida á tus sentimientos, vuela á regar con sus lágrimas las flores lánguidas que nacen al rededor de la dura lápida. Mientras la luna ríela pálidamente su luz de plata en el cristal del lago, va silenciosa á colocar sobre la losa una corona tejida en la soledad.

Esa alma te amaba y la amabas; y como no puede hablarte sinó por medio del misterio, esa corona es el emblema de sus pensamientos. Ni el tiempo que todo lo borra y envejece podrá mitigar un poco su dolor acerbo; ni tampoco los placeres insulsos con que este mundo montido y fascinator le brinda.

Todo se acabó para esa alma sensible, para ese espíritu que, embriagado en tus amores, esperaba un dia recostarse satisfecha y feliz en un tálamo soñado que no es hoy ya mas que un ataúd.....

El verde lloron se inclina sobre tu solitaria tumba, como para ocultar tu cadáver al frio del hielo.

El pájaro que canta con pausada monotonía en el silencio de la noche y que anida bajo las tejas del templo y en la espesa copa del ciprés, ha acallado su voz para no despertar tu sueño eterno.

El leve susurro del aura pasa atravesando el cementerio y produce una especie de gemido que conmueve el alma de amargura y de pavor. Se asemeja al grito lugubre de los génius de las sombras cavernosas cuan-

do se apoderan de su presa. ¡Todo horror! ¡Todo espanto!

La lluvia cayendo á torrentes, el trueno retumbando sobre el cént, el granizo y el rayo, que todo lo devastan, nos traen á la mente el recuerdo de la muerte. Nos recuerdan ese pasaje postrero al lado de otros que existieron ya y cuya vida se apagó tambien como el débil mechero de una lámpara.

Cuanto nos resta en nuestro azaroso camino? Muy poco. Los días y las horas están contados en el gran libro. Antes que la decrepitud encanezca nuestra cabeza, antes que las mieses florezcan un pequeño número de veces, habremos bajado á la tumba, sin que nadie, quizás, nos lllore, ni conserve un instante en su memoria el recuerdo de nuestra breve existencia.

Qué importa? ¿Nó es, acaso, la muerte la iniciacion de los goces duraderos y permanentes? Al tocar el umbral opaco de las puertas de la futura vida ¿nó se abren ante el que llega, nuevos y más extensos horizontes en cuyo centro están las glorias inefables de Sion? ¿Nó se rompen entonces estas duras y eslabonadas cadenas que nos ligan á todos los dolores y á las angustias de una vida agitada.

¡Dichosa tú, que sonreis á los que te lloran sobre el trasparente tul del firmamento! Feliz tú, que has logrado desatar de un golpe las ligaduras que te sujetaban aquí, pudiendo volar sin obstáculo á la mansion del cielo.

Y mientras con dolor punzante, por los lazos de sangre que nos unen, escribo estas líneas á tu memoria, dejando caer encima una tristísima lágrima de dolor, had que esa lágrima suba al cielo y se derrame despues, cual refrijerante lluvia divina sobr

mi espíritu, anonadado por crueles pruebas y que
ansía ir á descansar contigo al pié del Trono inmenso y
augusto de Dios.

Noviembre de 1866.

mi espíritu, anonadado por cruces prietas y que
así se a desearse contigo al pie del Trono inmenso y
augusto de Dios.

Noviembre de 1866

A ELLA.

Hubo un día en que os contemplé bella como el primer rayo de la aurora, cariñosa como el céfiro, amorosa y sensible como la paloma, pura como la fragancia de la azucena.

¡Que encantadora erais! ¡Cuanto perfume, cuanta alegría se respiraba á nuestro alrededor!

Erais como una hada de los lagos irlandeses, peregrina como una diosa ateniese. Y fascinado por el encanto que os seguía al través de mi primera ilusión, grande como los cielos, inmensa como lo infinito, caí á tus piés ébrio y rendido de amor y de celosa fatiga.

¡Que feliz entonces fui!

Vos me levantasteis haciendo estremecer todo mi cuerpo al contacto de la primera caricia, como al contacto de una aguja eléctrica. Y ante la dulzura de aquella caricia, que debía ser para siempre el lazo de una unión eterna, vi que el cielo azul se estendía ante mis ojos sin que lo empañase una nube....

No soy poeta, y sin embargo canté vuestros encantos. Os admiré porque os amaba. Bebia á veces con violento afán la tierna sonrisa que se derramaba en vuestros lábios y recojía toda llena en mi alma aquella mirada

sublime que, cual una centella, partia hácia mi de vuestros amorosos ojos negros.

Los celos á veces desgarraban mi alma; pero una sonrisa vuestra disipaba esos celos, como un rayo del sol naciente disipa la neblina de la noche.

Os buscaba entre la multitud y á través del eco lejano de la algarazara, conocia por un vértigo vuestra voz entre otras mil.

Extasiado largas horas, inmóvil, mientras vagaban mis pensamientos en pos de una felicidad soñada entre las oscuras sombras del porvenir en que me enseñasteis á pensar, estaba entregado á vos, á vuestra dulzura, á la presion de vuestro encanto.....

Pero ¡ah! colosal é inmenso como un mundo se levantó mi primer desengaño.

Ya no sois pura como la paloma; ya no sois hermosa como la azucena, porque teneis color y no teneis fragancia.

Un lábio impuro ha tocado vuestra frente y entre ella y mis ojos se levanta una mancha, roja como un sudario, extensa como el infortunio, fria como la muerte.

¡Oh mujer! Tu felicidad no es posible ya por mas que te engañe la ilusion. Tu dicha la has libado de un golpe en esa copa de una embriaguez fugaz que para siempre envenenará tu alma....

Me habeis mentido amor: estoy vengado: No os odio, sino que os perdono.

¿Por qué no perdonaros, cuando solo sois objeto de compasion? ¿Por qué no perdonaros, cuando vuestras futuras lágrimas serán mi venganza? ¿Por qué no perdonaros, cuando me habeis advertido á tiempo, antes que perdiese mi última ilusion?

Adios para siempre, mujer impura! Estoy vengado.

Abril de 1872.

ECOS DE LA SOLEDAD.

A MI QUERIDO AMIGO D. MIGUEL DA TORRE.

Héme aquí, querido amigo, solo en mi gabinete con mis recuerdos, tristes como esta noche que me rodea, violentos como los impulsos de una locura furiosa. ¡Que terrible noche! ¡Cuán penosa es esta agitacion que conmueve mi espíritu en un tormento invencible!

Miro á través del espacio y percibo inmensa bruma de sombras, iluminadas solo de cuando en cuando por la débil y fosforescente luz de alguna estrella, cuyo brillo se extingue á lo lejos. Oigo sobre mi cabeza como un ruido de cadenas y paréceme que la tierra se mueve con rapidez bajo mis piés y que tiembla todo.

Ah! Es la calentura que se ceba en mí, la que me hace ver tales ilusiones; es una óptica calenturienta que atrae ante mis ojos prismas engañosos, visiones aterradoras, fantasmas y fenómenos.

¡Que triste es una vida tan jóven en medio de tan crueles sufrimientos!...

Recuerdo en este instante, con cierto pavor supersti-

cioso, los cuentos que he oído en mi niñez, y esos recuerdos traen otros recuerdos, fatalmente encadenados en la serie de mis días, que acaban de oprimir mi pecho.

Un día, hace mucho tiempo, leía yo, dulcemente impresionado, los últimos cantos de Corina, de aquel génio romano que daba su postrer adiós á todas aquellas dulces ilusiones que en su corazón y en su mente sembrara el amor de Oswald. Tal vez cantaba una noche, así como esta noche. Tal vez sentía lo que yo siento en este instante.

¡Quien pudiera, como ella, cantar llorando sus desgracias! Pero no. Solo el arpa de Corina posee esas notas mágicas á propósito para expresar riendo los profundos dolores de un corazón herido por el desamor; solo su voz, la voz del génio, podía producir aquel eco que sacaba lágrimas de todos los que la escuchaban.

Era un cisne y como los cisnes moría cantando.

Yo siento, como Corina, una misma pena, pero no puedo cantar como ella. No tengo arpa, ni musa; no tengo valor ni númen, estoy desheredado de esas grandes perfecciones del héroe, me quedan solo sensibilidad y dolores... la prosa del sentimiento.

Hoy la he visto otra vez radiante, hermosa y feliz, bella como mis sueños de otro tiempo, fascinadora como las ilusiones del cielo, dulce y melodiosa como los ecos de la felicidad.

La vi... ¿cuándo? Ah! Después que la he perdido, después que ya su corazón no latía al compás del mío, después que mi recuerdo no se mezclaba al suyo.

Alegrias verdaderas desaparecieron; ilusiones ficticias solo quedan ahora!

Estaba sentada á la sombra de un abedul, cuyas

Amas, al impulso de un ligero viento, bajaban meciéndose á besar su frente. Los rayos del sol iluminaban su semblante, cubierto de una palidez melancólica, matizado de sombras y ella jugaba con un manojo de flores silvestres, cuyos pétalos caían uno á uno sobre su vestido.

Al verme se ruborizó y bajó los ojos, yo tampoco pude mirarla de frente. ¿Quién de nosotros sufría mas en aquel instante? Por mi parte he sentido un infierno rodeador en mi pecho; quise decirla muchas cosas y no la dije nada, intenté reconvenirla por su falsía en nuestros amores y se me anudó la palabra en la garganta.

He mirado su frente y estaba velada por una aureola impura, me fijé en sus ojos negros y era mas opaca y mas fria su mirada y sus labios plegados por una sonrisa involuntaria, forzada y displicente, aparecían teñidos de un color violado como el del lirio marchito.

Ya no cabía dudar. Aquella alma virgen habia sido profanada...

Y sufrí entonces, como sufro ahora, cuanto puede sufrir un alma joven, ardiente y apasionada al ver destrozadas de un golpe todas sus ilusiones, todas sus candidas esperanzas, todos sus inocentes ensueños, todo su porvenir ideal.

Ayer mismo me preguntabais, si yo la amaba todavia, y os dije:

—No, porque no puedo amar á una mujer que ha burlado mis sentimientos, que ha mentido amor de un modo tan vil é ingrato y que ha sacrificado mi tierno anhelo por el capricho de un momento, por arrebató fugitivo de debilidad insensata.

Y vos me dijisteis:

—Os engaña vuestra pasión. Estais obcecado y la amais apesar vuestro, apesar de vuestros propósitos,

porque el hombre, por una contradiccion que no se esplica, es á veces el ser mas débil que existe.

Y habeis añadido:

—Vuestro amor, como el amor de un loco, se deja ver en ese semblante pálido, en esas ojeras lividas que velan vuestros ojos, en esa alteracion profunda que revela estais inquieto y enfermo. Vos amais como no se ama dos veces en la vida, le amais con el poder de los celos...

Y teniais razon; pues yo la amaba todavia, porque dudaba aun. ¡Es tan duro creer en el infortunio! ¡Es tan repulsiva la idea de la desgracia! Creí que no seria completamente cierto su desamor, que ella no me engañaria y era porque la creia superior á las demás mujeres, como mi ángel tutelar, como mi diosa. Pero cuando la torné á ver y pude mirarla de frente, altiva y fria, torpe y egoista, comprendí que habia terminado definitivamente todo entre nosotros. La venda cayó, desapareció el encanto y en medio de los tristes recuerdos que trabajosamente alejaré, puedo aseguraros que no la amo ya.

Vuestros consejos, amigo mio, me han hecho mucho bien. Pero cuando el alma está lacerada por una herida reciente, cuando sobre los recuerdos mal desvanecidos de otro tiempo, se aglomeran los recuerdos de ayer y del presente con su série fatal de desengaños, cuando nuestro afan aparece burlado por lo que mas se ansió en la vida, los consejos no bastan á repeler la desesperacion que se viene encima. En estas crisis supremas de la vida en que la desesperacion parece invencible, solo hay un lenitivo heroico para todas las penas del alma: el tiempo.

El tiempo, amigo mio, demolerá todos esos recuerdos como demuele las rocas de granito y las estátuas de

bronce. Día llegará, para mi tan grato, en que su memoria no causará en mi pensamiento impresion alguna violenta y en que se habrá borrado por completo...

Os prometo escribir esta historia allá cuando no me haga ningun daño su recuerdo. No faltaré á mi palabra... recibid por de pronto su primera página.

Mayo de 1872.

proponer. Por lo tanto, para tal fin, en que se me
 mora no casarse en tal persona, lo que es algo
 violento y en que se habla de cosas por completo...
 Os pido que escribáis esta historia allí, cuando no sea
 para ningún otro fin. No la haré ni la haré...
 recibid por lo pronto en vuestra página.

Mayo de 1872.

por
 en
 cie
 che
 cié
 per
 de
 san

UN VIAJE DE RECREO.

A mi muy querido amigo D. Luis Ablanedo y Rodriguez.

Lugar mais hermoso
No mundo si hachara
Qué aquel de Galicia,
Galicia encantada

ROSALIA CASTRO.

I.

Nada mas alegre y pintoresco que un viaje de recreo por nuestros valles, en una hermosa aurora de mayo, en que el sol se levanta poderoso y brillante sobre un cielo perfectamente azul, limpio y sereno como la noche que lleva en p6s y cuyos primeros rayos deshaciéndose en impalpables fibras de oro, convierten en perlas cada una gota de rocío que tiembla en el pétalo de las flores: en que el perfume de mil jardines embalsaman las puras y frescas brisas de la mañana, y en que

los pájaros en confusion completa, desde la calandria y el jilguero al ruiseñor alegran el espacio con sus armoniosos trinos.

Y mas hermoso todavía cuando se camina por entre florestas, por entre arboledas sombrías y bosques vírgenes, y por entre praderías esmaltadas de flores, oyéndose el susurro cadencioso de mil torrentes y cascadas de agua que se quiebran en burbujas de blanca espuma en el fondo de las montañas.

Galicia! ¡Ah! quisiera, amigo Luis, tener la imaginacion descriptiva de Chateaubriand y de Lamartine, la pluma inspirada de Camoens, de Dumas y de Martinez de la Rosa y el pincel creador y gráfico de Rafael con la facundia inagotable de Castelar, para pintarte con sus vivos colores la hermosura y grandeza esplendente de este oásis que, no por ser el mio, creo es el mas bello del mundo.

Debo decirte, ante todo, que si algo me alegra en la vida, es haber nacido en esta tierra, cuyos arroyos son rios de oro y cuya belleza prodigiosa no tiene rival en parte alguna, y cuyos primores no han sido suficientemente cantados por mil poetas, puesto que sobrepujan á todos los talentos.

II.

Sobre la pintoresca villa de Padron—antigua Iria-Flavia—y á su lado Este se eleva á una altura de 400 metros sobre el nivel del mar, el promontorio de Gesteira.

Su cima, que forma un verdadero cono, es árida y volcánica. Carece casi por completo de vejetacion é

informes peñascos y quebraduras, de rocas salientes le dan un aspecto tétrico hasta cierto punto, majestuoso é imponente y traen á la imaginacion las nebulosas cimas del monte Oural, la cordillera de Andes con sus gigantes picos y las pirámides de Egipto.

Su falda, por el norte, completamente poblada, descansa sobre las márgenes del Ulla, el primer rio gallego despues del Miño, cuyas aguas fertilizan la ribera, y por los otros lados le sirven de asiento prolongadas mesetas y cortados riscos, sobre los que crecen en abundancia las urces, los romeros, el tomillo silvestre y las abrotías.

Es difícil el tránsito, pues al llegar á la mitad de la pendiente, hay que efectuar una ascension casi perpendicular en un trayecto de unos cien metros y el resto, hasta su altura, por unos senderos estrechos, escarpados y peligrosos, solo propios para la agilidad de las piernas del ciervo ó de la cabra montesa.

Esta montaña es como una piña, colocada por su base mas ancha, sobre un lienzo de terciopelo verde.

Y á ella es á donde, acompañado de dos amigos, hice anteayer, domingo, el viaje que sirve de epígrafe á este escrito. Al hacerlo, cumplo un deseo de hace mucho tiempo, y al encontrarme á esta inmensa altura, me juzgo, entusiasmado, ser mas grande que Napoleon I. Si este pasó el San Bernardo, yo subí, despues de poco, aunque sin ejércitos y sin cañones, ni águilas, al Dhaulagiri galaico.

III.

Si yo fuera aficionado á los *honestos* placeres de la caza, como Perez Escrich, y tuviera su talento, te conta-

ria algunas peripecias que sobre el particular ocurrieron á mis compañeros.

Dispénsame que hasta ahora no te haya dicho que se llaman Miguel da Torre y Eduardo Garrido.

Pero como mi simpatia no está por los conejos á escape y por las perdices á vuelo, ni tampoco por los canes, pues aquellos solo me gustan en el plato, condimentados con una buena salsa con una poca de cebolla y el perejil correspondiente, y estos en ninguna parte, porque temo mucho á la hidrofobia, de aquí que los deje á ellos cazando y *caracoleando* la montaña, mientras yo, á escape y casi sin tomar aliento, me planto en su cumbre.

Ya estoy en ella y sigo mi narracion.

Allí—en cima del monte, por supuesto—se alza una vasta mole de granito y única que, al deshacerse en ella los rayos del sol, semeja un reverbero fantástico irradiando todos los colores del arco iris. Debajo de esa mole y á una profundidad de unos ocho metros hay una gruta, en cuya puerta ó entrada, cubierta por un secular olivo, raquítico, pobre y estéril como la tierra que le da un átomo de vida, se percibe ya por el que se aproxima, un ambiente húmedo y frio que hace una impresion desagradable en la sangre.

Dicen que hay en esa gruta porcion de estaláctitas y hasta restos de huesos humanos; pero como su descenso es difícil, no he podido averiguarlo. Yo que me precio de ser prudente y que contengo las ansias de mi curiosidad en el corto limite de una investigacion discreta, no quise pasar del pié del olivo á averiguar los misterios de una física que podia ser perjudical á mi fisico real y positivo.

Hubiera entrado sin recelo en las grutas de Escocia, donde las olas del mar imitan gemidos humanos, ó en

el hosario de Morat, descrito por Arlincourt; pero no quise entrar en la gruta del monte Gesteira, porque podría romperme la crisma sin utilidad alguna.

Mi reflexion por de pronto se detuvo ante aquel individuo de la especie vegetal, ante aquel olivo que crecía allí por milagro y cuyo color negruzco, ceniciento y mate de sus hojas, parece que me entristecía y que traía á mi imaginacion lejanos y melancólicos recuerdos. ¿Qué mano le habia plantado allí? ¿Cuántos siglos habrían trascurrido sobre él? ¿Cuántas generaciones habrán descansado bajo su pobre sombra? ¿Cuántas tempestades y cuántos huracanes habrán pasado por entre sus hojas sin herirlas siquiera? ¡Ah! Amigo mío, ¡cuán pequeña y efímera es la vida del hombre que no alcanza siquiera á igualarse á la existencia de un arbusto! ¡Quizás hayan bajado al sepulcro veinte generaciones sin que aquellas hojas, medio marchitas, hayan cambiado de color siquiera!...

Debajo del olivo hay un pequeño asiento de piedra vasta, hecho al natural, donde pueden colocarse cómodamente tres ó cuatro personas tomando un desayuno ó charlando un rato, reanimadas por la fresca brisa que es constante y perpétua á aquella altura.

IV.

Luego despues y colocado en pié sobre la roca, como Moisés en el Sinai ó como el Coloso de Rodas sobre su trono de bronce y mármol, tendí la vista en derredor sin fijarla detenidamente, sino abarcándole de un golpe, en el brillante é inefable panorama que ante mis ojos se estendia, perdiéndose allá en la inmensidad entre las brumas de un horizonte lejano.

Oh! Querido Luis, en aquel momento me acordé de

nuestro viage, paseo, mas bien dicho, del verano anterior desde Santander á la Farola.

Te acuerdas tú de aquel precioso dia en que abandonamos la ciudad jugando al escondite entre las matas de hinojo y los maices de Cueto, y volvimos á ella con la misma alegria con que habiamos salido? Yo todavia tengo presente, como si fuera ahora, el agua fresca y la sombra con que nos brindó aquella roca y cuya agua brotaba casi gota á gota de su hondo seno y que tú y yo, de cuando en cuando, libá.bamos á puñados, mientras que Federico Bazan y Rogelio Montejo trazaban con la punta de sus navajas en la parte mas blanda de la roca un nombre querido—el de sus novias—y mientras Pepe Nova nos contaba con entusiasmo paternal las habilidades de su Jesús, á la par que, mirando al mar tendido á nuestros piés, veíamos bogar acá y allá cien lanchas pescadoras jugueteando y meciéndose sobre las olas. Ni me olvido tampoco de las graciosas pullas con que celebrábamos la ocurrencia de Montejo queriendo enamorar de un golpe, entre las revueltas del Alta, todas las educandas del Asilo. ¡Dia feliz aquel que tardará mucho en volver, pues nos hallamos muy lejos los unos de los otros! Asi es, amigo mio, el destino del hombre; conocerse y encariñarse hoy para separarse de aquí á unos dias, para olvidarse de aquí á un mes y para morir de aquí á un año.

Recordé las playas del Sardinero, tan decantadas en verdad y que no valen lo que el último pueblo de nuestras costas, porque en él ni hay sombras, ni huertos, sinó peñascos y polvo. Recordé tambien aquellas montañas de Santander, cubiertas perennemente de nieve, sin verdor y sin vegetacion, tristes y estériles, como triste y opaco es el cielo que las cubre, y aquellos dias en que

nos comunicábamos el afán de nuestras almas y las generosas aspiraciones nuestras para el porvenir.

Tu pensabas constantemente en tu linda asturianita, yo pensaba..... pero la verdad es que me hago pesado en demasía apartándome tanto de mi objeto.

V.

Repuesto ya un poco de aquella poderosa impresion momentánea, procuré detallar los objetos que se reflejaban en mi pupila, ansiosa de abarcar tanta belleza.

Al Norte Santiago, segunda Roma, si tuviera un Papa y un Tiber; pero que en cambio tiene los primeros monumentos del mundo con sus cuarenta torres, descolgando entre todas ellas las tres del segundo Vaticano, cuyas altas penumbras se divisan á ocho leguas de distancia sobre el fondo rojo del valle de Montonto, mas allá las llanuras de Ordenes, de Mellid y de Arzúa, apenas cortadas por algunas colinas, coronadas de verdura, y allá al fin, limitando un horizonte de cien kilómetros, las montañas de Lugo con su eterno pálio de nieve en sus alturas y su eterno luto en el fondo; pues que su sávia y su vejetacion es de color negruzco por su mucha fuerza fecundante.

Al Este los países de Deza y Tras-Deza con sus inmensas arboledas y sus extensos prados, vergeles pintados maravillosamente por la mano de Dios y que nos traen á la memoria, rivalizando con ellas y aún aventajándolas las vírgenes selvas regadas por el Mississippi, y entre cuyas arboledas reflejan los rayos del sol lindas casitas blancas con preciosos jardinillos.

Crei en aquel instante hallarme en el golfo de Gánova, mirando hácia la pintoresca playa y conforme se eleva á lo alto de la montaña de los Alpes, por la gran

semejanza con el cuadro y el paisaje que yo contemplaba.

Detúveme un poco y recojí la vista. Y mas acá, hácia el mismo lado y como á unas dos leguas incompletas, aparece la villa de la Estrada (el antiguo Tabeirós) que es pequeñita y se parece á un vaso de cristal al desahacerse en ella los rayos del sol. Es muy alegre por su situacion topográfica y muy saludable porque las brisas del Ulla la refrescan y la purifican constantemente. Allí empieza aquella série de quintas que cubren ambas riberas de este rio, que por la quietud de sus aguas, se parece mas bien uno de aquellos poéticos y apacibles lagos suizos que tan perfectamente describe en sus novelas el vizconde de Arlincourt, cuyas quintas se estenden desde S. Martin de Calvos hasta el monasterio de Erbon. Allí entre las posesiones de muchos particulares, ricos-homes del país y restos del feudalismo antiguo, se ven tambien las riquísimas posesiones de los duques de Alba, de los condes de Altamira, de Gimonde, de Amarante y de los marqueses de Mos y de Santa-Cruz.

VII.

Y sobre la márgen derecha del Ulla surge colosal y fantástica la punta del Pico-sagro. (1)

(1) Pico-sagro viene de *Picus sacer*, palabra latina que significa *Pico-sagrado*. Por tal fué tenido desde que los suevos invadieron el país y desde que, á usanza germánica, le eligieron como punto donde debían coronarse sus reyes.

Los lugareños le atribuyen un poder mágico, puesto que, á donde quiera que vayan, le ven siempre a su lado. Todo ello es efecto de su gran altura y de una ilusion de óptica, tan frecuente en las grandes llanuras y que el vulgo no puede comprender: el espejismo.

Este monte, compónese cási todo de rocas de cuarzo y granito, cuya altura desafia la tempestad y el rayo, y cuya solidez desafia igualmente el eterno trascurso de los siglos.

Su figura es la de una gran pirámide; su ascenso poco menos que imposible, puesto que hay que efectuarlo subiendo por los mismos escalones tallados en la roca y rozados á pico, y muy pocos son los que han alcanzado la cumbre, porque pocos son los que pueden dominar el vértigo.

En su cima y en un pequeño repecho existe una capilla dedicada á San Sebastian, dentro de cuyas paredes tuvo lugar una escena trágica que aparece descrita en la biografía, casi novelesca, de Fernan Perez Churru-chao, aquel héroe protegido por el rey de Castilla don Pedro I, *el Justiciero*, cuando la rara muerte de D. Suero, arzobispo de Santiago, historia bastante conocida en estos pueblos y que de padres á nietos se trasmite por tradición como ejemplo de las debilidades humanas en la víctima y de la nobleza de sentimientos y del fuego vengador de la raza galaica, simbolizados en el matador.

VII.

Al pié de esta pequeña capilla brota una fuentequilla de agua fresca (1) á la sombra de un viejo alcorneque que no tiene otra vida que la que le da aquella agua, cuyo manantial se pierde entre las quebraduras del Pico,

(1) Es muy comun encontrar fuentes en la cima de los montes por altos que sean.

dejando una línea de verde musgo, única vegetación¹¹ que allí se conoce.

En aquel Pico, tenido por sagrado de muy antiguo y que domina por su altura una gran parte de Galicia, es donde se coronaban los antiguos reyes suevos y así se efectuó desde Hermenerico I, el primero de aquella raza entre nosotros hasta Malarico que fué el último y cuyo poder cayó despenado con él desde las alturas del Pico sagro, por los soldados del monarca godo Leovigildo.

Puede decirse que aquella masa informe de roca, sintetiza y envuelve en sus recuerdos y en su pasado, la poesía en la leyenda, la grandeza y la historia de nuestros primeros siglos, pues ella ha presenciado, como un testigo mudo é impasible, todas las luchas de nuestra raza, combatida por otras razas guerreras y usurpadoras; ha visto desfilar ante sí grandes ejércitos, dirigidos al combate por sus mismos reyes, y vió aparecer y desaparecer, cual un soplo, todas nuestras pasadas generaciones.

Por eso en el país se le mira con veneración y religioso respeto, y al pronunciar su nombre en las veladas de invierno ó al recitar una de esas leyendas que la tradición conserva, todos sienten un no sé qué de extraño y de grande en el alma; es el pavor, porque los campesinos creen aun de buena fé ciertos sucesos supersticiosos; es el entusiasmo, porque los gallegos son muy preciados de sus pasadas grandezas y de sus lejanas glorias.

VIII.

Al Sur se descubre la ciudad de Pontevedra, esa Florencia española que también tiene su Arno y se llama

el Lerez, cuyas tranquilas aguas se deslizan mansamente bajo un estenso emparrado de palmeras y espadañas, entrelazadas por las adelfas, por la pasionaria silvestre y por la madreselva que crecen á sus orillas, le dan sombra y embalsaman en ténue brisa esa Zurich de Occidente, que tambien tiene sus lagos, sus campos frondosos en donde crecen los lirios y las amapolas, las albahacas y la malva-rosa y las dalias, las camelias de betas de color vario y los claveles olorosos de Alejandria, con huertas feraces por la abundancia soberbia de sus frutales de todas clases desde el cerezo, el peral y el manzano hasta el almendro, el pavial, el olivo cargado de ricas aceitunas de color de bronce, el naranjo y el limonero.

Pontevedra, la reina del mar, tan admirada de los forasteros que la visitan, con sus bosques de cipreses y de eucaliptus de poderosa vejétation!

El Lerez, cantado por tantos poetas que vieron la luz en sus orillas, y que arrastra en sus olas transparentes particulas de oro y de aljofar y cuyas aguas mezcladas con las del mar, llevan hasta las calles de la ciudad innumerables peces de color vario y sustancia exquisita que sirven de alimento á sus habitantes. Mil lanchas, engalanadas los dias de fiesta con banderillas de color, desde el rosa y el azul turquí hasta el blanco y el encarnado, proporcionan al pueblo uno de los mas bellos y honestos recreos.....

Y más allá, en el fondo del horizonte, abarcando y salvando con la vista las campiñas de Redondela, aparece Vigo, flotando sobre el mar como una concha de nácar, y desaparece á veces oculto por una neblina vaporosa que se parece al velo de una hada.

Vigo tambien tiene su reinado, es la reina del océano y la cuna de las mujeres hermosas. Una viguessa, por

lo redondo y sonriente de su semblante, por el color mate y pálido de su frente, por lo negro y castaño oscuro de sus ojos, por sus cabellos de oro, por su seno y su garganta de alabastro, por su génio melancólico y su aire jugueton, se asemeja á las mujeres circasianas que llevan la palma de hermosas en todos los conciertos del mundo.

Vigo, en el momento en que el telescopio se aproxima á mi vista á través de la trasparente gasa de vapores que le cubre y que no es suficiente á impedir que los rayos del sol reflejen en sus galerías y techos de cristal, parece que sonríe y es porque es alegre su cielo, profundos sus colores sobre un fondo verde y azul, y tranquillo su mar en que no hay resacas ni huracanes.

Si, querido Luis. Allí está Vigo y en él nuestro querido Montejo, harto de aforar declaraciones y de hacer amores á las lindas jóvenes del pueblo. Quizás nos habrá olvidado, reemplazando nuestro cariño con el amor de alguna sílfide de aquellos mares... ¿Lo crees tú, Luis?

Rogelio, si lees estas líneas, recibe un cordial saludo y un abrazo que te envío desde estas olímpicas alturas. Dáale otro bien apretado de mi parte á Dieguez.

IX.

Eran las nueve de la mañana y cuando mi alma se hallaba profundamente conmovida en fuerza del grandioso espectáculo de belleza que presenciaba, y cuando miraba al Oeste el Atlántico, ese gigante que con su brazo poderoso separa dos mundos y cuyas costas, siempre verdes y frondosas, se hallan adornadas por

pueblos como Villajuan, Villagarcia, Carril, Puebla y Santa Eugenia, y mas acá Caldas de Reyes con sus burgas y su vega de maizales y viñedos que á ambas orillas del Humia se estienden hasta Cambados.

Cansado ya, si así puede decirse, de tanta impresion, un sonido agudo hirió mi oido. Era el pito de la locomotora; el tren descendia de Santiago.

El tren! Ah! Allá en Santander nadie se fija en el tren, porque acostumbrados á verle á todas horas y desde hace mucho tiempo, ya no llama la atencion, pero en Galicia el paso del tren es un acontecimiento tan grande como lo era á fines del siglo XV ver llegar á América una flota española.

Tantos años de esperanza y de sacrificios aun no han sido suficientes para poder comunicarnos por medio del ferro-carril, con las demás provincias de España, y tenemos que contentarnos con ese pequeño trayecto de cinco leguas, que no es para nosotros mas que una pequeña muestra de lo que Galicia sería, si el tren cruzase sus cuatro provincias.

Tenemos sed y nos dan una sola gota de agua con la que nuestra sed aumenta.

Aquí la riqueza no tiene su verdadero mérito, ni su justa compensacion, porque no hay quien la explote, ni apenas quien la busque, ni tampoco medios fáciles de extraccion, y la civilizacion de nuestras aldeas está todavía pendiente, como un problema algebraico, del empuje de esas máquinas de fuego que han de unirnos estrechamente al resto del mundo, resolviendo por fin ese problema.

Por eso al oir el silbido de la locomotora y ver cruzar el tren, me he puesto triste y es porque todavía veo muy lejana la regeneracion completa de este país desgraciado, digno, en verdad, de mejor suerte. Cuando ese día

llegue, cuando estemos unidos á los demás pueblos por el vapor y el comercio, entonces Galicia será conocida, y por lo tanto, respetada por la ilustracion y patriotismo de sus hijos y por la exuberante riqueza de sus tierras, valor y abundancia de sus productos.

X.

Abstraído por estas consideraciones, nada á propósito por cierto para un viaje de recreo en que uno solo desea divertirse y gozar, ni siquiera me fijé en que el sol, cayendo casi perpendicularmente sobre mi individuo, me hacia sudar la gota gorda, cuando á mi espalda sentí una fuerte detonacion. Volví la vista y vi á Garrido que á unos cien metros mas abajo, acababa de disparar el último tiro á una calandria que, sin otro peligro que el consiguiente susto, escapó con la velocidad de una saeta.

Luego los dos amigos se acercaron y colocando en el suelo, al pié del olivo, unas catorce piezas que habian matado, entre liebres y perdices, y arrimando las escopetas á la peña, me invitaron á que descendiese del trono de mis contemplaciones.

Eran las once y media.

Mientras reunieron los perros que todavia quedaban rastreando el monte y que formaban una verdadera jauría, pues eran nueve, y mientras fumamos un cigarro conversando sobre la habilidad de cada podeneo, los que ponderaba mi amigo Torres sin contradiccion, dieron las doce.

El estómago es el mejor cronómetro que se ha cono-

cido, y cuando el estómago pertenece á un cazador, no se detiene ni ante las consideraciones de la urbanidad; es mas intransigente que un cantonero de Cartagena, y mas apremiante que un cobrador de contribuciones.

Ya se ve! el cuerpo habia trabajado mucho; el estómago se llenara de aire y además el reloj de la Colegiata de Padron gimió doce veces; pues no otra cosa que gemidos parecian á aquella altura, sus vibrantes toques.

Eran las doce y nos pusimos á la mesa.

VII.

Para acomodarnos mejor, determinamos colocar la mesa á usanza oriental.

Nos tendimos bajo la escasa sombra del olivo y colocamos ante nosotros, tendidas en un mantel provisional y democrata hecho de un número de *El Imparcial* y otro de *La Bandera Española*, las viandas que llevábamos. Consistían estas en una preciosa empanada de lomo, de esas que tan acabadamente se hacen en Caldas y cuyo olor por lo subido y por lo agradable, es capaz de abrir el apetito á la mismísima estatua del Comendador, unas tortillas de merluza y chorizos, un par de perdices estofadas, unas truchas fritas y un queso de tetilla, mas grande y mas fresca que las respectivas de nuestra mamá Eva. Además acompañaba á estos entretenimientos una magnífica bota con ocho cuartillos de vinillo ágrío de Salnés, cuya bota es de nuestra casa y procede de abolengo, pues se hizo de la piel de la bisabuela de la gata que tenemos en el día y la cual se pone á tu disposición.

Inútil es decirte que comimos á lo canónigo, es decir,

perfectamente y con apetito. La hilaridad era completa entre nosotros, y yo me olvidé de mis abstracciones filosóficas de un momento ántes, para llorar de risa un momento despues.

Solo tú y Montejo faltabais allí. Si estuviérais con nosotros en aquel momento, para nada os hubiérais acordado de los insípidos pavos y secos besugos que hemos comido varias veces en casa de Círculo y en la fonda de Europa.

XII.

Despues de haber comido siguieron los brindis y los cigarros, y como no podíamos dormir la siesta, pues la sombra variaba á cada movimiento del sol, nos entretuvimos en seguir conversando.

Entre otras cosas y viniendo al caso, conté á mis compañeros nuestro viaje-paseo á Bóo y al Astillero, el dos de Febrero último, y les hice ver lo mucho que nos aburriéramos por no tener que comer, ni donde con comodidad, y lo que fué peor, tener que volver á la ciudad á caballo de las piernas.

Sin embargo que allí no fué todo malo, pues al menos pudimos disfrutar una gallina, debida á la actividad de Bazán y bebernos unos buenos tragos de vino rancio de Rioja, capaz de hacer reir á un turco de noventa años.

Y despues, mientras yo tuve el placer de acompañar á la inolvidable Juanita y á su mamá, vosotros la computasteis perfectamente con aquellas pollitas que os iban diciendo mil amores con sonrisa picaresca.

No sé por qué, querido Luis, pero esos recuerdos

tienen mucho de grato para mí; bien es verdad que siempre es grato pensar en aquellos parajes donde uno deja amigos del corazón, que son como una parte integrante de nuestra existencia.

Si yo vuelvo á Santander algun día, pienso repetir esos paseos solo por el placer del recuerdo y para hacerme creer á mi mismo—siquiera sea una ilusión—que para nada han pasado sobre mi cabeza algunos años mas.

Me acompañas tú? ¿Irán las amas y Bazan tambien?...

XIII.

Como no te importa saber á que hora regresamos, por mas que no fué temprano, terminaré diciéndote:

—Si algun día conoces á Galicia, tú, hijo de Sevilla, la ciudad hermosa entre las mas hermosas de Europa, esa reina del Guadalquivir y del Darro, tendrás seguramente envidia de los que hemos visto la luz de la vida en esta Irlanda de Occidente, en esta Arcadia europea, en este país de la vida pastoril primitiva, de costumbres dulces, vírgenes y patriarcales, de poesia, de riqueza y de hermosura.

Y ese día que sé deseas tanto, porque muchas veces me lo has dicho, me darás un abrazo al que corresponderé con toda la efusion de mi alma, abrazo que será la expresion de nuestra entrañable amistad de hermanos, tanto mas grata para mí, cuanto es la amistad del que tan bien habla en pró de mi país sin haberle, hasta ahora, conocido.

LA BODA.

I.

Pobre Adela!

Marchitos están tus lábios, tan frescos y rosados ayer como la rosa de Alejandria, y pálida tu frente como el rayo de la luna.

Ni sonries, ni te alegras, ni danzas, ni jugueteas como en otros días.

Buscas con avidez los lugares solitarios y, partidaria del silencio, evitas el encuentro con tus mejores amigos.

Por qué lloras sin cesar? Por qué huyes? Qué has tenido?

Ah! Recuerdas con tristeza y pesar inconsolable los primeros dias de tu juventud en que tu alma rebosaba ilusiones y tu corazon rebosaba amor.

Recuerdas con abatimiento aquellas horas sublimes del pasado, fujitivas como la vida, en que tus ojos se embelesaban mirando á tu amante y en que tus oídos

escuchaban con languidez placentera sus protestas de amor invariable.

II.

Sí. Porque Adela, la pura y hermosa Adela amaba tiernamente y con el fuego de los veinte años al mancebo Julio.

Ambos eran de una misma edad, de igual belleza y posicion social.

Ambos se querian como se quieren las tórtolas y golondrinas.

Dios les habia hecho al uno para el otro.

Y habia ya mucho tiempo que se amaban sin que el mas pequeño disgusto, ni el mas leve accidente turbara su cariño.

Aquel amor era un dia de sol sin nubes, era una noche sin tempestades. Era como un lago tranquilo de aguas purisimas, que ni siquiera agita la brisa.

Y vivian en dulce sueño tan puros y tan castos como se vive en el cielo.

—Que hermosos son!—decian unos.

—Cuanto se quieren!—añadian otros.

—Que pareja tan preciosa!—repetian los mas.

—Que maja es ella y que guapo es él!—exclamaban todos.

Y los jóvenes sin fijarse en los que así hablaban abrigan miles de ilusiones en su alma para el porvenir y se hacian con la mas pura candidez centenares de promesas y juramentos para el dia de mañana.

¡Que ideal de un porvenir risueño y venturoso embriagaría el pecho de ambos amantes, de una perpétua y anhelada felicidad!

III.

Corrió algun tiempo.

Y llegó un día ¡día fatal! en que Adela supo por conducto de su nodriza, que la amaba casi tanto como su difunta madre, que en la parroquia se preparaban fiestas para el domingo próximo.

Y que habia misa cantada con sermón del señor cura y cohetes.

Y supo tambien que los padres de Julio daban aquella fiesta porque su hijo habia de casarse aquel domingo con Rosario.

Rosario, la coqueta, la presumida, la murmuradora, la egoista, la orgullosa.

(Pero Rosario era buena conveniencia.)

Un rayo irió de repente el corazón de Adela, quien se estremeció primero al oír aquella noticia, se enfureció despues y mas tarde se arrojó llorando en los brazos de su segunda madre.

Y lloró el miércoles, el jueves el viernes y el sábado.

Y aquellos cuatro días de llanto dejaron secos sus hermosos ojos.

IV.

Llegó el domingo.

El repique de las campanas y el estallido de algunos cohetes, despertaron á Adela que habia logrado conciliar el sueño y descansar un momento despues de cua-

tro dias de fatiga moral y de cuatro noches de doloroso insomnio.

Estaba pálida y ojerosa. Tenia ronca la voz y estaba agitado y trémulo todo su cuerpo.

La nodriza se apróximó á su lecho y, acariciándola, besó su frente.

—Cuanto padeces!—la dijo.

—No padezco ya, madre mia,—le contestó.—Estoy resignada para el sacrificio.

Y no era verdad, porque un infierno de dolor abrasaba su pecho y se manifestaba en su semblante y en convulsiones nerviosas que la acometieron con frecuencia.

V.

Levantóse, empero. Suplicó á la nodriza que la trajera sus vestidos mas ricos, con los que se vistió, adornándose con preciosas joyas y las mas bellas flores.

Miróse en seguida al espejo y una sonrisa irónica se asomó á sus lábios.

Habia visto demacrada y rugosa la tersitud de su frente y la palidez de sus mejillas, y exclamó:

—Que hermosa hoy para desposada!

Despues se sentó un momento como aquel que espera y estuvo un rato silenciosa; mas levantándose de nuevo, volvió á sacar aquellas galas con que se adornaba, deshojó las flores y tornó á vestirse con un traje de gró negro.

—¿Qué intentais hacer?—le preguntó su nodriza, que ignoraba el propósito de Adela, y que la obedecia ciegamente.

—Asistir á su boda y verle por última vez,—contestó Adela con voz triste.

VI.

Dieron las diez y un toque de campanas anunció que iba á comenzar la ceremonia nupcial.

Adela se puso en pié y dijo á la nodriza:

—Seguidme si quereis. Hé ahí la calle de la Amargura, mas allá el Calvario.

Y la nodriza, asustada de la actitud de la jóven, intentó detenerla; pero no pudiendo conseguirlo, la siguió sin decir una palabra.

Ambas bajaron silenciosamente á la iglesia que estaba al pié del huerto y nadie se fijó en el traje de Adela, ni nadie la conocia, porque llevaba tendido el velo.

Penetró en el templo y fué á colocarse á un lado apartado, al pié del altar de una Virgen del Refugio á la sombra de uno de los pórticos.

La ceremonia empezó en seguida. Las notas del órgano se dejaron oír y la nave del templo se llenó del humo del incienso.

A proporcion que el momento se acercaba, latia con mas violencia el corazon de la jóven niña, cuyo dolor llegó á su paroxismo cuando vió acercarse al altar una pareja ricamente vestida, radiante de juventud y de alegría.

Eran Julio y Rosario que iban á unir en un lazo indisoluble y sagrado sus respectivos destinos.

Y al pronunciarse aquella palabra fatal, aquel *si* que hizo vibrar todas las fibras del corazon de Adela, esta se sintió desfallecer y cayó en el seno de su nodriza, que

la estrechó con amorosa efusion, con la ternura de una madre.

—Que desgraciada sois, hija mia!—murmuró en voz baja, mientras que apartaba el velo de la niña, empapado en lágrimas.

VII.

Antes que la ceremonia terminase, salieron de la iglesia silenciosamente como habian entrado y se volvieron á casa, de donde no debia tornar á salir la jóven.

Pocos la hemos visto desde entonces, por que no la agradaba que la viesen.

Padecia mucho; pero estaba resignada. Parecia la sombra de su propia sombra y no abandonó jamás su traje negro.

Una tos seca comenzó á oprimir sus entrañas y frecuentes convulsiones la acometieron.

Sonreia tristemente y esperaba con ansia esa hora solemne, que se acercaba por momentos y que habia de arrebatlarla á un mundo de mejores esperanzas y donde las decepciones no existen.

Pobre jóven! Pobre amor!

Agosto de 1872.

MATILDE**EL PICO DE LA CIGÜEÑA.****I.**

Si algún día vais á Deza, á ese país clásico de todas las maravillas de la naturaleza, donde existen campiñas primorosas y dilatadas, estanques de agua en que saltan numerosos peces, cascadas, corrientes y arboledas interminables de castaños, cerezos y nogales que prestan fresca y saludable sombra al viajero á cada paso y le cubren con un manto de verdor; en las que cantan siempre con una dulce melodía millares de pájaros de variado trino; á ese país tan rico en vegetación y de fuerte clima, por mas que se le llame montaña, y cuya tierra tiene una riqueza abundosa para el hombre laborioso que trabaja, vereis en su centro, en medio de

montañas elevadas que forman por su parte Oeste la cúspide de una hermosa concha, un montecillo que se eleva en forma cónica y da vista á un pintoresco paisaje de valles y praderías de dos leguas en contorno.

Ese montecillo, cuando los rayos del sol hieren su cima bañándole perpendicularmente, parécese á una inmensa llama de fuego de color de plata y á la tarde de un sol claro, cuando le hiere de una manera oblicua, figúrase un manto maravilloso sembrado de brillantes y rubies, ó el dosel que cubre el tálamo nupcial de una reina.

Es porque aquel monte, escarpado en su cima, forma una inmensa masa de granito, asfalto, cuarzo y mica.

Los rayos converjentes del sol producen una irradiación de luz horizontal en multitud de hilos y fajas de oro y plata, que el que por primera vez las haya visto, cree estar mirando un prisma fantástico ó el palacio encantado de una huri.

Ajese montecillo dan los habitantes de aquel pueblo el nombre de *Pico de la Cigüeña*.

En su falda se halla la iglesia de Gresande y al rededor de ella una porción de casas apiñadas que forman la aldea, y al fondo se eleva una casa mas alta, resto de un palacio feudal con murallas destruidas, en contorno de la que se estiende un largo emparrado hácia el norte y un jardín hácia el poniente.

Esta casa estaba habitada en 1859—época que nos ocupa—por D. Patricio Montenegro, señor hacendado y bueno, que habia tenido la desgracia de perder á su esposa hacia algunos años y que, escepto una ama de llaves de avanzada edad y un chico pequeño para cuidar de su caballo y sus perros de caza, vivia solo en compañía de su única hija Matilde, dedicado á su cariño y á su educación.

II.

Matilde Montenegro tenía á la sazón diez y seis años incompletos.

Su talle era esbelto, delgado y flexible; sus ojos rasgados, espresivos, los cubrían dos filas de pestañas espesas y negras como el fruto de una zarza-mora. Sus lábios eran delgados, un poco pálidos, pequeña su boca y blanca su dentadura como un pedazo de alabastro. Su color moreno, y la vivacidad de sus ojos revelaban en ella una fuerza incontrastable para todas las pasiones; y su nariz de forma aguileña y remangada un poco, mostraban la jóven impresionable, seductora y voluptuosa.

Sin embargo, habia una cosa que se notaba mucho en aquel carácter á primera vista alegre y que parece debía serlo, porque pertenecía á una jóven, que despertaba del mundo del instinto á ese otro mundo de las ilusiones y de los deseos, en que el júbilo y la alegría son una ocupacion constante y en que no existe ni un recuerdo, ni un ánsia que apene el alma.

En la sonrisa de Matilde observábase, á poco que uno se fijase en ella, un sufrimiento profundo y prematuro y cuando sonreía así de una manera lánguida y casi forzada, el brillo de sus ojos, antes vivo y penetrante, concluía por ser opaco y sombrío, semejante al mirar de los dementes.

Y su hermosura languidecía como si en su corazón existiese ya el gérmen de una enfermedad mortal.

Algo de misterioso debía encerrar el corazón de la pobre niña.

III.

Al ojo de un observador constante, raras veces se escapan estos pormenores, y menos al de un padre cariñoso y solícito.

En efecto, D. Patricio había notado la hipocondria, cada vez creciente, de su hija y el cambio fatal que se operaba en ella.

Pero no sabía á qué atribuirlo mas que al contraste de la vida que en ella se iniciaba con la existencia que dejaba atrás. Juzgaba que aquella tristeza era efecto de su edad y de la vida ascética y solitaria que llevara hasta entonces y concibió el proyecto de sacarla á viajar, á ver el mundo y, si fuera necesario, de vivir con ella algun tiempo en cualquier poblacion grande, hasta que aquel accidente se disipase y su hija tornase á recobrar su salud primitiva.

Y no podria ser otra cosa.

Matilde era, en opinion de su padre, un pájaro que ansiaba salir de su jaula y volar por anchos horizontes de frescura y luz.

Ella, tan alegre y tan juguetona antes con las demás niñas de su edad, formando con ellas corro en las tardes de los domingos bajo los castaños de la aldea, danzando y cantando al son de la pandereta y de su voz virginal y argentina, corriendo sin cansarse á orillas del arroyo y buscando flores para adornarse mutuamente, parecia derramar torrentes de vida á su alrededor.

Pero ahora ya se acordaba apenas de aquellos dias de alegría infantil, y pálida y acongojada, asemejábase al

linda jóven á una de esas estátuas de mármol que se levantan sobre un sepulcro romano bajo las bóvedas de la iglesia de San Pedro.

IV.

D. Patricio procuraba con paternal afán para su hija todos aquellos placeres y todas aquellas distracciones honestas que podían alegrarla.

Sacábala consigo á paseo por los lugares mas hermosos de la selva, conducíala por aquellos sitios y parajes donde los labriegos se distraían de las faenas del campo y todos los lugareños la trataban con respeto, con deferencia suma y con aquella dulzura que nace de su carácter; y jugaba con ella y la contaba á todas horas mil historietas divertidas; pero todo en vano, á cada paso su pesar crecía y algunas veces una lágrima furtiva y ardiente abrasaba su mejilla.

D. Patricio, al ver aquellas lágrimas mal ocultas por su hija, sufría como puede sufrir un padre desventurado que ve escapársele de su vista de hora á hora la existencia de un ser tan querido como le era Matilde.

Y á veces el pobre anciano lloraba con aquel llanto amargo y doloroso que es el llanto del desconsuelo.

El que no habia llorado jamás, ni sentido miedo en lo encarnizado de los combates, entre el fragor de los cañones, lloraba y sentía miedo ante la orfandad tristísima en que iba á dejarle la muerte de su hija.

V.

D. Patricio, de conformidad con los médicos que ha-

bían cuidado á la niña, trató de realizar su proyecto sacándola á un pueblo cualquiera, donde con mas facilidad podria atenderla y distraerla.

Y eligió la ciudad de Orense por su clima templado, su bellissimo panorama y la vida activa, alegre y bulliciosa de sus habitantes.

Tenia todo preparado para el viaje y solo faltaba comunicarlo á Matilde; además queria apresurarlo porque los rigores del invierno estaban encima.

Era ya á principios de Diciembre.

Empero, la sorpresa del anciano fué grande cuando supo que su hija se oponia al viaje intentado, deseando permanecer allí.

—Pero no ves que aquí pelagra tu vida, hija querida? le decia.

—Aquí estamos bien, padre mio,—le contestaba siempre Matilde con un empeño tenaz.

Y ni las promesas, ni las descripciones, acaso exageradas, de la vida de las grandes poblaciones, con sus teatros y sus recreos, ni las súplicas de su padre consternado, bastaron á conmoverle.

—Aquí estoy bien—decia,—y si saliese de aquí, padre mio, creo que moriria mas presto. Yo quiero la luz de mi jardin porque estoy acostumbrada á ella y alegra mis ojos; yo quiero el aroma de mis flores, porque yo las cultivo y llena mi corazon; yo quiero la frescura de este aire en que he nacido, porque es el aire de mi niñez. Si me llevais de aquí, me sucederá lo mismo que á la camelia ó á la siempreviva trasplantadas á diverso clima; moriré.

Y D. Patricio, al escuchar aquellas palabras, sin atreverse á contradecirlas, se retiraba de la estancia enjugando con el pañuelo las lágrimas que caian de sus ojos.

VI.

Por fin, el pobre anciano llegó á sospechar, á comprender quizás, que algun secreto extraño se mezclaba en la existencia de su hija y determinó interrogarla arrojando de frente un sacrificio.

A este fin aprovechó una ocasion en que Matilde estaba, al parecer, un poco mas contenta.

D. Patricio fluctuaba por eso en la duda y temia á las consecuencias del paso atrevido que iba á dar.

Sondear un corazon virgen, es á veces despedazarlo.

—Tu padeces, hija mia, ¿por qué padeces?—le dijo.

—No lo sé, padre mio,—contestó Matilde.

—Acaso no lo sepas,—repuso el padre.—Hay dolores, hay tristezas que nos acometen, que nos debilitan, que nos acongojan y no sabemos por qué. Pero hay tambien dolores que son un secreto, dolores que matan el alma y que nadie sabe curar mas que un corazon amigo. Tu no tendrás secretos para tu padre, no debes tenerlos, porque yo, mas que un padre, soy un amigo, un compañero de tu vida y ningun pecho mas leal que el mio para depositar tus confianzas, para desahogar tus penas. A tu edad hay ilusiones, hay sueños, hay esperanzas; á tu edad comienza el alma á espaciarse en una nueva vida y si se le corta el vuelo por una razon cualquiera, puede peligrar la existencia. Las enfermedades morales son cien veces peores que las enfermedades fisicas; matan el alma que son la esencia de la vida. Yo no sé; pero tú tienes penas del corazon, tú tienes secretos y ¡ah! acaso algun desengaño prematuro viene á aci-

barar tu existencia. Sé franca con tu padre, ábreme tu corazon y dime lo que hay en él.

—Nada tengo, padre mio, que reprenderme en mis cortos años,—contesta la jóven á cuyos ojos asomaban las lágrimas.

—No es eso, hija querida,—replicó D. Patricio—lo que yo quiero deciros. Lejos de mi suponer en ti una mala accion; pero yo observo que padeces mucho; yo veo que no quieres distraerte y al contrario que procuras recluirte en una soledad perjudicial á tu salud y, en mi afan de padre, no estrañarás que procure sondear tu corazon y tu alma para saber lo que pasa en ella. Si es necesario, haré el sacrificio de toda nuestra fortuna para procurar tu salud y tu dicha; pero antes necesito conocer la causa de tu dolor. ¿Será tan desgraciado tu padre que no seas franca con él?

—Nada deseo, padre mio,—repitió Matilde—sinó permanecer en esta casa y morir en ella como murió mi madre, en vuestros brazos.

D. Patricio conoció que nada sacaria en limpio de sus preguntas y que por el contrario lo que hacia era afligir demasiado á su hija; por tanto, desistió de aquel propósito, dispuesto á averiguar por sí mismo con una atencion asidua lo que de ella no pudo conseguir.

Que alli habia un misterio, no le cabia duda.

Pero, ¡hay tantos misterios en la vida!

VII.

Tenemos que volver algunos meses atrás.

En el pueblo de Cristimil existia en 1858 una familia honrada y bondadosa; pero pobre. Con lo que se

prueba que no siempre la bondad y la honradez son el patrimonio de los ricos y favorecen los de la fortuna.

Aquella familia, con una fé creciente y siempre justa, buscaba en el trabajo asiduo y constante de cada día los medios de atender y cubrir sus necesidades mas perentorias.

Tres personas solas constituian dicha familia; el señor Rosendo Pimentel, su esposa la señora Gertrudis y un hijo de ambos, llamado Carlos.

El señor Rosendo y la señora Gertrudis frisaban ya en los sesenta años, y de su largo matrimonio de cuarenta, solo tuvieron aquel vástago que contaba veinte; asi que por esta circunstancia de ser único, cuanto por haber nacido tan tarde, le querian, no como todos los padres, sino con un cariño escepcional que rayaba en la idolatria; era un verdadero Benjamin.

Aquellos dos viejos estaban mas contentos con su hijo que un lord inglés con sus millones de libras esterlinas.

VIII.

Carlos era robusto, atlético en sus formas. En él existia esa fuerza precoz que es señal de haber sido enjendrado por un gérmen poderoso.

Era rubio, alto, de ancha y limpia frente en la que se revelaba al jóven travieso é inteligente. Sus ojos eran grandes y castaño-oscuros, su mirada intensa que mostraba una gran fuerza de intencion y voluntad.

Estaba en todas sus formas perfectamente desarrollado; en su pecho ancho y ligeramente abultado, en sus cabellos rizos y crespos, y en su tez morena y dura, se

observaba uno de esos hombres, verdaderos tipos de la montaña, hechos á propósito para la fatiga y los sufrimientos.

Vestia al uso de su pais, con sencillez y limpieza, pantalones de pardo monte, chaqueta de tarazona burda y un sombrero calañés de ala muy ancha. Una magnífica faja encarnada cubria su pecho, bajo la que se dejaba ver una blanquísima camisa del mejor lino del pais.

Aquel jóven no tenia otra instruccion que los consejos, siempre saludables, de sus padres y las máximas que en su infancia gravara el viejo maes tro de la aldea.

IX.

Un dia Cárlos habia ido á misa á la iglesia de Gre-sande y se quedó á la puerta del templo.

Debido á una de esas casualidades que no se esplican sino por sus efectos, cuando se tocan y palpan; pero que deben estar escritas en el misterioso libro de las criaturas, Matilde se habia quedado tambien muy cerca y al lado del sitio que ocupaba el jóven.

Ambos se vieron entonces por vez primera; mas al verse, sin saber por qué y sin comprender el cómo, sintieron á la par y simultáneamente una impresion fuerte en sus corazones, así como un latigazo, como un coche de electricidad.

Cárlos ya no pudo oir misa, ¡tanto le gustaba aquella niña! Y sin malicia, como quien no quiere la cosa y como quien no sabe lo que hace, preso el jóven de una tentadora emocion que llenaba de júbilo su alma, miró lo menos una docena de veces á Matilde de una manera sencilla, ruborosa, á hurtadillas.

Y Matilde, al fijar sus negros ojos en Cárlos, tambien sin saber por qué, se ruborizó, y por mas que quiso tornar á mirarle otra vez, á impulso de una curiosidad vehemente; no se atrevia. Sin embargo, con los ojos fijos al parecer en el suelo, le miraba de soslayo con una mirada dulce, pícara, seductora.

Y decia para sí: ¡Que mago es este hijo de la montaña y ¡que ojos atrevidos tiene!

Y ella, la niña inocente, tampoco oyó misa aquel dia.

X.

Toda la semana siguiente Matilde pensó en Cárlos y en si volveria á la misa el primer domingo, y le apenas la idea de que no volviese.

Y Cárlos á su vez pensó tambien todos los dias en la bella señorita de D. Patricio, como él la llamaba, y le parecian siglos los dias de la semana.

Todas las mañanas se levantaba de cama creyendo que era domingo.

El primer dia de fiesta, Cárlos, al toque de alba, ya estaba en el átrio de la iglesia de Gresande. Oyó una misa, mas bien dicho, estuvo á ella; pero Matilde no vino.

Hubo otra misa y tampoco llegó.

Cárlos se apesadumbraba.

Y pensó si estaria enferma ó si su padre habria emprendido algun viage con ella.

Y en esta confusion, en esta alternativa de ideas y pensamientos que multiplicaban su ansiedad, tocó por la tercera y última misa.

Entonces llegó la jóven y su corazon se dilató de

alegría al ver á Carlos en el mismo sitio del domingo precedente.

Inútil es hacer más comentarios sobre aquellas particularidades que mostraban una simpatía instintiva entre los dos jóvenes, simpatía que ya habrán calificado nuestros lectores.

Basta decir que así se vieron tres ó cuatro domingos seguidos y hasta rivalizaban por llegar primero.

XI.

Pasó algún tiempo.

Cierto día Carlos no volvió á su casa sinó que se quedó á la sombra de unos castaños cerca del jardín de don Patricio.

Era un día de calor.

Matilde, que por casualidad le vió desde una ventana en que tomaba el fresco, procuró hacer una escapatoria y mientras su padre dormía la siesta con la calma de un patriarca, pudo, fingiendo un encuentro fortuito, hablar á Carlos por encima del emparrado del jardín.

¿Qué se dijeron? No se sabe; porque hablaban en voz baja y sólo de cuando en cuando se percibía un acento tímido, inocente y se veía sonreír á Matilde y Carlos con esa sonrisa angelical que rebosaba castidad y placer.

Sus semblantes parecían teñidos con el jugo de una guinda y su voz se asemejaba al trino de dos pájaros que el oído del que escucha no comprende más que como el acorde de una armonía divina.

Así estuvieron breve rato y al despedirse miraron en derredor con recelo, enseguida se miraron de nuevo, hito á hito y ruborizándose se acercaron impelidos por

una fuerza magnética y..... un beso, el primer beso de amor, ardiente, apasionado, sublime porque era la fusion de dos almas, sonó como un chasquido en medio de la quietud y silencio de la atmósfera.

XII.

Desde aquel día ya no esperaban á verso en el templo, sinó que á menudo se encontraban bajo el emparado, aprovechando la ocasion en que D. Patricio se iba á la caza, á la que era muy aficionado y en que la ama de llaves, sin prever ningun peligro, se entretenia en las faenas domésticas.

Allí se amaron aquellos dos niños sin comprender, ni medir, en su desinteresado afán, el abismo que entre ambos abría la diferencia de hábitos, de educacion y de fortuna. Así tambien, en su inesperienza, iban marchando, ciegamente y sin miedo al despertar, por esa senda dulce, halagüeña y florida, de los amores que mas tarde conduce al desengaño, á la deshonra ó á la muerte.

Pero nó. Aquellos dos corazones se unian por una atraccion pura é irresistible y ni un pensamiento, ni una palabra habia empañado su castidad virginal.

Eran una azucena y un lirio que participaban de una misma sávia, de una misma brisa, de un mismo sol y tendian á estrechar su aroma en un comun recinto y á unificar su tallo.

Eran dos espíritus gemelos por el sentimiento.

XIII,

Mas como en esta pícara y engañadora existencia todo es variable y fugaz, la dicha de los dos jóvenes no podia completarse.

Como Carlos, para ver á Matilde, tenia que salvar una distancia de mas de media legua, su padre echóle de menos algunas veces y le alarmaron sus ausencias siempre injustificadas.

Espió sus pasos y todo lo descubrió.

Pero este descubrimiento no lo reveló ni siquiera á su esposa.

Por lo que toca á él, quedó aterrado, solo creia ver visiones y se hizo cruces porcion de veces pensando en el atrevimiento de su hijo.

—Habrás visto el atrevido!—decia por entre dientes.—¡Y como quería pegármela ese muñeco, llenando de infelicidad mi casa y la de un señor honrado!

Comprendió á donde el poco mundo, como suele decirse, conducia á su hijo, las desgracias que aquellos amores traerian sobre él si llegaban á descubrirse por don Patricio. Si bien su vanidad se enorgullecía de que un heredero de Rosendo Pimentel fuese el novio y amante de toda una señorita de rango y de pró como dona Matilde, su sentido práctico y su hombría de bien le hacian reflexionar y volver sobre sí mismo, desechando aquella tentacion de orgullo.

Desde entonces ya no dejó salir mas á Carlos de su lado y de donde pudiera alcanzarle siempre con la vista.

XIV.

Dura por demás era la esclavitud del jóven.

El cariño de su padre se habia tornado en tiranía.

Bien quisiera él mostrarle su corazon, decirle que aunque la fortuna le hiciera pobre, marcharia por el mundo á labrar su porvenir y un nombre para hacerse digno de la señorita de Gresande.

Mas todo en vano, porque su padre no entenderia aquella jerga ni aquella abnegacion, puesto que nunca habia amado como él, de aquella manera imposible, espiritual y ansiosa. En su tiempo, cuando llegaba junto á una moza de su calaña, de su temple y de su igual, se metia al hondo, como un buen torero, y nada mas. Allí no habia habido mas prosodias, ni mas miramientos. Me quieres, te quiero, y se acabó. Nunca aquella poesía de sentimientos, de esperanzas y de afecciones, que existia en Cárlos, habia hecho latir su corazon al requebrar á las boqui-rubias hijas de Cristimil. Si su padre lo supiese, de seguro calificaria sus proyectos de quimeras insensatas y de cosas del diablo, ó cuando menos, de una niñería y, aparte de lo que esto tenia de cruel para el amor del jóven, acaso se apresuraria á casarle por allí con alguna mujer de su estado y condicion.

Así que, el jóven, á quien el amor habia inspirado una ciencia superior á su condicion, la ciencia del sentimiento, comprendió el peligro que corria su libertad futura, guardó en secreto sus proyectos y esperó.

XV.

Matilde aguardó inútilmente muchos días á su amante, y como este no llegaba nunca, pensó ya que la habia olvidado.

—Que pérfidos son los hombres!—murmuraba.

Y desde entónces empezó á ponerse triste y á sentir los primeros síntomas de un mal que tan grave debia serle.

Un dia allá por el año de 1859, Carlos tenia que marchar á la guerra de Africa, y antes de partir, quiso su padre que fuese á despedirse de un tio que tenia en Gresande.

El jóven se alegró de ello, en medio de la tristeza que le inspiraba su marcha; mas tornó á entristecerse cuando supo que habia de acompañarle su padre. Se resigna, sin embargo.

Fueron allá y de regreso salió acompañándoles hasta las afueras del lugar el tio y una hija de este, moza, guapa y rechoncha de veinte abriles, retozona y fresca como una lechuga.

Rosa—que casi se llamaba esta—iba apoyada en el brazo de su primo, y de cuando en cuando enjugaba con la punta del delantal algunas lágrimas, tributo de sentimiento rendido á la partida del jóven.

Al pasar junto á la casa de D. Patricio, Carlos miró hácia las ventanas y vió á Matilde en una de ellas. Entonces por un movimiento rápido desprendióse de su prima, intentó simular un saludo de despedida; pero Matilde que viera cuanto necesitaba ver, habia ya desaparecido.

Cárlos marchó con el corazon lleno de posadumbre, si bien se hacia mil ilusiones de vencer en la guerra, de hacerse notable, adquirirse una reputacion, posicion y gloria, puesto que le prestaba ancho campo para grandes aspiraciones y ser mas tarde digno de la mano de la mujer que amaba.

—Ella es jóven y me ama,—decia—si la suerte es buena, todavia seremos felices.

Y con estas ilusiones, con el alma ansiosa de grandeza y el pecho lleno de ambicion, el pobre y valiente jóven despidiéndose de su familia, marchó á donde la voz de la pátria le llamaba.

Quince dias mas tarde, convertido en un guerrero y poseido de juvenil entusiasmo, pisaba las quebraduras del Riff.

XVI,

Los celos por una parte y el amor propio, ofendido, por otra, abrieron en el corazon de Matilde aquella brecha mortal que produjo en poco tiempo su consuncion y su rápido decaimiento.

La niña, que amaba á Cárlos de una manera delirante, habia sabido su partida y su alma toda se cubrió de luto y cayó su postrer esperanza.

Además que no le cabia duda ya que él, pérfido é ingrato, amaba á Rosa, que habia estrechado sus manos y que lloraba de amor el dia de su partida.

—No tornaré á verle,—decia para sí.—Se marchó sin decirme adios, sin llevar un recuerdo mio que le alentase en la lucha, sin darle el último beso. Pero, nó; ¿para qué quiere él mis besos que han perdido ya

todo su encanto y que deben ser frios como la muerte que germina en mis entrañas? Nó; él no quiere mis caricias, porque ama á Rosa y estrechó cariñosamente su mano que temblaba de emocion. No volverá, quizás, de esa guerra en donde hallará la muerte á cada paso ante las armas enemigas y bajo la influencia maléfica de un clima mortífero, mas aunque vuelva ya, no volverá para mí. ¡Adios, Carlos! ¡Adios, ilusiones! ¡Adios, esperanzas!

Y entonces la pobre niña se deshacia en llanto y se secaba su alma.

Y aquella soledad, aquel pesar continuo, aquella ánsia ardiente como la llama del Vesubio, aquellos celos tenaces y sombríos turbaban su sueño con pesadillas opresoras y sofocantes y envenenaban su alma casta y pura con un tormento de muerte.

Sus imágenes eran sombras negras y vaporosas como los fantasmas del infierno, aterradoras como los espectros descarnados de un cementerio. ¡Pobre flor! ¡Abierto su capullo en un campo estéril, herido su pétalo por un sol de fuego, tornaba á cerrarse agostado por todos los contratiempos de la vida en un solo instante!

A veces se miraba al espejo y observaba la descomposicion de aquellas líneas, antes tan iguales y perfectas, su semblante livido y demacrado, sus ojos velados por una aureola de color cárdeno, con todos los estragos que el sufrimiento hacia en ella, con una rapidez vertiginosa, á cada hora y á cada instante!

Entonces se la veia sonreir con la violencia nerviosa de una loca á veces, y á veces con la languidez de un niño.

Y exclamaba con acento doloroso:

—¡Que triste es morir tan joven!

XVII.

Así pasó algun tiempo.

Don Patricio no se separaba un momento del lado de su hija.

Salía con ella todas las tardes de buen tiempo á dar un paseo por el jardin ó por los alrededores; tornando luego á casa.

Pero trascurridos algunos meses, Matilde ya no tenia fuerzas ni para moverse, ni aun para hablar.

Una calentura ardiente devoraba sus entrañas y al menor movimiento la sofocacion y grandes accesos de tos la acometian, poniéndola en gran peligro.

La quietud, el silencio y el abrigo, eran las únicas cosas que le convenian.

El anciano padre esperaba de dia en dia el golpe funesto y estaba ya resignado, porque la ciencia habia agotado ya inútilmente todos sus recursos.

Este golpe no tardó.

Matilde leía todas las tardes, buscando afanosamente noticias de su amante, los periódicos de su padre que hablaban de las operaciones militares de la guerra de Africa. En algunos hechos de armas se habia dado ya á conocer Carlos, y Matilde sabia que habia conseguido el grado de alférez. Estas noticias llenaban el corazon de la niña de un bálsamo consolador, y al leerlas, en su afan amoroso, sentia renacer sus esperanzas.

Pero toda esa ilusion de un instante, se evaporaba como una espiral de humo ante un remolino de viento.

El dia que nos ocupa, casi á mediados de Marzo de

1860, Matilde se hallaba sola en su habitacion y cogió, como siempre, el diario, y no tardó en encontrar en una de sus columnas la descripción del hecho de armas ó sea de la batalla del día cuatro del mismo mes. A su final se hallaba una relacion de la oficialidad perdida en aquella batalla y en ella figuraba, en la carilla de los muertos, lo siguiente: Alféreces, D. Cárlos Pimentel y Neira.....

Matilde, al leer este nombre, dió un grito, sus ojos inmóviles y fijos y todo su cuerpo como petrificado sobre su asiento.

El diario cayó de sus manos á tiempo que D. Patricio entraba en la habitacion al escuchar aquel grito que desgarró sus entrañas.

El anciano miró á su hija inmóvil, yerta, rígida como un cadáver, pálida como una flor de azucena y la cogió en sus brazos, trasportándola á su lecho.

Creyendo que aquello no fuese mas que una convulsion que luego desaparecería, no quiso llamar á nadie.

Y así esperó un buen rato el término de aquel ataque, comprendiendo que la jóven conservaba aun la vida por los latidos, si bien débiles y tardíos, de su pulso.

Aplicóle al olfato algunas sales que tenia á mano y Matilde comenzó por abrir los ojos. Pero su vista estaba estraviada, opaca, sin brillo, sin luz.

A pocos momentos hizo una leve contorsion y arrojó por la boca un golpe de sangre. Luego estremeciósese convulsivamente en toda la estension del cuerpo, enrojeciéronse sus mejillas súbitamente, lanzó un suspiro y tornó á quedarse inmóvil.

Una palabra íconexa asomó á sus lábios con una sonrisa sosegada y tranquila.

No existia.

XVIII.

Han pasado dos meses desde los sucesos narrados en los capítulos precedentes.

En una noche de Mayo, bella y apacible como todas las noches de primavera, en que el rocío sembraba perlas sobre las flores y en que la luna iluminaba aquellas flores, convirtiendo en diamantes las perlas, entraba en el cementerio de Gresande un hombre, envuelto en una ancha capa.

Iba solo, y por su andar trémulo y descompasado, como si fuese un ébrio, conociase que aquel hombre iba empujado por una ansiedad mortal ó por un gran temor.

Atravesó pausadamente las gradas del pórtico y se dirigió hácia la derecha, deteniéndose junto á un sepulcro, situado bajo un lloron.

Aquel sepulcro encerraba los restos de Matilde.

Una estensa nube interceptaba los rayos de la luna y una completa sombra se proyectaba á lo largo del camposanto.

Por un buen espacio de tiempo, aquel hombre en quien el lector reconocerá á Carlos Pimentel, el cual era ya teniente, se mantuvo en pié con los brazos cruzados y con los ojos fijos sobre la huesa, cual si fuera la estatua del dolor ó el génio ó espíritu de los sepulcros.

Terribles y angustiosos pensamientos debían cruzar por su cerebro, crueles y pavorosos fantasmas herían sus ojos, y profunda y dolorosa emoción embargaba su alma.

Latiale con furia el corazon y un copioso sudor brotaba de su frente.

Largas habian sido sus fatigas, grandes sus trabajos, inmensas sus penalidades y sufrimientos y ¿para qué? ¿Para qué sus sacrificios, la esposicion de la vida en los combates, la alegria del triunfo y las ilusiones de sus ascensos? ¡Ah! Para poder solamente contemplar aquel pedazo de tierra que encerraba en su seno el objeto de sus ansias, de sus esperanzas, de sus glorias.

Y ¡la muerte, harto cruel, habia reservado su vida en tantos peligros para aquel sacrificio superior á sus fuerzas y toda su ambicion, todos sus sueños no eran ya mas que un poco de polvo, una pavorosa sombra!

Entonces una palabra terrible asomó á sus labios; pero no la pronunció! La santidad del lugar contuvo en ellos una horrible blasfemia.

XIX.

Arrojó el jóven su capa, como obedeciendo á un pensamiento preconcebido.

Sacó un pequeño instrumento que traia consigo y levantó la lápida; removi6 sin cejar la tierra y descubrió el ataud.

El corazon de Carlos se comprimió, al tocar aquella madera húmeda, sus manos temblaron, sus ojos parecian querer saltar de sus órbitas y su cabello se erizó. Pareciase á un espectro.

Sacó, como pudo, el féretro y al tenerlo ante sí fuera de la losa, echó una mirada en derredor.

Todo estaba en silencio.

Enseguida cojió al hombro la tumba y empezó a cor-

rer como un loco por la pendiente hácia el *Pico de la Cigüeña*.

Llegó jadeante á la cumbre. Posó su carga sobre una roca, limpió su frente y descansó un momento.

Su conciencia entonces se rebeló ante la profanacion que acababa de hacer y figurábase que de dentro del ataúd salía una reconvencion.

Apoderóse de él el terror y parecíale que mil brujas, simulando infernales contorsiones, danzaban en torno y que las nubes se teñían de sangre.

Y ocultó su cabeza entre las manos y cerró los ojos ;pero, empeño inútil! á través de las sombras de su cerebro, á través de sus párpados y de sus manos veía lo mismo.

Parecíale que la cumbre giraba en mil vueltas y que giraban tambien las montañas próximas y los valles y un ruido infernal hería sus oídos.

Era la sangre que bullía en su cabeza, era el delirio.

Y cási maquinalmente tornó á cojer su instrumento y, poniéndose de rodillas abrió la tumba.

Y al descorrer el sudario, un rayo de la luna brilló de una manera fantástica sobre el semblante de Matilde....

Una ráfaga de viento levantó y agitó los miasmas pútridos que exhalaba el cadáver, y Carlos, al querer tronchar un mechón de pelo y depositar un beso, el último de su alma, en aquellos lábios helados, no pudo mas que inclinar la cabeza y quedó muerto abrazado al féretro.

Se había envenenado.

EPÍLOGO.

Al dia siguiente, todos los habitantes del pueblo de Gresande se hallaban alarmados con el suceso. Corrió

la voz y gentes de todas las aldeas del contorno fueron á verlo.

Don Patricio hizo restituir el cadáver á su primitivo lugar y se efectuaron grandes honras fúnebres por el descanso de las almas de los dos jóvenes, cuyos cuerpos yacen en una misma sepultura.

Les separó la vida y les unió la muerte. ¡Triste tálamo!

Hoy día aún se cuentan varias anécdotas sobre aquel suceso y los chicos pequeños todavía no se atreven, después de cerrada la noche, á acercarse al *Pico de la Cigüeña*, porque han oído que allí pena el alma del joven soldado.

Don Patricio, el señor Rosendo y su buena esposa la señora Gertrudis han pasado á mejor vida poco tiempo después de la pérdida de sus respectivos hijos.

Rosa está casada con el sacristán de la parroquia y hace las hostias al señor cura. Tiene dos robustos niños, que sirven de monaguillos en la iglesia, y á los que el párroco acaricia con ternura paternal.

Marzo de 1872.

EL AVE BLANCA.

(FANTASIA.)

I.

Pablo estaba siempre triste.

Su tristeza era de amor.

Amaba un imposible, porque amaba con todas las fuerzas de su alma á una muger que con todas las de la suya, idolatraba á otro hombre.

Aquella muger era bellísima hasta la ansiedad; la Vénus de Milo, la Fornarina de Rafael.

Y el hombre que ella amaba era también joven y hermoso: el Apolo de Belvedere.

Pablo tenía un alma sensible, muy sensible; un corazón generoso, muy generoso; un alma grande, muy grande y muy hermosa; pero no era bello, ni mucho menos.

II.

Cuando consideraba que no podia competir con su afortunada rival, el dolor traia las lágrimas á sus ojos y aquellas lágrimas, cual la lava ardiente de un volcan, abrasaban su corazon y su alma.

Y los celos, cual un cáncer roedor, despedazaban su pecho. Su salud se quebrantaba profundamente y su espíritu se apenaba cada vez mas.

Padecia una de esas enfermedades morales, que son mil veces mas terribles y destructoras que las enfermedades fisicas, porque llevan á la muerte por un gran desequilibrio en las fuerzas naturales, por la demencia ó por la consuncion.

¡Pobre Pablo!

III.

Era una noche tétrica y sombría:

El viento, batiendo la copa de los árboles y las paredes de los edificios, simulaba el eco quejumbroso de un alma en pena que se cierne por los aires sin descanso. El relámpago, rasgando con su luz rogiza las tinieblas y retumbando de cerca el fragor del trueno, llenaban el corazon de terror y espanto.

Parecia haberse realizado la prediccion apocalíptica y que los ángeles de la eternidad llamaban á los muertos al solemne juicio final.

En aquella noche, tan triste como los pensamientos de Pablo, tan oscura como los abismos de su alma, tuvo este una vision.

Acababa de acostarse y se apoderó de él ese sueño que no es sueño, que era como una pesadilla ó un delirio.

Y soñó.

Y al soñar sintió como un vértigo de debilidad en su cabeza y de frio en su corazon.

Y despertó.

Las sombras le rodeaban, sus pensamientos tomaban forma humana ante sus ojos, *ella y él* estaban allí, rientes y satisfechos por los placeres del amor.

Y su alma, el alma de Pablo, se aterroró.

IV.

Y como era presa de la fiebre, trató inútilmente de reponerse.

Volvió á soñar un sueño agitado, nervioso.

Y entre las visiones que se presentaron á su mente, vió á su rival feliz por caricias embriagadoras, íntimas.

Y vió tambien volar un ave blanca sobre su cabeza, atravesar el espacio con la rapidez de un meteóro y perderse en un lejano horizonte.

Y en seguida tornó á despertar.

Estaba bañada de sudor su frente y lleno de angustia el corazon.

Temió volver á soñar y no durmió más aquella noche.

El ave blanca era su ilusion purísima que creia haber perdido para siempre y, al atravesar en raudo vuelo la bruma de la tempestad con que habia soñado, ya se habia despedido de él para no volver jamás.

Pablo, pues, pensó que la felicidad no podría existir para él.

Y en esta presuncion lloró largos dias el error de su destino.

¡Pobre Pablo! ¡pobre jóven!

V.

Pero el ave blanca como la paloma de Noé, volvió.

Y trajo en su pico el ramo de oliva.

Es decir, la felicidad.

Pablo comprendió, por fin, que esta consiste solo en aspirar á lo que podemos conseguir en esta vida, sin violentar la fuerza del destino.

La reflexion entró en su alma y desechó como perjudiciales las aspiraciones imposibles de su vida pasada.

Fué un verdadero arrepentimiento que curó sus dolencias y dejó intacta la grandeza de su alma para las empresas grandes y generosas.

Hoy Pablo, al recordar aquellos sueños de otros tiempos, todavía siente tristeza; pero es la tristeza sublime del pecador que se ha arrepentido.

Pablo es feliz.

Y cuando sueña con la paloma blanca, su sueño es alegre y tranquilo, porque la cree precursora de grandes dichas y de inefables satisfacciones.

Noviembre 23 de 1878.

II

A TRAVÉS DE UNA CORTINA.

Elena tenía unos ojos tan grandes y tan hermosos que daba miedo el mirarlos.

Su semblante era ovalado, de líneas puras y correctas; su tez blanquísima, bañada ligeramente por un tinte de carmin y rosa; su nariz pequeña con sus alas dilatadas y flexibles como si las moviera el deseo; su frente ancha como la de las vírgenes griegas, su boca pequeña, su dentadura diminuta y blanca como el alabastro, su seno mórvido y turgente y sus cabellos dos gruesas madejas de finísima seda, negros como el azabache.

Era, pues, Elena, lindísima hasta la adoración.

Y cuando sonreía, y sonreía casi siempre, enloquecía de amor á aquel á quien dirigía su sonrisa.

Y cuando cantaba, le tenían envidia las calandrias y los ruiseñores.

Por eso todos amaban á Elena, todos se morían por ella.

II.

Casimiro era un joven entusiasta; pero iluso y como iluso, desgraciado.

Sus aspiraciones eran grandes como su alma. No cabian en el estrecho molde de las aspiraciones vulgares que son las mas comunes, y tenia el infortunio de que aspiraba siempre á los imposibles.

En su parte física era una figura pasadera, porque el hombre es siempre pasadero como no sea feo como Satanás: en su parte moral era un bobalicon, una calamidad.

La pasión mas grande de su alma, la que mas le dominaba, la que constituía para él una monomanía, una enfermedad, era el amor; pero el amor heroico, el amor á lo sublime, á lo novelesco, á lo dificilísimo.

Procuraba encontrar en su vida lo que pocos han encontrado, lo que él habia buscado en vano siempre, un alma que comprendiese la suya asemejándose á ella, un corazon que latiese al compás del suyo por unas mismas sensaciones, un verdadero ángel que aquí abajo, le cogiese sobre sus alas y le llevase en raudó vuelo de felicidad hasta las alturas olímpicas del séptimo cielo.

Era un pobre enfermo que habia soñado.

Y sus sueños, sueños eran.

Nada mas que sueños.

La empresa de su alma era colosal y jamás se realizaba, porque jamás se realizan los pensamientos de un delirio, y porque es punto menos que imposible encontrar ese molde que se ajuste perfectamente al molde de nuestros deseos, de nuestras esperanzas, de nuestras ilusiones mas íntimas.

¡Dichoso el que le halla, porque él solo es feliz y dichoso aquí, donde son desgraciados tantos!

III.

Un día pasaba Casimiro por la calle y pudo ver, así como de sorpresa y á través de una cortina, el semblante de Elena.

Un rayo le hirió de muerte. Verla y ofuscarse, fué obra de un momento. Un rayo del sol clarísimo de estío no le hubiera deslumbrado mas.

Se quedó parado de repente, cual la estatua de Lot al mirar atrás; su corazón latió con fuerza inusitada y quiso mirar de nuevo.... pero la cortina se habia corrido, el encanto se habia deshecho, Elena no estaba allí.

Lo que pasó por el alma de Casimiro en el breve tiempo de un segundo, las imágenes y creaciones de su fantasía que cruzaron su cerebro en aquel momento, no son para contadas.

Un nuevo mundo de dichas y de misterios se abrió á sus ojos, pero era un mundo tan grande tan inmenso, que tenia miedo de entrar en él.

El amor le habia herido sin compasion y era un amor oscuro como un problema, porque amaba sin saber á quien.

IV.

Mil veces presa de un vértigo mas poderoso que él, pasó Casimiro por aquel sitio; mil veces volvió á ver á

Elena, siempre bella, siempre radiante, siempre incitadora; pero mil veces la cortina ha tornado á correrse sin que él tuviese tiempo de saciar sus ojos mirándola.

Y en cada uno de aquellos momentos que la veía así á medias, le parecía ver entreabiertas las puertas del Paraíso, algo de esas grandezas inefables que son exclusivas de las gerarquías celestes que rodean el trono augusto de Dios, el esplendor infinito de los arcángeles y de los querubes.

Y estático y lleno de fiebre y de deseo, exajerado en sus concepciones, como lo era en la pasión de su amor, contemplaba aquellas cortinas, aquel pedazo de muselina blanca, detrás del cual se ocultaban misterios profundos de amor y de dulces goces.

¡Pobre mente enferma, que tomaba ya de antemano como sucesos reales, las quimeras de su delirio!

Desesperado ya, procuró buscar un pretexto para hablar á aquella mujer que tanto interesara su alma. Era necesario jugar en un albur todas sus ilusiones, era necesario saber á qué atenerse.

Veámos como encontró ese pretexto.

Elena tenía un canario encerrado en su jaula.

Una mañana, al echarle de comer, ella se descuidó y dejó la puerta abierta. El canario se escapó, mas lo hizo tan á ciegas, que en su vuelo tropezó con Casimiro que, en medio de la calle, contemplaba por milésima y una vez, la dichosa cortina. Cojió este el pájaro á tiempo que la joven salía hacia la puerta en su busca.

Casimiro, temblando de emoción y deslumbrado de nuevo, porque Elena estaba mas hermosa, si cabe, vestida á la *negligé*, así con cierto abandono, hijo de la precipitación con que el pájaro se fugara, y sin cortinas por delante, se acercó á ella y le entregó al imprudente que tuvo la desgracia de volver á su prisión.

Al propio tiempo y entre cuatro sandeces que intentó articular en otras tantas palabras, confuso y amedrentado como un niño de escuela á quien van á examinar de la doctrina cristiana, se arrojó á sus piés para no malograr la ocasión y la hizo una rápida declaración de amor.

Al terminar bajó los ojos, llenos de pesadumbre, como el reo que espera una sentencia de muerte. El pobre jóven sufría, porque el amor era una verdad.

Pero Elena soltó una carcajada estrepitosa, y al sonido de esta carcajada, que hizo en los oídos de Casimiro el efecto del estridente chirrido de las cadenas del infierno, apareció en el dintel de la puerta inmediata el marido de la jóven, quien, á su vez, se rió con toda la fuerza de sus pulmones, al observar la cómica posición del infortunado amante.

La frente de este se tiñó de rubor y de luto su corazón. Salió de aquel lugar maldito sin levantar la cabeza, sin volver su vista atrás.

VI.

Al día siguiente las campanas de la parroquia tocaban á muerto.

Casimiro, lleno de dolor y de vergüenza por su decepción, se habia pegado un tiro.

Elena comprendió que, sin quererlo, habia causado una gran desgracia y lloraba la ocurrencia de su pobre pájaro que con su fuga inoportuna diera márgen á aquella catástrofe. Acaso en su corazon estaba ya la memoria del muerto; pero muerta como él y como él triste y pavorosa.

El marido de Elena, temiendo que llegase un dia en que tuviese que pegarse un pistoletazo, porque para él tambien existian otras Elenas, tuvo lástima de Casimiro y casi estuvo por perdonarle su atrevimiento.

Pero lo mas notable de todo era que le perdonaba despues de muerto.

Noviembre 28 de 1878.

UN DESAHOGO.

Héme aquí con la pluma en la mano sin saber que escribir.

Y la verdad es que no es necesario que yo escriba nada.

Pero deseo pasar el tiempo y mitigar, siquiera un poco, esta pena negra que me mata.

Tengo dolor, tengo ánsias, tengo ilusiones, tengo todo lo que amarga una existencia; pero no tengo lo que la ilumina, no tengo felicidad.

Mi musa infeliz duerme, mejor es que no despierte.

¿Para qué? Solo lo haría para lanzar ayer tristes y desconsoladores que no producirían en el que los oyese, mas que..... hilaridad, compasión tal vez.

Es muy triste la compasión ajena, mas triste que la pena misma.....

La felicidad no está en el oro, ni siquiera en el bienestar producido por los intereses y comodidades egoístas de la vida, porque son inseguras y efímeras, se halla exclusivamente en la paz del corazón.

¡Dichosos los que tienen el corazón tranquilo, dichosos los que nada ansían, dichosos aquellos, cuya existencia discurre tranquila, como las aguas de un lago

que la tempestad no empuja, sonriente como una mañana de primavera, cuyo cielo no empaña la mas ligera nube!

¡Dichosos mil y una veces, dichosos siempre, aquellos que cuentan en una larga existencia miriadas de horas alegres y satisfechos, sin que el mas leve pesar les haya causado una hora de desazon y de tristeza!..

Empero he dicho quizás mal al afirmar que la felicidad no está en el oro, porque á estas horas debe ser muy feliz aquel mortal venturoso á quien haya tocado el premio gordo.

Diez millones! Ahora comprendo que dije mal, porque diez millones son para muchos la felicidad diez veces.

El que tuviera un millón no tendria penas, compraria la felicidad á cualquier precio. Y suponiendo que la libra de felicidad—ponderable, por supuesto—valiese á cinco pesetas, tendria en su poder cincuenta mil libras, y tanta felicidad abrumaria á cualquiera.

Pero, nó. Yo no deseo para mi felicidad esos diez millones.

Lo que ansio, lo que es superior á la gloria, lo que para mí vale mas que la bienaventuranza, lo que convertiria á mis ojos y para mi alma este mundo en un edem de perdurables dichas y de alegría inefable, es casi un imposible y no se compra con el dinero.

Se compra, acaso, con lágrimas.

Y de lágrimas tengo yo un tesoro.

EN UN CEMENTERIO.

I.

No me hallo como Volney, sobre las ruinas solitarias de una ciudad antiguamente populosa y luego desierta y abandonada.

Estoy simplemente en un cementerio de aldea, rodeado de sombras y de pavores.

La tarde termina y la noche viene. Es una noche como lo son casi todas esas noches de Diciembre en que la luna no las ilumina y en que una densa bruma envuelve el horizonte.

Esa bruma, en el lugar que ocupo, se parece á un inmenso crespon funerario que cubre el cementerio.

Un viento Sudoeste y frio azota mi semblante y al pasar, rozando las paredes del templo y batiendo el ramaje de los cipreses y los llorones, produce ese gemido quejumbroso que imita el ¡ay! lúgubre de los moribundos.

Aquel gemido espanta y aumenta el pavor de sitio tan solitario y tan triste.

II.

¿Qué de recuerdos, qué de pensamientos traen á mi imaginacion esta soledad y estas sombras.

Aquí bajo estas losas, mudas como el silencio que las rodea, yacen cien generaciones de un pueblo, reducidas á un poco de polvo.

Aquí en un corto pedazo de tierra se encuentran hacinados, mezclados, confundidos, los que un día fueron amigos y enemigos, parientes y extraños.

Se hallan enlazados por el indisoluble abrazo de la eternidad.

Aquí en un pequeño recinto caben aquellos que no cabían en el mundo por la expansion de su poderío y de sus ansias, por lo ilimitado de sus ambiciones.

Aquí, bajo mis piés, se halla la tierra húmeda y fangosa, porque la amasa, digámoslo así, y la filtra la sávia humana.

Y allí un poco lejos, en un rincon del átrio, se vé un inmenso osario de cráneos y tibias que son propiedad de los que precedieron en las huesas á los que se hallan en ellas.

Hasta en el cementerio se realiza el desaucio; pero sin formas jurídicas.

El juez sin apelacion, es el sepulturero.

Los medios de ejecucion. el azadon y la picaraña.

El alguacil, un sacerdote.

¡Triste ministerio!

III.

¿Qué han encontrado los que ahí yacen bajo esas lápidas.

Los que han tenido fé, encontraron abiertas las puertas del Paraíso, á donde un día irán á disfrutar los empíreos goces esos pedazos de materia inerte y nauseabunda; *porque para ellos la muerte es el principio de una vida eternamente venturosa.*

Los que no creyeron, encontrarán el principio de la nada é irán á evaporarse en miasmas, á trasformarse y constituir otros seres distintos y diversos: *porque para ellos la muerte no es mas que la metamórfosis perdurable de la materia orgánica.*

Los que han sido pobres y desgraciados, agobiados constantemente por el infortunio, mantenidos por la caridad pública y sedientos de justicia, han encontrado el descanso en el fondo del sepúlcro; *porque para ellos la muerte es la meta deseada tras la que siempre han corrido con vehemente afán.*

Los que han sido ricos y dichosos, han encontrado allí el inexorable nivelador de toda existencia humana, *porque ellos no se habian detenido á pensar todavía, en el esplendor de sus orgías, que el pobre, el débil y el enfermo eran sus iguales.*

Ah! Las puertas del sepúlcro revelan á los muertos con una aureola de luz, misteriosa para nosotros los vivos, todos los arcanos de la eternidad.

IV.

Por una evolucion de mi espíritu, reconcentrado sobre si mismo, excitado por la fiebre del sentimiento, se me figuraba estar oyendo dentro del templo los lúgubres cantos que forman el oficio de difuntos.

Y veia levantado un altísimo catafalco, cubierto con un manto negro, rodeado de cirios de luz ténue y oscilante y al que servia de remate en su cima, como un trofeo funerario, una escueta calavera.

¡Cuanta sublimidad en cada uno de los versículos de aquél canto! ¡Cuanta tristeza en cada una de las notas de aquella salmodia fúnebre!

El aparato que rodea á la muerte, es triste como la muerte misma.

Y para que veamos con cuanta verdad se explica lo efímero de la existencia del hombre en la tierra, escuchemos esos versículos de la Escritura.

«Acuérdate de mí, Señor, que mi vida es viento»!...

«Mis días han declinado como la sombra y yo he sido segado como el heno del campo »

«Hé aquí que dormiré en el polvo y si mañana me buscarés, ya no existiré.»

«Acuérdate, hombre, que eres polvo y en polvo te convertirás.»

V.

¿Para qué ilusiones, para qué esperanzas, si la existencia no llega para concebirlas y menos, por lo tanto, para realizarlas?

¿Para qué afanarnos tanto en las cosas de la vida, para qué luchar sin trégua á fin de adquirir comodidades, posicion y gloria?

Ah! Todo termina ahí debajo de esa huesa donde ya no se siente el ruido de las luchas humanas, donde ya no son posibles las ambiciones, donde una inscripcion, que borrará el tiempo, es la sola memoria del que antes existió y que yace olvidado ya de sus amigos, de su familia.

El mundo le dió su despedida al depositarlo en el lecho en que duerme. Todo lo que hizo antes ha sido en vano.

Su patriotismo una ilusion, su gloria una ilusion; su virtud otra ilusion, é ilusiones fueron su fé, su constancia, sus sacrificios, sus lágrimas, sus dolores, su amor á la humanidad.

VI.

Si todos los que yacen en esos sepúlcros irguiesen de repente sus esqueletos y recobrasen el uso de la palabra ¡cuantos misterios nos esplicarian! ¡Cuanta luz reflejarían sobre nuestra mente!

Oh! Quien pudiera evocarlos, quien pudiera decirles: ¿Existe esa eternidad de que nos hablan los doctores de la religion? ¿Hay en esa eternidad un Ser que castiga al hombre por el solo delito de ser hijo de Adán? ¿Hay allá en los abismos inconmensurables del mundo en que habitais un Juez inexorable que os condenó á pena eterna, porque habeis cedido en vida á los apetitos de la naturaleza frágil con que El os creó? ¿Hay allá un Dios que sabia en su mente infinita que habiais de condenaros antes de que existiérais?.....

Pero acaso los muertos no contestasen, porque ello no pueden revelar los arcanos del otro mundo.....

VII.

.... Cuando yo me hallaba abismado en estos pensamientos á que la hora y el lugar se prestaban, hirió de repente mi oído el toque vibrante de la campana al anunciar el *Angelus* de la tarde.

Saqué mi sombrero, caí de rodillas sobre la primera sepultura y oré.....

Ignoro cuanto tiempo estuve allí, pero helado por el frío que me restituyó á mi verdadera situación, emprendí el camino de mi casa con el corazón oprimido.

Mi estancia en el cementerio me ha causado una emoción profunda, de la cual no me hallo repuesto en este instante.

Tal vez aquel sitio me llama, porque me espera.

Es el abismo que llama á otro abismo.

Es el vértigo que hace enloquecer mi cabeza.

Noviembre de 1878.

ANTE UNA TUMBA.

I.

En la tarde del día 2 de Noviembre último, que la iglesia católica dedica á la conmemoracion de los difuntos, penetraba yo en el cementerio de este pueblo para visitar el sepulcro de los individuos de mi familia política que yacen en él.

Un cementerio de aldea no es el cementerio de una gran ciudad, á donde concurre gran número de personas de todas las clases sociales en verdadera romería, convirtiendo el acto tristísimo de un recuerdo triste tambien, en paseo de alegres devaneos y tal vez en enredo de amores, ó cuando menos, de fútil pasatiempo; y donde se miran grandes mausoleos ó panteones que la vanidad de los vivos consagra á los muertos, intentando aun establecer una irrisoria desigualdad mas allá de la vida, y multitud de coronas artificiales y pedantescos versos en memoria del que no existe ya en la de nadie, ni siquiera en la del que allí les coloca, quien, acaso, no obedece mas que al sentimiento de esa misma vanidad.

El cementerio que yo iba á visitar, estaba cási desierto; no se oía en él mas que el sonido lúgubre y acompasado que producía, al pisar sobre el pavimento, alguna que otra persona que iba allí á llorar á un ser querido y mas allá, en un ángulo del átrio y al abrigo de las paredes del templo, la voz gangosa del capellan de la parroquia que entonaba el *Memento*, siempre que un alma bondadosa arrojaba en la caldereta del agua bendita la *limosna* establecida al efecto.

II.

Yo no puedo penetrar en un cementerio sin conmoverme, porque me parece que penetro en los umbrales de la eternidad.

El silencio de la muerte, ese eco que se produce á mis pasos como si repitiese los gemidos del abismo, hablan á mi alma un lenguaje de misterios que me espanta y me llena de pavor.

El aire que allí se respira me parece mas frio y mas pesado, á fuer de lo que tiene de insalubre; la luz que me envuelve se me figura mas opaca, rogiza como el humo del incienso, oscilante como la llama del cirio que rodea el catafalco de un funeral.

No temo confesarlo: un cementerio me inspira miedo.

A veces creo que las lápidas tiemblan, que luego se levantan y en pos de ellas surgen los muertos, envueltos en blanco sudario y en terrible algarabía penetran en el templo á cumplir votos que habian hecho en vida.

Se me ocurren al momento cuentos que oí en mi niñez, y de ahí mi miedo; pero ni los muertos se levantan, ni las lápidas se mueven.

III.

Me repuse de mi temor pueril y seguí hasta el sepulcro de los míos. Caí de rodillas y oré... oré y lloré, porque nadie que ame la memoria de los muertos, puede separarse de ellos sin llorar, y... yo menos que nadie, pues, combatido por desventuras constantes y por achaques crónicos, veo siempre la huesa abierta ante mis piés...

Pagado aquel tributo, me levanté; pero al querer abandonar aquel recinto, oí á mi lado una voz que me llamaba. Era la de mi querido amigo el jóven médico Vicente Carballo, que se hallaba sentado bajo la copa de un lloron, sobre una de las banquetas que circuyen el átrio.

Acerquéme á él y sin que tuviese tiempo de darle un abrazo por saludo, como suelo hacerlo siempre, me dijo: —Mira.

Y miré efectivamente y vi, en el sitio que me indicaba, una lápida recientemente colocada que contenia este solo nombre y esta sola fecha:

ENRIQUE

1878.

Como estoy acostumbrado á ver lápidas adornadas con mil mamarrachos y con estupendas y nécias inscripciones, por lo enfatuado de su contenido y por los defectos de su ortografía, me chocó por contraste aquella sencillez y le dije:

—Reciente es esta defuncion, acaso inspiraste tú esa inscripcion sencilla y el muerto seria amigo tuyo.

—No conociste á Enrique Alvarez?—me preguntó.

Le conocia solo de nombre,—contesté—y ni sabia que habia muerto.

—Ya se vé—repuso—era un carácter escéntrico, poco sociable y por eso pocos tambien le trataban. Tenia un corazon de oro, pero sufria mucho y cási siempre, y sus dolores le apartaban de sus semejantes, porque temia ser molesto. Su vida era una eterna noche. Dios le ha redimido de la vida que soportaba como una carga insostenible y descansa en paz.

Ha alcanzado lo que siempre ansió, porque para él la muerte era el término de una existencia de tribulacion y de cansancio.

—Grandes debieron ser sus penas,—dije yo—y acaso sufriria amargas decepciones en el curso de su vida.

—Grandes y muy grandes, y puesto que tú tienes algo de poeta y el lugar se presta, te contaré su breve historia, si quieres escucharla.

—Con mucho gusto,—repliqué—soy todo oidos.

IV.

Y sentándome á su lado y arrebujándome en mi capa, porque hacia un frio insoportable, me preparé á escuchar.

--No vayas á creer—continuó Carballo—que soy un Victor Hugo para describirte la breve, aunque interesante historia de Enrique, con esa grandeza de imaginacion que da sentimiento á la frase, seré simplemente un narrador. La pasion que sobre otras pasiones do-

minaba á nuestro pobre héroe, era el amor. Jamás le sintió como le sienten muchos, como acaso le siento yo, como un capricho, como un entretenimiento, como un recurso, como una necesidad natural, como una ilusión fugaz cual lo son todas las ilusiones de los sentidos; para él el amor era la poesía del sentimiento, era todo dulzura, todo entusiasmo; era uno de esos afectos que una vez germinan en el alma duran siempre, duran tanto como el alma, porque forman su esencia, son eternos como ella.

Cuando su corazón se abría á la expansión y á las ilusiones ante la sonrisa enloquecedora de una mujer que le fascinase, echaba todo su corazón en el álbis del amor, como un jugador arroja toda su fortuna sobre el azar de un naipe. Este juego difficilísimo en su existencia sentimental y nerviosa, ocasionó su muerte.

Al oír estas palabras, me acometió la risa y solté una carcajada.

—No te rías—me dijo,—porque la cosa es seria y nadie es dueño de contener sus afecciones. La nostalgia mata y mata también el amor. Son fenómenos tristes, pero verdaderos. Un hombre ébrio no puede sostener su cabeza que cae bajo el peso del alcohol, un amante desgraciado no puede contener la felicidad, siquiera sea ilusoria, que existe en su fantasía que es el espejo de su infortunio y sucumbe.

Escucha. Enrique en los varios amores de su juventud, acaso no encontró mas que distracciones, una felicidad relativa, pero jamás completa, y por su idiosincrasia ha ido dejando en esos amores una parte de su alma. Llegó un día en que á sus ojos se presentó una mujer, rodeada de todos los encantos que puede desear un alma soñadora, una mujer, cuya hermosura estaba por encima de la hermosura de todas las mujeres,

cuyos ojos despedían chispas de amor como una nube despide rayos en una noche de aciaga tempestad; cuyos labios sonreían con una sonrisa trémula como sonríe Satanás al tentar un alma pura; cuya frente brillaba como brilla con reflejos de oro y nieve una aurora boreal del cielo indio; cuyo seno mórvido se agitaba como late un corazón cuando el miedo y el deseo le acosan. En aquella mujer, Vénus por lo hermosa y Susana por lo casta, citó Enrique las esperanzas de su porvenir.

Para él aquella mujer era mas bella que las sultanas del harem, sensible, impresionable, amorosa, generosa y cándida y completaba todas las ansias de su alma. Por eso la amó con todo el amor de que su corazón era capaz, sin figurarse que aquel amor había de ser el abismo de su existencia, como la mariposa no cree que el foco de luz al rededor del cual revolotea, ha de abrazar sus alas.

V.

—Y ¿ella le amaba también?—interrogué.

—Apurado eres,—repuso.—Ella acaso se equivocó al decirle que le amaba, como él se había equivocado, porque ella luchaba entre otro amor y aquel amor.

—Y Enrique no lo sabía?—pregunté.

—Tal vez,—dijo—pero Enrique no reflexionó. Cuando se tiene una sed calenturienta ¿acaso se piensa en el agua que se bebe? Su alma estaba violenta y no refrenó sus impulsos. Quizás mas tarde le había pasado, mas ya no era tiempo. Lo que si sé es que Enrique adquirió entonces ese hábito terrible que le hizo taci-

turno, brusco é intratable. Desde entonces pocos le hablaban, porque pocos comprendían aquel espíritu generoso, capaz de todos los sacrificios, digno de toda compasión. Yo que le comprendía, procuré consolarle alguna vez sin herirle con funestos recuerdos, ni con dolorosas interrogaciones; y á propósito, se me viene á la memoria la última conversacion que con él tuve y que por cierto es singular.

Un dia que le vi mas triste que de ordinario, le pregunté que tenia.

—Un deseo inmenso—me contestó.

—Y ¿puedo saber lo que deseais?—volvi á preguntarle.

—Lo que nadie puede darme—repuso.—Ansio una sola cosa que seria toda mi felicidad, esa cosa es un tesoro y ese tesoro lo tiene un hombre.

—¿Acaso deseas las riquezas de Rostchild?

—Vale mas que todo eso lo que yo deseo—contestó.

—Deseas, acaso, el poder del Emperador de Rusia?—dije sonriendo.

—El Emperador de Rusia—dijo él—tiene el imperio mas grande del mundo, pero vale mas lo que yo ansio.

—Entonces—repuse yo—no envidias á los hombres, envidias á Dios.

—¿Qué tiene Dios?—me dijo como si no estuviera en sí.

—Ah! blasfemo—repliqué.—Dios tiene el Paraíso que creó para los escogidos, una eternidad de bienaventuranza, un tesoro de recompensas gloriosas é infinitas para los espíritus justos que le aman; Dios tiene para darte en un segundo la felicidad que has ansiado toda tu vida.

—No, querido Vicente,—me dijo.—Dios en su gloria, en sus siete cielos contados en el Apocalipsis, entre

sus tronos y majestades, no tiene lo que yo deseo, por que eso vale mas que las grandezas del cielo.

Al oir esto comprendí que el pobre Enrique estaba loco y nada mas le pregunté.

Desde aquel dia no le volví á ver. Al poco tiempo dejó de existir, es decir, de padecer.

VI.

Al pronunciar mi amigo Carballo estas últimas palabras, pasó un coche rodando con velocidad por la carretera que rodea las afueras del cementerio.

Un hombre y una mujer iban en él.

Ella era hermosísima é iba radiante y alegre.

El era tambien hermoso y en su semblante se revelaba la satisfaccion y la felicidad.

Mi amigo Carballo, les miró fijamente y tornando hácia mi sus ojos llenos de lágrimas, me dijo:

—Esa mujer que has visto, era la mujer que amaba Enrique, y el hombre que la acompaña y que pocos dias hace era su amante, es hoy su esposo. Ella lleva el corazon lleno de alegría, riente de felicidad y ni se acuerda que bajo esa losa yace otro corazon que hubiera dado su vida por una sonrisa suya y ni siquiera viene á derramar una lágrima de gratitud y á recitar una plegaria. Así es el mundo, todo vanidad, todo locura. No me atrevo á culparla, porque no tengo derecho.

Y contristados nos separamos de aquel lugar, despues de haber rendido un tributo de conmisericordia y respeto á la memoria del pobre y malogrado Enrique, victima de un cruel destino y digno de mejor suerte.

Enero 14 de 1879.

LA PRIMERA PAGINA.

I.

Al despertar por la mañana hirió mi oído un sonido tenebre.

Era el toque de agonía que vibraba aun en la campana de la aldea.

¿Quién se habia muerto?

Emilio el loco, Emilio el idiota.

Ah! Emilio no era un loco, era, cuando mas, un monómano.

Como yo le conocía; como yo le respetaba por motivos poderosísimos; como yo le queria, acaso sin saberlo él, tanto como á un hermano; como yo no quiero que sobre su sepultura le siga un dictado bochornoso, voy á decir dos palabras, dos solamente, sobre la existencia de ese pobre jóven perseguido por el infortunio y del infortunio victima.

Es, acaso, la primera página de una negra historia: es, quizás, la represalia de una traccion; por de pronto es solo un epitafio sobre una tumba desconocida.

II.

Emilio era de temperamento melancólico; siempre se le veía grave y taciturno. Hablaba poco y con muy pocas personas, y al hacerlo parecía que se violentaba interiormente.

A veces murmuraba á solas y esto dió lugar á que el vulgo le calificase de loco.

Nada tendria de extraño que lo fuese, porque profundas penas acongojaban su corazon y minaban lentamente su existencia.

Y estas penas eran continuas y parece que ellas habian señalado su ruta en el mundo desde que dió su primer paso en la vida.

Por eso su alma, que era grande, estaba siempre abatida. Habia tenido ilusiones, habia tenido esperanzas, habia concebido ensueños de gloria; pero la fatalidad que marcara su destino, cambió siempre aquellas concepciones de su espíritu en sufrimientos, en desengaños, en lágrimas.

Su pasado era la bruma oscura de un abismo: no nos pertenece por ahora.

Su presente, es decir, su ayer, era la nube de una tempestad, empujada por el huracan y desgarrada por el rayo.

III.

Pocas veces he hablado con Emilio, porque sabia que no era comunicativo y que esquivaba con frecuencia toda conversacion.

Era partidario de la soledad.

Pero la fortuna ha querido que, hace poco, mas de un mes, tuviese con él un diálogo bastante largo, que nos produjo una satisfaccion grandisima.

Era una tarde del mes de Julio último.

Emilio se hallaba á la sombra de unos robles á la orilla del arroyo que, con pretensiones de rio, atraviesa este pueblo, no lejos de Puente-Juiz.

Estaba completamente solo y trazaba en la arena, con la contrera de su baston, figuras como geroglíficos. Tan abstraído se hallaba en la ocupacion, que no notó mi presencia.

Hice un lijero ruido para llamar su atencion, y efectivamente abrió los ojos, fijólos en mí con una mirada extraviada y opaca primero, luego fija y profunda, y de repente deshizo las figuras que habia hecho con el mismo baston.

Un lijero circulo mate oreaba su frente; pero la sangre afluyó en seguida á ella, efecto quizás de la sorpresa.

Esto lo comprendí, porque tornó de nuevo á borrar los signos que escribiera, como si aun pudiera descifrarse y sorprenderse su secreto; empero, no lo hizo tan pronto que yo no pudiera leer dos letras; la primera y la última: *R.... a*.

No cabia duda. Lo que allí se habia escrito habia sido un nombre y este nombre era para mí la clave de todo lo que pasaba en el corazón de Emilio.

IV.

—Buenas tardes, amigo mio,—le dije acercándome.

—Buenas tardes,—me contestó.

—Hace calor,— torné á decir por no tener otra cosa de que hablar.

—Si, hace calor,—replicó él.

—Parece que estais triste, Emilio,—añadi.

—Si, estoy triste.

No habia mas que decir y, no obstante, yo deseaba hablar.

Sentéme á su lado sobre el césped y entonces él hizo ademán de levantarse.

—Os vais?—le pregunté.

—Si, me voy,—contestó.

—Acaso porque yo vengo?

—No, me voy.

—Pero hace calor todavía.

—El calor no me hace daño.

—Tenia que hablaros, si lo permitis.

—A mi? Decid.

—Pues hacedme el obsequio de sentaros un momento.

Se sentó; apoyó la cabeza en ambas manos y los codos en las rodillas, y como si la luz le ofendiera ó el sueño se apoderara de él, se quedó inmóvil en el mismo sitio que antes ocupara.

Acaso mil espectros cruzaban ante su vista, acaso mil sombras pavorosas pasaban por su cerebro.

A través de los dedos de sus manos, he visto yo desprenderse dos lágrimas.

¿Por qué lloraba?

V.

—Dicen—prosegui yo—que estais acometido de una tristeza constante y lo creo ahora mas que nunca. Quizá

os falta un amigo cariñoso y leal en cuyo seno podáis depositar vuestras penas. Vos, Emilio, padecéis una enfermedad moral.

—Y el mundo me llama loco, ¿no es verdad?

—El mundo no os conoce y os calumnia. El mundo tiene el corazón de acero, acaso no tiene entrañas. Vos no sois loco, sois simplemente un ser que sufre mucho y devora en silencio sus lágrimas. Teneis un alma dotada de una sensibilidad exquisita y esa sensibilidad no sirve mas que para haceros sufrir con mas vehemencia los dolores que os acosan y que os torturan. Vos padecéis penas que no matan de repente, ¡ojalá mataran! van consumiendo poco á poco y producen una lenta agonía, un malestar continuo que conduce á la muerte.

Sí me permitís, yo os haré un diagnóstico de vuestro padecimiento que algo se asemeja al mío.

—También vos padecéis?—interrogó Emilio.

—Sí—repuse—una enfermedad moral como vos, una enfermedad de amor.

Al oír esta palabra, Emilio irguió su cabeza, me miró fijamente y me dijo:

—Sois, acaso, un adivino?

—No,—le contesté,—no creo en la magia, ni soy brujo; pero conozco mucho, por un estudio especial y asiduo, el corazón del hombre.

—Hablad, hablad, que acaso me hagais un bien.

—Vos—seguí yo,—habeis sido desgraciado en vuestros amores. Yo amé y fui desgraciado también. Nos une, pues, una terrible simpatía. Ved que necesitáis un corazón leal en que desahogar vuestros pesares y yo os ofrezco el corazón de un amigo que será un sepulcro para los secretos del vuestro. Nos consolaremos mutuamente de las amarguras que nos ha proporcionado nuestro análogo destino.

Emilio me volvió á mirar fijamente; pero no ya con una de aquellas miradas de extravío y demencia que infundían dolor, conmiseración y espanto, sino con una mirada á la vez serena y á la vez simpática.

—Dudais, todavía?—le interrogué para excitario.

—No dudo ya,—contestó.—Somos dos hermanos gemelos, hijos de un mismo infortunio. Escuchad,

VI.

—Matilde, no importa el nombre,—dijo—era una mujer bellísima hasta la adoración. Era un suspiro, un eco del alma enamorada, un soplo de Dios encarnado en la naturaleza humana, un poco de viento que nos da vida y si nos falta asfixia, una visión, un arcángel.

Era alta, esbelta, de talle flexible, de movimiento ondulante como el movimiento oscilador de la palmera que se inclina al soplo de la brisa.

Era una pintura de Van-Dik, era un retrato de Murillo por la perfección de sus líneas; era una estatua de Fidias por lo atrevido de sus formas.

La frente ancha, era el trono de un alma grande y aquella frente era tersa y blanca como el alabastro. Sus ojos eran grandes y rasgados y de su pupila, profundamente negra, salían miradas como relámpagos. Su boca era pequeña, sus labios delgados, finísimos y rojos como el coral y la púrpura. Cuando los plegaba y sonreía, aquella sonrisa era la desesperación de mi alma. Su nariz era también pequeña, de ventanillas móviles, como la nariz voluptuosa de las vírgenes griegas. Su voz era el trino de un ruiseñor, un conjunto de notas dulcísimas, escapadas de un arpa. Todo, todo era

bellísimo en aquella mujer; su cuello de mármol, su seno mórbido, frecuentemente agitado, sus brazos esculturales, su cintura estrecha, su pié breve y ligero que apenas hollaba el terreno que recorría, cual si un espíritu alado le condujera, como á Habacuh, por los aires. Dios habia agotado su omnipotencia al formarla, como yo agoté todo mi amor al verla.

Era imposible verla sin amarla, era imposible prescindir tantos encantos sin quedar preso en sus redes.

Cuando hace muchos años la ví por primera vez, la amé desde aquel momento con todo el amor de un alma apasionada en los primeros albores de la juventud, porque ella era la mujer de mis ensueños, de mi fantasía; era la luz de mis noches, el ángel que vislumbra-
ba, rodeado de una aureola de gloria, en la oscuridad de mis insomnios; era el tipo, el ideal de mis aspiraciones, el alma de mi alma, la luz de mis ojos, el encanto de mi corazón; ella era una quimera, una diosa, algo superior á cuanto habia visto y soñado.

Y me hechizó.
Empero, como á un ser sobrenatural la miré tambien, por eso la temí y no la dije nada.

VII.

—Temia,—prosiguió Emilio—que manifestándola mi amor, me rechazase y esto me hubiera ocasionado la muerte, la vida es muy apreciable á los veinticinco años y preferí amarla en secreto, sufrir por ella, soñar con ella todas las noches, libar las bocas de un caliz amargo de celos continuos todos los dias y dejar que el cora-

zon se contentara con una nécia pretension que no habia de realizarse jamás. Cuando uno es jóven se vive de ilusiones y delirios; por eso alguien ha dicho que la vida es sueño.

Mi corazon, amigo Blanco, era un volcan y como todos los volcanes, tuvo su erupcion. Un dia ¡triste dia de nefasto recuerdo! cai á sus piés y la abrí mi alma. Ella descendió hasta mí, conoció cuanto la amaba y selló conmigo un pacto solemne..... me ame y me dió un beso.

La dicha me embriagó y no hice mas que soñar. Este mundo no era este mundo, era el Olimpo de la fábula, eran los campos Eliseos del poeta romano, era la gloria de los creyentes. Fui feliz, porque mis ansias se habian realizado; estaba loco de alegría, porque ante mi mente se extendian horizontes inmensos de placeres y de dichas, como un Edem lo está lleno de flores, como un alma jóven lo está de esperanzas, como el cielo lo está de eternos goces. Mis expansiones eran dulcísimas y soñaba con nuevas ilusiones cada dia, como los moribundos sueñan ¡oh, locura! con una nueva vida.

Yo esperaba hacerla conocer placeres que forjara en mi loca fantasía y que la ligarian á mi con el lazo de una simpatia indestructible. Yo me extasiaba al ser objeto de cada una de sus sonrisas, de aquellas sonrisas que hacian bullir mi sangre toda. Yo me sentia fascinado bajo el poder de un vértigo de placer infinito cuando ella me miraba con una de aquellas miradas profundas, que producian relámpagos de amor en las niñas de sus ojos. Yo me volvía loco de contento cuando hablábamos los dos á solas y ella me decia que me amaba y me daba un beso y otro beso.

Que delirio aquel! Que felicidad, amigo mio!

Mas, tal dicha fué un relámpago perdido en la bruma

de una nube, un meteoro luminoso deshecho en la inmensidad de los espacios.

Todo habia sido un sueño y el despertar fué terrible

VIII.

—Acaso no os ama ya?—pregunté yo viendo que Emilio, al pronunciar las últimas palabras, habia comenzado á llorar.

—Si me amara—contestó—estaria todavia contento. Todas sus promesas fueron ilusion, una mentira; todos sus halagos una perfidia cruel.

Me arrebató todo su amor y me dejó sobre un abismo, en los aterradores espacios de la soledad mas espantosa. Me olvidó para no amarme mas, me olvidó porque mi amor la hastiaba, porque otro amor hacia las delicias de su corazon. Me despreció, me humilló, se rió de mis lágrimas é hizo escarnio de mi pesadumbre. Tronchó de un golpe todas mis esperanzas y arrancó de cuajo mis ilusiones, dejándome seca el alma, herido el corazon y quebrantado el cerebro.

Oh! Si. Estoy loco por ella, loco para siempre.

—Y ¿la amais todavia, apesar de tanta perfidia?—le interrogué.

—La amo mas que nunca,—dijo.—La amaré mientras mi espiritu aliente, mientras mi corazon lata. La amaré porque su amor es mi vida, porque no puedo olvidarla.

Cuando oigo su voz, el corazon se estremece y se agita; cuando la veo, tiemblo de amor y de pesar, y no necesito verla porque su imágen está esculpida en mi cerebro sin que falte una perfeccion, ni una línea. De-

seara hablarla, deseara poderla decir cuanto la amo, deseara que ella conociera cuanto vale este corazón que solo por ella late y que postergó, llenándole de amargura, deseaba que supiera que solo ambicionaba glorias para rodearla de ellas y que la felicidad nada me importaba, no siendo con sus amores; pero es tarde... la noche vino y jamás alumbrará el sol radiante de otros días.

Los sueños ya no son mas que pesares, las ilusiones nada mas que desengaños, las esperanzas una burla sangrienta ante un tristísimo destino.

Sufrir y llorar, hé ahí lo que me queda, hé ahí mi porvenir. Jamás me amará y su desamor es la muerte. ¿Qué quereis? Acaso esto sea un fenómeno; empero yo nací para padecer y amar. Por una sola de aquellas caricias de algun día, daría la mitad de mi existencia; pero mi existencia nada vale para ella. Satisfecha y feliz como lo está, ¿qué puedo importarle yo?

Me desprecia en su orgullo y en su egoismo y, sin embargo, espiraré pronunciando su nombre. Mi agonía será el castigo de mi debilidad.

¡La amo tanto! ¡Tanto la adoro!...

IX.

—El amor tiene sus límites—interrumpi yo—y sois hombre, debeis sobreponeros á ese padecimiento que os aniquila y que acaso os envilece.

—El amor no envilece nunca,—repuso.—Yo no puedo sobreponerme á mi propio destino, porque el destino es superior á la voluntad del hombre. El amor me llena y el amor me mata.

—Olvidad á esa mujer, y, si es feliz, no interrumpais su felicidad.

—Así lo haré. Concentraré toda la fuerza de mi amor en el único recuerdo que de ella poseo. Ese recuerdo parte de su propio ser, será el talisman que de hoy mas dulcifique mis penas, será el consuelo de mis angustias, el sudario de mis lágrimas y bajará conmigo á la tumba el día de mi muerte.

Por lo que toca á su felicidad, jamás atentaré contra ella, y cuanto mas dichosa la vea, aunque su felicidad me mate, mas dichoso moriré yo.

—Vos no morireis,—repliqué.

—Sí, y muy luego,—añadió él.—No deseo vivir tampoco y además es demasiado estéril una existencia como la mia. Los que no la comprenden se burlan de ella, y pocos la comprenderán.

Al llegar aquí se nos unió otro amigo mio, con el cual me separé dando un apretón de manos á Emilio y rogándole que me permitiese verle y hablarle con frecuencia.

—Nada puedo ofreceros,—me contestó—porque no soy dueño de mi mismo; ignoro hoy lo que podré hacer mañana.

Y se separó. Hoy yace muerto sin que desde aquel día le volviese á ver.

Al separarnos, me decia el amigo que me acompañaba:

—Querido Blanco, ¿es verdaderamente loco ese hombre?

—No,—le dije,—es verdaderamente desgraciado.

—Ovella y gallineta, y en el año no intermite
su labradura.

—Así lo hace, y concierne todo el año, no así
en el único terreno que de ella posee. La tierra
parte de su propiedad, pero el terreno que de
ella depende, para ser de ella, debe ser de ella.
Y el terreno que de ella depende, debe ser de ella.
Y el terreno que de ella depende, debe ser de ella.

—Y el terreno que de ella depende, debe ser de ella.
Y el terreno que de ella depende, debe ser de ella.
Y el terreno que de ella depende, debe ser de ella.

—Y el terreno que de ella depende, debe ser de ella.
Y el terreno que de ella depende, debe ser de ella.
Y el terreno que de ella depende, debe ser de ella.

—Y el terreno que de ella depende, debe ser de ella.
Y el terreno que de ella depende, debe ser de ella.
Y el terreno que de ella depende, debe ser de ella.

—Y el terreno que de ella depende, debe ser de ella.
Y el terreno que de ella depende, debe ser de ella.
Y el terreno que de ella depende, debe ser de ella.

Y se separa. Hay poco mundo sin que desde aquel
hecho se volvieran a ser.

Al separarse, me dio el amigo que me acompa-
ñaba:

—Quiero darte un consejo y te lo daré como sea.
Que.

—Y es éste:—así se debe de ser.

LA FATALIDAD.

(ESPERANZA.)

I.

Era el mes de Mayo.

Tras una tarde bochornosa y sofocante, vino una noche de tempestad.

El huracan y el trueno se sucedian sin cesar y los relámpagos, iluminando con su fulgor fósforescente la bruma tempestuosa, hacian mas imponente la oscuridad de la noche.

Parecia que el mundo se desquiciaba sobre sus cimientos y que un segundo diluvio amagaba la tierra.

Cárlos Pinzon de Ozores estaba solo en su gabinete y completamente agitado. Esto no era extraño, atendido á su temperamento nervioso y á que era de salud delicada, aunque jóven, y se hallaba siempre abismado en una melancolia profunda que sus amigos calificaban de misantropía.

La melancolía de Cárlos era una melancolía de amor.

Amaba, hacia mucho tiempo, á una mujer, cuya belleza le habia hechizado desde la primera vez que la viera; pero no tenia esperanza de ser correspondido.

La adoraba en secreto, á solas, sin testigos, sin comunicar á nadie, ni aun á ella misma aquel amor, á que dedicaba fervoroso culto. Cuando se ama así, la existencia se convierte en un verdadero infierno y se hace insoportable.

Por eso Cárlos en lo mas florido de su edad, veia languidecer paulatinamente sus fuerzas y, á pesar de los esfuerzos de su voluntad, débil en demasia, era impotente para vencer aquella nostalgia del alma que precipitaba sus dias.

Por eso tambien le amedrentaba el porvenir y un cansancio del espíritu, parecido al desaliento, se apoderaba de él y no sentia ilusiones como otros jóvenes de su edad, porque ya no se pertenecia á sí mismo, ya no podia dominar su temperamento ni sus aspiraciones.

Sufria, porque habia nacido para sufrir; amaba un imposible á pesar de todas las reflexiones.

II.

Cárlos Pinzon se acostó, pero no pudo dormir. La tempestad por una parte y por otra el estado angustioso de su espíritu, no permitian que el sueño se acercase á él.

La oscuridad de la estancia, su soledad, el ruido de

la tempestad que desgajaba los árboles, que hacia crujir la techumbre del edificio, conmoviendo sus cimientos, los torrentes impetuosos de lluvia que azotaba los cristales, como si las nubes se hubieran desprendido en una inmensa catarata, infundian en su alma miedo, pavor, espanto.

Procuró cerrar los ojos y recojer un instante sus pensamientos, tétricos como aquella noche y se quedó en ese estado letárgico que parece sueño sin serlo.

Su cuerpo se tranquilizó relativamente; pero el espíritu tomó alas y empezó á divagar por las regiones de la fantasía.

Pensó en la mujer amada y le pareció verla flotar sobre los espacios, tendida al viento su larga túnica de seda azul y luego sentarse en un trono de oro reflejado por el rayo, entre los abismos de la tempestad dirigiéndola y dominándola.

¡Que hermosa era! ¡Cuan altiva y cuan radiante!

Allí estaba con todos sus encantos, envuelta en entre los pliegues de una nube, fascinándole y enloqueciéndole como nunca le habia fascinado ni enloquecido.

Pero observó mejor y vió, con doloroso pesar que no le miraba á él, que no estaba para él hermosa. Aquella Juno tenia su Júpiter.

Sonreía, pero no para Carlos, sino para el hombre que ella escogiera, á quien llenaba de placeres y dicha por que la hacia feliz. Aquel hombre era el hombre de sus amores.

Las diosas aman; mas aman solo á los dioses.

Carlos era un ser mortal y miserable en su pequeñez, y el amante de ella, el amante de Victorina, era un dios. Como ella dominaba el rayo, como ella dirigia la tempestad.

Y á través de ese fenómeno de magnetismo, pudo el jóven Pinzon ver cuán feliz era Victorina en sus amores. Vió lo que desgarró su alma; vió lo que ojalá no viera, vió misterios de felicidad íntima que hicieron agonizar su corazon. Vió tanto, ¡oh! ¡que triste fué lo que vió!

III.

De repente sintió que toda su sangre le afluía al corazon. Quiso respirar y no pudo, é imprimiendo un esfuerzo desesperado sobre si mismo, despertó.

La estancia se hallaba iluminada por un resplandor rojizo y purpúreo, parecido al que producen las auras boreales del polo antártico.

Y cerca de su lecho, mirándole de hito en hito, con dos ojos redondos, pequeños, fosfóricos, con una sonrisa fria, helada, aversiva, cáustica, estaba en pié un hombre de edad indefinida y de semblante lácio. Su actitud era silenciosa, displicente, inmóvil.

Tenia algo del esqueleto por lo seco y rugoso de sus carnes y algo del espéctro por su inmovilidad y su cinismo.

—Como os hallais aquí—exclamó Carlos al verle.

—Sé que padeceis y vengo á consolaros,—contestó aquel hombre sin variar su sonrisa y sin dejar de mirarle como hasta allí le habia mirado.

—Y ¿quién os abrió la puerta?—preguntó el jóven Pinzon que se sentia dominado por aquella mirada que producía calofrio en su corazon.

—Yo abro todas las puertas por bien cerradas que estén.

—Vos?—volvió á interrogar el jóven.

—Si, yo. Abro todas las puertas, como domino la tempestad.

—Vos?—tornó á interrogar Cárlos.

—No lo creéis?—repuso el hombre.—Mirad.

Y haciendo un ademan con la mano derecha tendiéndola hácia la ventana, penetró por ella, sin abrirla, una exhalacion y una centella vino caer á sus piés sin hacerle daño. La estancia se llenó de humo y de una aureola sulfurosa; pero el hombre arrojó un soplo y todo desapareció.

Entonces cogió del suelo un poco de carbon del tamaño de una cápsula metálica, la enseñó á Cárlos y le dijo:

—Hé aquí una partícula de mi poder que puede hacer mas daño que una bala de cañon Krupp; es el resto de una centella. Ha caido á mis piés como un copo de nieve. Soy invulnerable.

Cárlos, al mirar aquello, quedó subyugado por el terror.

IV.

Pasado un momento, el desconocido cogió una silla, la aproximó sin parsimonia al lecho del jóven y, sentándose en ella, le dijo:

—Pobre Cárlos Pinzon de Ozores, sois un mentecato y un imbécil!! Amais, como nadie ama en el mundo, á una mujer que no merece vuestro amor y que nunca os corresponderá. Novel en estas lides, aventurais todo lo mas grande que existe en vuestra alma, en los azares de un albur. No habeis pensado que, si perdeis en ese

juego, perdereis tambien la vida y la dicha que el mundo os puede proporcionar á vuestra edad. Sois un niño encaprichado con el deseo de un juguete y no sabeis nada; ignorais, sobre todo, que el amor es un arte y que, como el arte, tiene sus reglas fijas é invariables que se traducen por osadía, constancia, cinismo, indiferencia calculada. Ignorais, asimismo, que el amor tiene sus perfidias y que de un sentimiento puro, dulcísimo, el mas grande de las almas nobles y generosas, ha degenerado á ser un objeto de mistificación, de debilidad, de burla. Os afligis en vuestra impotencia y los mas crueles celos devoran vuestras entrañas. Si. Sois impotente para despertar en el corazon de la mujer que amais, una sola fibra que lata en vuestro favor; sentís celos, porque á través de un prisma que el insomnio y la agitacion presenta á la vista de vuestro espíritu, observais que ella ama á otro hombre, que le adora, que le sonríe, que le enloquece, que le embriaga constantemente con placeres, con dulzuras, con caricias que deseais. La veis adormecerse en sus brazos, aspirar su aliento, suspirar con una ternura infinita cuando él la besa, comoverse de placer cuando él rodea su tallo con sus brazos voluptuosos, sonreír cuando la sonríe él, cuando la devora con sus ojos, hambrientos de pasion y os volveis loco. La desesperacion mas inconcebible hace presa en vuestras entrañas y padecéis horriblemente. Y, sin embargo, esa mujer puede llegar á amaros, puede ser vuestra.

—Cómo?—esclamó Carlos afanosamente.—¿Cómo haré para que me ame, para que se me quiera, para que me conceda siquiera una sola de aquellas caricias que tanto ansio?

—De vos depende que consigais todo eso,—repuso el desconocido.

—De mí?—preguntó el jóven.—Decidme lo que debo hacer.

—Antes es necesario que me conozcais, que sepais á quien teneis el honor de hablar, porque yo, amo de vastos dominios y ocupado en graves asuntos, suelo conceder á muy pocos esta deferencia, este obsequio que os concedo á vos; es necesario tambien que no ignoreis los peligros á que vais á esponeros y los desengaños tristísimos que os esperan, desengaños que pueden ocasionaros la muerte, precedida de toda clase de desdichas. Os hablo claro para evitar sucesivas reconvencciones.

—No importa todo lo que pueda sobrevenirme,—dijo Cárlos cada vez mas agitado,—pues todo lo arrostraré con gusto. A vos que todo lo sabeis, á vos que habeis penetrado en los secretos de mi corazon, á vos para quien parece no existen misterios y que disfrutais de un poder inmenso y sobrenatural, os pido que hagais que esa mujer, á quien adoro, sea una vez mia, que me ame un dia, una hora, un minuto, como ella sabe amar, que apague esta sed ardorosa que me consume, que me enseñe los abismos de su pasion dulcísima con que sueño todas las noches...

—Y despues—interrumpió el desconocido.

—Despues—continó Cárlos—que vengan sobre mí todas las iras del cielo, todas las furias del infierno.

—¡Cuanto la amais, jóven desdichado!—exclamó el hombre.—Si yo pudiera tener lástima de alguien, la tendria seguramente de vos. Alma grande, corazon generoso, os empeñais en rodar al abismo... id.

—Cuanto la amo?—dijo Cárlos.—No lo sabeis todavía. No sabeis que su amor es mi vida, que esa mujer es la aspiracion constante de mi afan, es mi vértigo, es mi locura.

—Pues ella os amará,—replicó el desconocido;—pero antes debeis saber quien soy, puesto que para conseguir lo que deseais, es menester que hagais un pacto conmigo, y dos contratantes deben conocerse mutuamente.

—Quién sois, pues?—preguntó con ansia Pinzon.

—Sin que os lo diga, vais á saberlo. Esperad.

V.

En un momento la estancia se llenó de llamaradas de fuego; pero era un fuego que no quemaba, ni arrojaba humo.

En medio de aquel fuego apareció un trono de hierros candentes y á aquel trono ascendió el desconocido.

En su cabeza tenia una corona y en su mano derecha un cetro, todo era de hierro candente tambien.

Sus lábios seguian sonriendo y se aumentó el brillo de sus ojos que parecian dos áscuas, reluciendo en el fondo de una escueta calavera.

—Ya sé quien sois,—exclamó Cárlos, poseido de espanto.—Sois Satanás, el espíritu de las tinieblas.

—El mismo; tranquilizaos. Os muestro este poder, contra toda mi modestia, para que confieis en mí.

—Pero yo no creia que existiera Satanás,—se atrevió á decir Cárlos tímidamente.

—Entonces—repuso el desconocido—¿por qué invocabais, hace un instante, en señal de imprecacion las furias del infierno?

—Por costumbre, nada mas, por un vicio de educacion.

—Bah!—dijo Satanás riendo.—Teneis razon. Yo no

Existo mas que en la mente de los fanáticos, mi existencia ha sido creada por conveniencia de unos en perjuicio de otros. Yo no existo; pero existe un verdadero Satanás que todos llevan en el corazon y son las pasiones inmoderadas, los apetitos irreflexivos; las aspiraciones á ideales imposibles, los ódios y las venganzas no satisfechas, la pequenez del miserable en sus afanes de ser poderoso, las ambiciones del opulento por avasallar á sus semejantes; la avaricia del usurero que teme al hambre de mañana; es el gusano que roe incessantemente la conciencia del malvado, del ladron y del asesino. Es el Ahriman de los antiguos, el principio del mal, su espíritu, su encarnacion. Solo para el justo no existe Satanás, porque el justo no tiene remordimientos; solo para el manso de corazon no existe tampoco Satanás, porque el manso de corazon no aspira á felicidades que no puede realizar, ni sueña con glorias insensatas, ni con vanidades. Satanás son el egoismo y la soberbia. Tú mismo tienes un Satanás en el corazon y es el amor de una mujer que os fascina; por lo demás, este aparato que veis, no es otra cosa que la alucinacion de nuestra mente enferma. Nadie existe junto á vos, estais solo.

—Entonces, si no sois Satanás, ¿quién sois?—interrumpió Cárlos, cada vez mas asombrado.

—Soy la FATALIDAD, que preside los destinos humanos.

—Al fin sois algo.

—Nada soy, un mito solamente.

—Pero podeis mucho.

—Si, puedo haceros feliz, si formais conmigo un pacto, es decir, un pacto con vuestro destino.

VI.

Cárlos pensó un momento y exclamó.

—Decid en que consiste; estoy dispuesto á todo.

—Consiste—repuso Satanás—en que sean cualesquiera las adversidades que encontrareis en vuestro camino, jamás os quejareis de lo que vais á hacer, y cuando vuestros días hayan terminado, me perteneceréis por completo.

El jóven notó aquella contradicción diabólica y como que no se fijaba en ella, contestó:

—Sea.

Luego Satanás sacó un pergamino, punzó una vena de su mano, mojó una pluma en la sangre que brotaba y dándosela á Cárlos, le dijo:

—Firmad.

Pinzon cogió el pergamino, vio en él algunos signos como geroglíficos, verdadera letra del infierno, y á su pié firmó.

Satanás recogió el pergamino y continuó:

—Cárlos Pinzon de Ozores, nuestro compromiso se ha realizado, la tentación os ha vencido; un día os pediré esa sangre mia con que habeis firmado. Por ahora dormid tranquilo y sereis feliz.

Y al decir esto desapareció; pero iba diciendo para sí, sin que Cárlos le oyera:

—Tu felicidad será tu martirio. Así como yo soy un mito en tu mente, así esa felicidad con que sueñas, será un mito en tu corazón.

(FELICIDAD).

VII.

Un minuto despues, Cárlos estaba profundamente dormido y habia mucho tiempo que no lo hiciera con tanta calma, con tan apacible fruicion.

Cuando despertó, á la mañana siguiente, recordaba solo de un modo vago y confuso, el suceso de la vispera, que atribuyó á una de tantas pesadillas que con frecuencia le acometian.

Habia tenido un sueño y nada mas. ¿Quién no sueña con fantasmas, con diablos y con quimeras, lo mismo que con tesoros, con ángeles y con flores?

La mañana estaba hermosísima. Mil aves parleras trinaban en los árboles del jardín cercano y el sol enviaba sus rayos de oro purísimo hasta los bordes del mismo lecho de Cárlos.

Todo convidaba á ideas alegres, á pensamientos expansivos y éste, sumido en esa modorra matutina que liga los perezos á la cama como una cadena, echó á divagar su imaginacion por los mundos de la fantasia y la detuvo donde la detenia siempre, en la mujer de sus amores.

Cuando se hallaba mas embriagado en estos pensamientos, cuando su alma se mecia en un ancho espacio de risueñas esperanzas, como la calandria se mece, aleteando y cantando, en los espacios del éter, se abrió de repente la puerta de la estancia y una figura vapo-

rosa, una mujer bellísima atravesó sus umbrales y se detuvo al pié del lecho de Cárlos.

Al verle ella, un baño de carmin tiñó su semblante.

Quiso retroceder, huir, porque se habia equivocado en su camino; pero una fuerza magnética la detuvo allí y además el jóven elevó hácia ella ambas manos en ademán de súplica.

Ella le abarcó de una mirada, hizo un movimiento para retirarse y Cárlos, sin conciencia, acaso, atrayéndola dulcemente hácia sí, estampó un beso en sus lábios.

En seguida se dejó caer vencido por el desaliento, pues temió que ella le reprendiese por aquella acción.

Empero, le sonrió con dulzura, acarició su temor envolviéndole en otra mirada de ternura intensa y se alejó de la habitacion con paso lento, volviéndole á sonreír desde la puerta.

VIII.

Aquella mujer era Victorina, la que tanto habia amado y amaba Cárlos y á la cual acababa de entregar su alma, toda entera, en aquel beso.

Deberíamos decir algo acerca de la belleza de Victorina; pero casi no nos atrevemos. Seria pálido cuanto digéramos, porque efectivamente era hermosa hasta la adoracion. Radiante como una estrella, vaporosa como una hada, era algo del cielo descendido á la tierra. Tenia el reflejo de los astros, el perfume de las flores, la frescura de las auras, los matices del cielo.

Para trazar el cuadro de tanta belleza, seria necesario nada menos que poseer el pincel de Miguel Angel, de

Leonardo de Vinci, de Corregio y de Murillo, y la imaginacion descriptiva de Alejandro Dumas y Fernandez y Gonzalez.

Los primeros hubieran conseguido su retrato físico, los segundos su retrato moral.

Cuando Victorina inclinaba su talle, esbelto y lánguido, aquella flexion imitaba la curva perfecta del arco iris; cuando sonreia, parecia su semblante el sol de Junio, límpido de celages, brillante y claro.

Aquella belleza era la belleza de lo ideal, todo espíritu, todo vapor, todo ilusion.

Sus ojos de un castaño-oscuro, rasgados, grandes, de mirada dulce á veces y á veces fija, profunda y fulgurante, revelaban las pasiones de un alma grande, casta y vigorosa. Ora se reflejaba en su retina la dulzura y la indolencia de Vénus y de Diana, ora brillaban los relámpagos de ira de Sataniel y de Medusa.

Su frente ancha, blanca y tersa, descansaba sobre dos cejas negras, como un puente de mármol de Carrara sobre dos arcos; sus cabellos sedosos, largos y abundantes, eran dos madejas de fibras de ébano; sus mejillas, sus lábios, su garganta, las mejillas, los lábios y la garganta de una virgen del Ticiano.

Su sene era mórvido y turjente; y sus brazos redondos, largos y rematados por una mano tambien larga y blanca, nos recuerdan los brazos y las manos de la Fornarina.

La naturaleza se habia esmerado en la formacion de aquella criatura. Era un tipo, era un modelo de su omnipotencia.

IX.

Al describir sus heroínas jamás señaron los poeta

con belleza tan prodigiosa, porque la de Victorina era verdaderamente escepcional, tentadora, satánica. Era la síntesis de todas las hermosuras, porque tenía algo de la belleza de todas las heroínas y de todas las razas.

Su nariz, por lo pequeña y lo móvil de sus alas, recordaba la nariz típica de la mujer hebrea; su cara redonda, ligeramente ovalada, de líneas correctas y puras y su cintura estrecha, flexible y móvil, recordaba también el semblante y la cintura de las mujeres griegas; el color sonrosado que bañaba aquel semblante fino, trasparente, parecido al del lirio y al de las betas de una camelia con tintes de carmin, recordaba asimismo el color de las mujeres de la raza latina y su talle alto y delgado y su pié, pequeño como la esperanza del moribundo, recordaba, en fin, el talle y el pié de la mujer anglo-sajona.

Poseía la pureza de Raquel, el valor de Judit, el talento de Dido, la dulzura de Flora, la energía de Juana de Arco, la sensibilidad de Virginia y la sencillez de Susana.

Tenía toda la dulzura del cielo, toda la amargura del infierno. Era el problema de lo hermoso, lo bello con su contradicción, la tesis con la antítesis, porque en ella existía ya lo fenomenal y lo absurdo; de tan hermosa, acaso alguien pudiera encontrarla fea.

Era digna de un cuadro de Rubens.

Por eso Carlos le amaba tanto.

Y como Carlos, le amaban todos.

Era imposible verla sin amarla; como es imposible ver un tesoro sin desearlo.

Al separarse Victorina, Carlos volvió de su anonadamiento. Su sangre empezó á adquirir un fuego que él jamás sintiera, circulaba con mas rapidéz y notó que el corazon le latia con mas violencia.

Aquel amor no era para él un amor, era un delirio, era una fiebre. Era algo superior á la exajeracion de una mente ébria, á las glorias paradisiácas, algo mas grande que todos los sueños de la juventud y que todas las ilusiones de la existencia juntas.

Poseer el corazon de aquella mujer, ser objeto predilecto de sus caricias, de sus recuerdos, de sus ansias, era preferible á poseer los tesoros de Crespo, la gloria de los Césares, la virtud de los nigrománticos, el poder de todas las coronas del mundo; era llegar al cénit, al *non plus ultra* de la felicidad.

El amor de Victorina era para Plazon el vellocino de oro. Y lo obtuvo. Fué feliz enteramente á partir de aquel dia. La veia con frecuencia y pasaba largos momentos con ella á solas.

En las noches de estío, en esas plácidas y tranquilas noches en que todos son misterios en la naturaleza, iban á pasearse y se sentaban entre los cañaverales, y allí, con sus manos enlazadas y mirándose de hito en hito, se hablaban de amor siempre, sin que tal conversacion les cansara.

—Alma de mi alma, vida de mi vida, ¿cuanto es amo! —decia Carlos estremeciéndose de alegría.

—Yo tambien es amo, —esclamaba ella, —porque

tambien vos soís el alma de mi alma y la vida de mi vida.

—Me amas tú?—interrogaba Cárlos.—¡Oh! Angel querido, dímelo, dímelo otra vez, que otras veces, cien veces lo oiga yo de tus lábios mas dulces que la miel. ¡Oh, que dulce ilusion, bien mio! ¡Que sueño tan alegre, porque esto es soñar! Yo tambien te amo hace ya mucho tiempo en secreto, yo aliento por tí solamente, y si tu amor me falta un dia, moriré, porque este amor es la única afeccion que me liga á la vida. ¿Me amarás mucho tiempo?

—Siempre, todos los dias de mi vida,—contestaba ella.

—Me olvidarás algun dia?—tornaba á preguntar el jóven, llorando de alegría.

—Nunca, jamás,—contestó Victorina.

Y al pronunciar estas palabras, temblaba ella de emocion como si estuviera electrizada.

Cárlos al observarla amorosa y trémula, sentia en su pecho emociones que no se esplican, goces que la pluma se resiste á describir por falta de colorido y que la mente concibe solo en los abismos de la dicha; ánsias dulces y tranquilas que solo experimentan las almas que alcanzaron la meta de sus aspiraciones en la hípica carrera de las ilusiones juveniles.

Cárlos la besaba, tornaba á besarla mil veces con efusion purísima, la estrechaba entre sus brazos con transporte, la devoraba con sus ojos, la embriagaba con su aliento.

Y Victorina, adormecida por el deseo, inclinaba su cabeza sobre el pecho de su amante, y entonces el corazon de éste latia con tal violencia, como si dentro de él no cupiera y le ahogase tanta felicidad.

Cárlos fué dichoso, tan dichoso como puede serlo un

rey en las alturas de su trono; como podia serlo Júpiter en las alturas del Olimpo.

XI.

Y aquella conversacion y aquellas caricias se repetian todas las mañanas y todas las tardes á orillas de los rios, á la sombra de los abedules, sobre las alfombras de musgo y cesp  d, entre las retamas de los limoneros y los naranjos.

Y allí Cárlos bebia su felicidad en los lábios de Victorina, y se miraba en sus ojos como en un espejo.

Y    veces ella quedaba dormida en sus brazos y entonces él, quietecito, apenas respiraba por no turbar su sueño.

Otras veces corria por el campo y cojia flores y con ellas tejia una corona que colocaba sobre las sienes de la jóven.

En ocasiones, en medio de aquella felicidad, por una evolucion súbita, Cárlos se ponía inmediatamente triste, y una lágrima se desprendia de sus párpados.

—Que teneis?—le preguntaba Victorina, acariciando con su mano de c  tis finisimo las mejillas de Pinzon.

—Un terrible presentimiento—contestaba él—suele acosarme con frecuencia en mis horas de felicidad y viene á amargar mi alma. Soy tan avaro de tu amor que temo perderle en un instante.

—Sois muy impresionable,—decia ella sonriendo.

—Tal vez tengais razon,—exclamaba Cárlos—tal vez ese presentimiento sea una insignificante nube en un cielo extenso de luz, pero.... ah, Victorina, de las pequeñas nubes se forma la tempestad.

—Que quereis decir?—interrogaba ella con acento extraño.

—Que quizá ese presentimiento se realice.

—Y en que consiste?

—En que supongo que vais á olvidarme. Siento celos en el corazon, siento frio en el alma. ... Vos amais á otro hombre y mi amor os cansará.

—Tonto!—dijo ella volviendo á sonreírle y á acariciarle.—Yo no puedo olvidarte ya, no te olvidaré nunca. ¿Entiendes? Nunca, jamás.

Y Cárlos, al oír esta nueva protesta de amor, lloró de alegría como llora un niño; se disipó la nube que oscurecía su frente y tornó á alegrarse y estar contento.

Y cojiendo la cabeza de Victorina entre sus manos, la atraía hácia sí y la besaba en la frente, en los ojos, en las mejillas, y por fin la besaba en la boca y permanecía largo rato con sus lábios unidos á los lábios de ella.

Y le decía:

—Alma de mi alma, vos sois mi único amor, Yo os amo á vos sola, porque mi corazon es leal, y un corazon leal no tiene mas que un amor. Yo quisiera haceros feliz á costa de mi dicha, quisiera ser un rey para que vos fuerais reina; quisiera ser un Dios para crear un cielo para vos sola y en cuyo cielo, de angélicas venturas y goces perdurables, entrase solo yo.

—Mi cielo es tu amor, estoy satisfecha,—reponia ella.

—Oh! no; no podeis estar satisfecha, decia él, porque el amor que os inspiro es demasiado pequeño para vuestra alma grande. Necesitais emociones que no puedo proporcionaros, placeres tranquilos, dulces, constantes, intensos como vuestra hermosura.

Y la frente de Carlos, al pronunciar estas palabras, volvía á oscurecerse de tristeza y de nuevo renacían los presentimientos. Consideraba que él, á pesar de su amor infinito, era impotente para realizar la felicidad de Victorina y para luchar con otros sentimientos de ella, y entonces su alma se anonadaba, su corazón se henchía de amargura y comenzaba á llorar desconsoladamente.

Un día dijo á Victorina:

—Os tengo miedo.

—Por qué?—le preguntó ella.

—Porque no me inspiráis confianza de amor perpetuo, porque sé que vais á olvidarme.

Carlos no se engañó. Tristes pronósticos eran; pero salieron verdaderos.

La felicidad fué tan efímera que duró muy poco tiempo.

El corazón de Victorina tan voluble, olvidó en un momento promesas, tantas veces repetidas.

A! fin era una mujer, como todas las mujeres, falsa y pérfida.

(DESENGAÑO.)

XII.

Todo tiene fin en la existencia. ¡Cuán poco dura la dicha! Carlos había ascendido á una eminente altura y su caída debía, por lo tanto, ser terrible. Debía ser la caída de Luzbel, desde el pináculo del Paraíso al fondo de los abismos.

El presentimiento de nuestro héroe se había realizado y los celos tomaron de nuevo cuerpo en su corazón.

Todas aquellas fantasías, creadas en su cerebro ha-

bian sido meras ilusiones, destruidas por un soplo de terrible realidad. Todo aquel tesoro de dichas soñadas, un monton de estopa, quemado por una sola llamarada del fuego voraz del infortunio.

¿Qué valia su talento, su constancia, su adhesion? Nada.

Qué habia sido de aquellas protestas de Victorina? Nada tampoco. Palabras que lleva el viento, flores de un dia.

Ella no le ama ya y todas aquellas esperanzas y todos aquellos recuerdos, no eran ya mas que una irrision de su destino.

Pobre Carlos! Cayó del corazon de ella, como cayeron los ídolos de los antiguos altares paganos.

Cayó vencido, con la frente humillada, con el corazon triturado por el desengaño, con la muerte en el alma.

Victorina no solo no le amaba sinó que le despreció, celebró su desamor con risas de torpe alegría y ni siquiera le concedió lo que concede el verdugo á su victima: respeto á la desgracia y compasion al desgraciado.

Cárlos la vió alegre, satisfecha, feliz, sonriente, orgullosa; oyó el timbre sonoro y argentino de su voz en la orjía de nuevos placeres, observó las huellas que estos dejaban cada dia en su semblante y..... la tuvo lástima, por que para ella tambien llegará su hora.

XIII.

Entonces Cárlos comprendió cuanto habia perdido.

Y lo habia perdido todo: ilusiones, esperanzas, felicidad.

Ya nada existia para él: su alma tenia una úlcera en cada uno de sus pliegues; su corazon un vacio tristisimo; su mente estaba loca.

Quiso llorar y no pudo; quiso reflexionar sobre su desgracia y encontró la cabeza débil y trastornada.

El no podia comprender aquellas profundas contradicciones de la existencia, ni como una mujer que ama á un hombre, como Victorina le habia amado á él, pue-
de olvidarle tan pronto.

No se habia detenido á pensar en que el corazon de una mujer es un abismo de misterios impenetrables para el hombre; no habia conocido á Victorina mas que al través de un prisma engañoso, el prisma de la pasion que obceca siempre y produce con frecuencia fatalísimas decepciones.

El corazon de la mujer debía examinarse fibra por fibra, como el médico examina en el anfiteatro las entrañas de un cadáver, rasgándolas con el escalpelo.

XIV.

Cárlos no se resignaba á vivir sin el amor de aquella mujer, como nadie se resigna á vivir sin aire y sin luz. Por eso en las horas de soledad, en esos momentos en que su infortunio se hacia doblemente inmenso y en que su dolor adquiria proporciones desesperadoras, pensó en volver á implorar de nuevo aquel amor y exclamaba:

—Oh! Si pudiera hablarla otra vez siquiera; si pudiera hacer que conociera cuanto la adoro, que daria los cortos dias de vida que me restan por una sola de sus caricias, acaso me restituyera su amor, acaso yo tornara á ser feliz.

Pero ¡ah! Todo aquello fué otra ilusion, porque Carlos recibió nuevos desaires y nuevas humillaciones.

Entonces comprendió definitivamente que todo se habia perdido, que eran inútiles y en vano todos sus esfuerzos, todos sus sacrificios.

Ya no alimentó ilusiones ni esperanzas.

La fatalidad le perseguía.

Estaba condenado al martirio y el sacrificio debía consumarse.

Las predicciones de Satanás estaban realizándose.

XV.

La existencia cambió completamente.

La orfandad del alma sucedió á las felicidades de breves y mejores días.

Carlos sintió fiebre en su corazón, conoció que su salud se quebrantaba y que su cabeza caía inclinada por el peso de la amargura.

Tenia ante sí el camino de un calvario y se estremeció de no tener fuerza para llegar á su cruz.

Tantos y tan crueles padecimientos cambiaron su carácter. Se hizo insociable y buscaba la soledad como el mejor recurso á su dolor, huyendo del trato con los demás.

Pero en la soledad, encontraba nuevos motivos de sufrir, porque allí le asaltaban en tropel mil pensamientos á la vez, á cual mas tristes.

Allí recordaba una por una, día por día, minuto por minuto, la fecha en que habia sido feliz. Allí le parecía oír vibrar en sus oídos el metal dulcísimo de la voz de Victorina, creía estarla viendo sonreír para su amante,

mirándole de aquel modo embriagador y amoroso con que ella sola sabia mirar. Y entonces los celos comenzaban á despedazar nuevamente su corazon y un arroyo de lágrimas brotaba de sus ojos.

Hastiado y abrumado por tan tétricos recuerdos, procuraba salir á paseo con objeto de distraerse; pero iba siempre por aquellos parages que habia recorrido con ella, y su dolor se aumentaba con otros recuerdos y regresaba á su casa cansado, abatido, desesperado.

Procuró sobreponerse á su debilidad, intentó arrancar de su alma aquella pasion y aquellas ilusiones irrealizables; por lo imposible, quiso vencer á fuerza de reflexiones la memoria del pasado; empero ¡ah! no pudo: su alma estaba llena de aquellos recuerdos y para arrancarlos era necesario comenzar por arrancar el alma.

Y por eso pensó en el suicidio, como el específico positivo contra tan grandes dolores; mas tal medio de sustraerse á ellos, acusaba una debilidad vergonzosa y su egoismo le contuvo.

—No quiero que ella se alegre de verme muerto;—esclamaba Carlos cuando la negra idea del suicidio cruzaba su cerebro.

XVI.

Carlos adivinaba que la muerte no se descuidaria en buscarle, sin que él la buscara.

La muerte no duerme jamás y el jóven conocia que se aproximaba su hora.

Sus fuerzas languidecian constantemente y de una manera considerable; el espíritu se alargaba con frecuencia y esto era un síntoma fatal.

Pero no le imponia la muerte, porque anhelaba descansar.

Por fin cayó en el lecho de donde no debia volver á levantarse.

Y allí le perseguia aun su amor, como le perseguian los fantasmas de unos celos aterradores y crueles y de una felicidad irrisoria. Pero solo como fantasmas, como nubes negras de noche tempestuosa, porque Carlos, en su debilidad de tísico, ya no podia ver otra cosa que sombras, recuerdos y fantasmas.

Y la imágen de Victorina, radiante todavia, feliz con sus nuevos amores, estaba siempre y siempre gravada en su mente, como si allí se la esculpieran con un hierro de fuego.

Y Carlos la tenia miedo.

Y huía, huía, hasta qué, sin saber lo que hacia, se encontraba envuelto en las ropas en el fondo de su lecho.

Y allí temblaba de frio.

Y temblaba tambien de miedo.

Y para no tener miedo, para alejar los fantasmas, ponía las manos delante de los ojos, y como si aun no fuera bastante, cerraba éstos.

Pero veía lo mismo y era que los fantasmas no le entraban por el órgano de la vision, sino que los tenía dentro de su cabeza, en su cerebro, en su propia alma.

Y soñaba sueños como delirios, estremecedores, convulsivos.

Y una noche soñó tanto, que soñó con Satanás.

Su materia estaba adormecida, pero su espíritu estaba despierto.

Y vió que Satanás se le presentaba riendo como la primera noche y que le preguntaba:

—La amais todavía?

—La amo, porque su amor es mi único amor,—contestó Cárlos.—Moriré amándola, como moriré sufriendo por ella.

—Sois un miserable,—repuso Satanás.—El destino os había dado talento y corazon para que os dedicaseis á las grandes empresas que conducen á la riqueza y á la gloria, que son las felicidades de la vida; os había dotado de un alma grande, noble y generosa para que sirviérais de algo útil á vuestros semejantes que tienen derecho á lo reproductivo de lo que por vos han hecho: había impreso en vuestra frente, que es el trono de vuestra alma y de vuestra inteligencia, el sello de altas aspiraciones y, por una pasión miserable, despreciasteis esos dones y os miráis víctima de vuestros propios errores y del capricho de una mujer veleidosa, dura fría, egoísta, pervertida en su alma, en su corazon, en sus sentimientos. Esa mujer ha jugado con vuestro amor como juega un niño con un muñeco que lo divierte un momento y luego lo quiebra y lo despedaza; y bajo unas formas bellísimas que obcecán por lo inmenso de su hermosura, oculta un espíritu de falsía y de torpe orgullo. Jamás os amó; jamás sintió por vos otra cosa que el afán de un capricho, el deseo de satisfacer un antojo. Habeis sido su amante una hora y fué demasiado para ella; su carácter voluble no le permitía seros constante un momento más. Despues que conoceis esto, ¿persistireis en amarla?

—Sí,—contestó Cárlos.—La amo aun á pesar de que ella es mi verdugo. Moriré amándola y besando la mano que me castiga.

—Sois una voluntad de hierro, repuso Satanás.—Habeis nacido bajo la influencia de una fatal estrella y teneis que cumplir vuestro destino. La amáis y ella os desprecia y aleja de sí el recuerdo de vuestro amor,

porque la hace daño. Sois doblemente infeliz y morís doblemente desgraciado. Insensato! Hé ahí las heces del caliz..... apuradlas.

—Aire, aire,—exclamó Cárlos retorciéndose en su lecho.—Siento ya el frío de la muerte en el corazón, tengo frío, me ahogo.....

—Sí,—repuso Satanás.—La muerte viene y yo estoy aquí. Sois mío y esperaré mi presa.

—No, no, marchad,—dijo dolorosamente Cárlos—dejadme morir solo con su recuerdo, pensando en ella. ¡Oh! que hermoso es pensar en ella, embriagar el alma con la memoria de días felices y morir así!...

—Pero ella piensa en otro en vuestro rival afortunado, mientras vos pensáis en ella y morís víctima de terribles sufrimientos, retorciéndoos de dolor en vuestro lecho. Vuestra impotencia es vuestro castigo.

—No, no, ella me amaba todavía, ella me amará siempre, ella está aquí, me besa, me abraza,—exclamaba Cárlos en el delirio de su fiebre.

—Quien os besa,—dijo Satanás—es la muerte que se cierne sobre vos, que empaña vuestra mirada, que empalidece vuestra frente, que pone cárdenos vuestros labios, es la eternidad que os abre sus puertas, soy yo que os llevo, porque se cumplió el término del pacto. Vengo á reclamaros mi sangre, me pertenecéis; ya no sois de ella, sois de la fatalidad, y la fatalidad soy yo.

XVII.

Cárlos no oía ya la voz de su destino.

Un sopor profundo se apoderara de su inteligencia, y el estertor de la agonía comenzaba. Aquella existencia ya solo era un fuego fátuo.

El semblante estaba rugoso, pálido, demacrado.

Los ojos hundidos, vidriosos, opacos y rodeados de una auréola.

La muerte habia penetrado en su corazon y estendido sobre el cuerpo todos sus signos destructores.

Ligeros movimientos convulsivos que á cortos intervalos acometian á Cárlos, revelaban que todavia existia allí una chispa de vida.

Por un movimiento automático, metió una mano debajo de la almohada, sacó un guardapelo de oro allí escondido, lo abrió y lo aproximó á sus ojos.

Pero sus ojos no tenian luz; les cubría ya las sombras de la muerte.

Luego le aproximó á sus labios é imprimió un beso ansioso, supremo, sobre el mechón de pelo que estaba en él.

Al imprimir aquel beso, cayó de sus ojos una lágrima, volvió á temblar convulsivamente todo su cuerpo, murmuró por lo bajo un nombre y...

Estaba muerto.

Las penas del pobre Cárlos habian terminado.

Satanás le miró sonriendo y desapareció exclamando:

—Hé ahí un alma que no me conviene en el infierno, porque es demasiado sensible; esperaré por la de Victorina que es un alma de las mias, una verdadera alma de hiena. Lo que es esta que se la lleve San Pedro.

Setiembre 15 de 1879.

FIN.

El semblante estaba rígido, glacial, demacrado.
 Los ojos hundidos, vidriosos, opacos y rodeados de
 una aureola.
 La muerte había poseído en su corazón y ostentado
 sobre el cuerpo todos sus signos destructores.
 Ligeros movimientos convulsivos que a veces interrum-
 pía momentos de latencia, revelaban que todavía existía
 allí una chispa de vida.
 Por un movimiento automático, movió sus manos
 hacia los bolsillos, sacó un guardapelo de oro allí
 escondido, lo abrió y lo aproximó a sus ojos.
 Pero sus ojos no veían luz, las cortis ya las sorpresas
 de la muerte.
 Luego lo aproximó a sus labios e imprimió un beso
 raras, efímeras, sobre el metal. Lo puso que estaba
 en él.
 A continuación, aquel beso, cayó de sus ojos una lágrima.
 Volvió a mirar hacia abajo, conmovido, como si quisiera
 decir por lo bajo un nombre y...
 Estaba muerto.
 Los brazos del joven Carlos habían terminado.
 Se levantó aminorando y desapareció en la oscuridad.
 — ¡He ahí un alma que no se convierte en el infierno,
 porque desprecia el mundo; espera por la vida.
 Formas que se unen a las mías, una verdadera al-
 ma. ¿Qué se está que se la llamo San Pedro?

Septiembre de 1870.

INDICE.

	Páginas
La niña hipócrita.	5
Delirio.	21
Quiuce abrilés.	27
Una nube.	35
El proscrito.	39
La flor.	45
Impresiones.	49
Un viaje por mar.	53
La caridad.	61
Ausencias.	63
Mis sueños y mis pesares.	71
El primer beso.	83
La vida del compo.	87
A la muerte de la señorita doña D. C. P.	95
A ella.	101
Ecos de la soledad.	103
Un viaje de recreo.	109
La boda.	127
Matilde ó el Pico de la Cigüeña.	133
El ave blanca.	157
A través de una cortina.	161
Un desahogo.	167
En un cementerio.	169
Ante una tumba.	175
La primera página.	183
La Fatalidad.	195

INDICE.

Índice

103	La vida de la mujer.
104	La vida de la mujer.
105	La vida de la mujer.
106	La vida de la mujer.
107	La vida de la mujer.
108	La vida de la mujer.
109	La vida de la mujer.
110	La vida de la mujer.
111	La vida de la mujer.
112	La vida de la mujer.
113	La vida de la mujer.
114	La vida de la mujer.
115	La vida de la mujer.
116	La vida de la mujer.
117	La vida de la mujer.
118	La vida de la mujer.
119	La vida de la mujer.
120	La vida de la mujer.
121	La vida de la mujer.
122	La vida de la mujer.
123	La vida de la mujer.
124	La vida de la mujer.
125	La vida de la mujer.
126	La vida de la mujer.
127	La vida de la mujer.
128	La vida de la mujer.
129	La vida de la mujer.
130	La vida de la mujer.
131	La vida de la mujer.
132	La vida de la mujer.
133	La vida de la mujer.
134	La vida de la mujer.
135	La vida de la mujer.
136	La vida de la mujer.
137	La vida de la mujer.
138	La vida de la mujer.
139	La vida de la mujer.
140	La vida de la mujer.
141	La vida de la mujer.
142	La vida de la mujer.
143	La vida de la mujer.
144	La vida de la mujer.
145	La vida de la mujer.
146	La vida de la mujer.
147	La vida de la mujer.
148	La vida de la mujer.
149	La vida de la mujer.
150	La vida de la mujer.
151	La vida de la mujer.
152	La vida de la mujer.
153	La vida de la mujer.
154	La vida de la mujer.
155	La vida de la mujer.
156	La vida de la mujer.
157	La vida de la mujer.
158	La vida de la mujer.
159	La vida de la mujer.
160	La vida de la mujer.
161	La vida de la mujer.
162	La vida de la mujer.
163	La vida de la mujer.
164	La vida de la mujer.
165	La vida de la mujer.
166	La vida de la mujer.
167	La vida de la mujer.
168	La vida de la mujer.
169	La vida de la mujer.
170	La vida de la mujer.
171	La vida de la mujer.
172	La vida de la mujer.
173	La vida de la mujer.
174	La vida de la mujer.
175	La vida de la mujer.
176	La vida de la mujer.
177	La vida de la mujer.
178	La vida de la mujer.
179	La vida de la mujer.
180	La vida de la mujer.
181	La vida de la mujer.
182	La vida de la mujer.
183	La vida de la mujer.
184	La vida de la mujer.
185	La vida de la mujer.
186	La vida de la mujer.
187	La vida de la mujer.
188	La vida de la mujer.
189	La vida de la mujer.
190	La vida de la mujer.
191	La vida de la mujer.
192	La vida de la mujer.
193	La vida de la mujer.
194	La vida de la mujer.
195	La vida de la mujer.
196	La vida de la mujer.
197	La vida de la mujer.
198	La vida de la mujer.
199	La vida de la mujer.
200	La vida de la mujer.

EL BESO,

POR

MAURUS JOKAI.



VIGO.—1879.

Tip. de Lema é hijos.

PRÍNCIPE 21.

